NICOLÁS BERDIAEFF

EL CRISTIANISMO Y EL PROBLEMA DEL COMUNISMO



COLECCION AUSTRAL

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A. - BUENOS AIRES

COLECCION AUSTRAL

$ 1.50
m/arg.

EXPLICACION DE LOS COLORES DE LA "COLECCION AUSTRAL"

Serie AZUL:
Novelas y cuentos en general.

Serie VERDE:
Ensayos y Filosofía.

Serie NARANJA:
Biografías y vidas novelescas.

Serie NEGRA:
Viajes y reportajes.

Serie AMARILLA:
Libros políticos y documentos del tiempo.

Serie VIOLETA:
Teatro y Poesía.

Serie GRIS:
Clásicos.

Serie ROJA:
Novelas policíacas, de aventuras y femeninas.

Precio de cada volumen de 200 a 250 páginas:
$ 1.50 m/n.

•

Algunos volúmenes en venta:

JOSE ORTEGA Y GASSET: **La rebelión de las masas**
ANDRE MAUROIS: **Disraeli**
BERNARD SHAW: **Santa Juana**
M. DE UNAMUNO: **Del sentimiento trágico de la vida**
DESCARTES: **Discurso del método**
THOMAS MANN: **La muerte en Venecia y Tristán**
M. MAETERLINCK: **La vida de las hormigas**
MERMOZ: **Mis vuelos sobre el Atlántico**
R. GOMEZ DE LA SERNA: **La mujer de ambar**

Véase la lista completa en la página penúltima del texto.

•

PIDANSE LOS FOLLETOS ESPECIALES DE LA COLECCION AUSTRAL QUE SE ENVIAN GRATIS

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.
TACUARI 328 BUENOS AIRES

NICOLÁS BERDIAEFF

EL CRISTIANISMO Y EL PROBLEMA DEL COMUNISMO



COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A. - Bs. As.

EL CRISTIANISMO
Y EL
PROBLEMA DEL COMUNISMO

Edición digital de @elteologo
Septiembre de 2015

NICOLÁS BERDIAEFF

EL CRISTIANISMO Y EL PROBLEMA DEL COMUNISMO



ESPASA-CALPE ARGENTINA, S. A.
BUENOS AIRES

I

EL MARXISMO

Los jóvenes emigrados rusos no conocen más que una cosa del marxismo, y es la siguiente: que éste engendró las atrocidades de la revolución comunista, la propaganda antirreligiosa y la persecución de la Iglesia. La juventud que se quedó en Rusia desconoce igualmente el marxismo, porque es imposible conocer lo que se impone a la fuerza. Antaño conocíamos mal la ortodoxia porque nos la imponían "desde arriba", como pasa ahora con la teoría marxista. Hemos empezado a conocerla tan sólo desde que es perseguida. Pero es indispensable profundizar el marxismo, comprender por qué inspira a las masas y por qué engendró el odio a la religión y a la Iglesia.

No hay jamás que representar al adversario bajo un prisma demasiado ingenuo y elemental. Esto nos empequeñece en la lucha. El marxismo es un fenómeno muy serio en el curso de la historia de la humanidad, y el comunismo ruso tiene sus razones profundas. Los marxistas son a menudo groseros y obtusos, pero Carlos Marx era un pensador genial y fino del tipo clásico. El marxismo originario está ya anticuado y no corresponde ni a la realidad social contemporánea ni al nivel de los conocimientos científicos

y filosóficos. El manifiesto comunista fué redactado por Marx y Engels en 1847. Max funda sus opiniones sobre el primer desarrollo del capitalismo en Inglaterra, pero desde su muerte el desarrollo económico de Europa alcanzó un grado que éste no pudo prever ni sospechar. La "socialdemocracia" tuvo que hacer a la teoría de Marx toda suerte de rectificaciones. En cuanto al comunista ruso, surge en un medio histórico diferente desconocido para Marx: en un nuevo mundo de Oriente; y por consiguiente trocó el marxismo en algo completamente distinto, no respetando más que su espíritu esencialmente antirreligioso.

El marxismo pretende ser una concepción universal, integral, que responde a todas las cuestiones primordiales y da un sentido a la vida. Es a la vez una política, una moral, una ciencia y una filosofía. Es *una nueva religión* que pretende reemplazar al cristianismo. Los verdaderos marxistas son, según ellos, fervientes dogmáticos; no son ni escépticos ni críticos, tienen una confesión y un sistema dogmático.

El dogmatismo que niega la libertad del espíritu es el más terrible, el más extremista, el más fanático. El cristianismo no cree que se pueda alcanzar el reino de Dios sin el concurso de la libertad humana, sin el asentimiento del hombre, sin un renacimiento interior y espiritual. El marxismo cree que el orden social perfecto, "el reino de Dios sobre la tierra", puede obtenerse no sólo sin Dios, pero sin la libertad humana, por la aplicación del dogma marxista a la vida. Su dogmatismo tiene dos fuentes: la una, de vida: la realidad social de Europa de mediados del siglo XIX; la otra, teórica: la filosofía idealista alemana. Marx, nacido de Fichte y de Hégel, era un

hegeliano de izquierda; él y su principal discípulo, Engels, pretendieron realizar prácticamente lo que los idealistas alemanes afirmaban en teoría. Fichte enseñaba que el sujeto, el "yo", crea al mundo. Pero eso no era más que una abstracción teórica. Marx y Engels exigen efectivamente que el sujeto cree al mundo, que someta a la naturaleza, pero ese sujeto lo personificaron en el "proletariado".

Hégel enseña que lo real es racional, y entiende que en el origen de la realidad se encuentra la razón, que el pensamiento es el ser. Marx transformó su idea: para él, la realidad debe volverse racional, pero hay que poseerla, hay que volverla a crear. Según Hégel, el ser no se reduce a la idea que se desarrolla según la ley dialéctica procediendo por la tesis, la antítesis y la síntesis. La vida universal no es más que la demostración, el desarrollo de la idea, del pensamiento. La dialéctica es una expresión griega que significaba primitivamente el arte del diálogo, de la controversia. Esta palabra se puede aplicar a la lógica, al proceso del pensamiento. Hégel entendía por dialéctica la evolución del pensamiento desarrollándose a través de las contradicciones que van surgiendo, y si Hégel enseñó el desarrollo dialéctico del mundo es únicamente porque le atribuía como origen la idea y el pensamiento. La dialéctica se aplica tan sólo al pensamiento, a la idea, al espíritu. Pero Marx afirmó que en la base de la realidad del ser no residían ni el pensamiento ni la idea, pero sí la materia, el proceso material. Y quiso adaptar a él la dialéctica y obtuvo, en definitiva, el materialismo dialéctico. Marx y Engels enseñaban que la realidad material y racional e insensata se desarrolla según la ley dialéctica por la contradicción. De modo que lo que

no es propiedad más que de la lógica del pensamiento, del movimiento de ideas, lo aplicaron a la materia, al proceso material. El materialismo dialéctico, inepto e inadmisible conjunto de palabras, significa la revelación del pensamiento de la razón y del sentido en la materia inerte resultantes de un choque de átomos accidental e irracional. Marx permaneció fiel a la idea de Hégel relativa a lo racional de lo real, pero la invirtió. Consideraba que en la materia desprovista del pensamiento de la razón, de sentido y espíritu, se manifiestan la razón, el pensamiento y el sentido.

El desarrollo dialéctico constituye siempre una demostración del sentido y de la razón. Pero ¿cómo demostrarlos en la materia inerte?

Marx quería derribar el idealismo de Hégel y creía, gracias a su materialismo, alcanzar mayor altura científica y filosófica. Pero no lo conseguía definitivamente más que haciendo penetrar el idealismo o el panlogismo de Hégel hasta lo más hondo de la materia.

Creía ingenuamente en la razón de la materia y del proceso material en el sentido en que éste se desenvuelve. Pero el materialismo, considerando la materia cual choque de átomos, no puede adaptarse a la dialéctica. En este choque no pueden revelarse jamás ni el sentido ni la razón. La materia, por su naturaleza, es pasiva, inerte, incapaz de desarrollo creador; sólo el espíritu es activo. De modo que los marxistas unieron ingenuamente la actividad a la materia, y la pasividad al espíritu.

Marx prestaba poco interés a las cuestiones filosóficas generales; no se interesaba sino en la realidad social, y he ahí que en esa realidad, en cuya base

Marx establece un proceso material, se descubre un desarrollo dialéctico, es decir, que la lógica, el sentido, las contradicciones, se desenvuelven y se concilian en la síntesis más elevada. Un proceso puramente social y material se halla encaminado hacia una meta elevada, hacia las condiciones de justicia social, hacia el triunfo de la razón en la realidad; ésa era la fe de Marx. Pero no podía existir para semejante enseñanza ninguna base científica o filosófica.

El proceso material, natural o social es por sí mismo insensato e irracional y no puede llevar a una forma de vida superior. No hay razón que autorice semejante optimismo. Para afirmar un desarrollo dialéctico capaz de llevar a condiciones superiores y de demostrar cierta razón y sentido, hay que admitir que la base de la realidad está en la razón, el principio espíritu, el principio sentido.

El marxismo no logró jamás llegar a un materialismo puro. Quedó impregnado de elementos idealistas heredados de la filosofía alemana. Su materialismo dialéctico es una forma degenerada del idealismo. Para él, en la realidad primordial no hay choque de átomos, no hay proceso material, ciego e irracional, sino una IDEA en la cual creen realmente los marxistas, y un desarrollo que lleva ineludiblemente al triunfo de esta idea. Las bases filosóficas del marxismo son contradictorias, ingenuas; no son pensamientos que apuran la tesis. La interpretación del materialismo marxista, reconocida como obligatoria por el comunismo ruso, es, en realidad, inepta, y filosóficamente rudimentaria.

Su interpretación pragmática es más justa y de más luces. En la ciencia y en la filosofía contemporáneas no existe ya el materialismo.

II

LA IDEA FUNDAMENTAL DEL MARXISMO

Hay dos elementos en el marxismo: el uno objetivo, el otro subjetivo. Dos ideas inspiraron a los creyentes marxistas: la primera se halla en la base de la sociología y de la filosofía de la historia. La doctrina del marxismo corresponde ante todo a una comprensión materialista de la historia que se titula "Materialismo histórico, materialismo dialéctico o materialismo económico". Las bases filosóficas de esta enseñanza tienen consistencia insuficiente, pero las aceptan a ojos cerrados. Mas la idea fundamental del materialismo histórico es sencilla y debe producir una gran impresión de verosimilitud.

Según la enseñanza de Marx, desarrollada luego por Engels, existe en la raíz del proceso histórico un desarrollo de fuerzas materiales productivas. La vida de la sociedad no es más que una lucha colectiva que el hombre emprende contra la naturaleza para su subsistencia y para la satisfacción de sus necesidades vitales. El hombre lucha contra las fuerzas elementales de la naturaleza para obtener sus alimentos, su habitación, sus vestidos, todo lo que es indispensable a su existencia. Organiza una vida social conforme a sus medios de lucha. El régimen social está

determinado por la producción y el intercambio de ésta. El proceso económico, pues, es el resultado de la acción de la obra humana sobre la naturaleza en relación con la continuación y el desarrollo de la vida. He ahí por qué la economía es el fundamento de la vida social. La vida original única y verdadera es la economía, el trabajo productivo. Todo lo demás no es más que un reflejo, que una "superestructura" sobre una "base real". La vida espiritual del hombre, la ideología, depende siempre de la economía y del instrumento de producción; no tiene realidad en sí misma.

Es curioso considerar que las creencias religiosas, las ideas filosóficas, la conciencia moral, la creación artística, son consideradas por el marxismo como una ilusión, como un espejismo creado por la conciencia. Esto es muy característico. La religión, la filosofía, la moral, el arte, no reflejan más que imperfectamente la vida económica en la conciencia *que es la sola y única verdad.* El ser determina la conciencia y no es la conciencia lo que determina el ser. Pero la vida auténtica de la sociedad humana es precisamente la economía, el trabajo productivo, la lucha por la vida.

Este "ser" económico determina toda conciencia religiosa filosófica, moral y artística. La debilidad humana en la lucha con la naturaleza, la organización insuficiente del trabajo y la división de la sociedad en clases, de las cuales una explota a la otra, engendran las ilusiones religiosas e ideológicas. Así, por ejemplo, en las creencias religiosas se reflejan ilusoriamente las relaciones existentes en la sociedad humana. La esclavitud del hombre a la naturaleza, del hombre hacia el hombre y de la clase a la clase. Lo que llamamos espíritu y vida espiritual no es otra cosa que ilusión creada por la mente débil del hom-

bre, por la insuficiencia del desarrollo de las fuerzas productivas, por la opresión social.

Para Max no hay más que una verdad absoluta: La conciencia de los hombres se halla durante millares de años, casi durante todo el curso de la historia, en estado de ilusión o de autosugestión, que no subsiste más que alentado por creencias e ideas erróneas. Considera que su misión es la de arrancar el velo a la ilusión. Quiere divulgar y delatar el vacío de esta mentira.

Marx no compartió jamás la idea grosera e ingenua del siglo XVIII, a saber: que la religión fué creada por una mentira consciente de los sacrificadores. Su concepción del mundo era demasiado histórica y evolucionista: había pasado por la escuela de Hégel. La ilusión de la conciencia no es la mentira consciente: es una ilusión indispensable engendrada por el proceso del desarrollo social. Las ilusiones religiosas e ideológicas eran hasta necesarias a la sociedad humana en su lucha por la vida. Pero en la base de toda ilusión hay un sentimiento de debilidad que debe vencerse por el crecimiento de la fuerza organizada del hombre y por el desarrollo de sus fuerzas productivas. Cuando la sociedad humana haya multiplicado sus fuerzas, cuando esté organizada hasta el punto de que no exista ya la división de clases ni la explotación de una clase por otra, entonces se hundirán todas las ilusiones engendradas por la mente débil del hombre, ilusiones de creencias religiosas y de teorías ideológicas.

La sociedad burguesa capitalista es, para Marx, una sociedad desorganizada, anárquica y caótica; está basada sobre el juego de intereses humanos opuestos, y las fuerzas humanas flaquean por el conflicto

de sus intereses. La sociedad socialista futura habrá de ser definitivamente organizada y reglamentada; en ella, la razón colectiva de la humanidad dominará las fuerzas elementales de la naturaleza y las de la sociedad. Entonces las "superestructuras" ideológicas se vendrán al suelo y se descubrirá la realidad de la vida. La sociedad estará formada por un conjunto de economías organizadas y no reconocerá más actividades que las que sirvan a los fines y a los intereses de esta economía. De ahí proviene el *pathos* positivo del marxismo que nos demuestra el lado objetivo. *El marxismo está inspirado por el desarrollo del poder colectivo organizado, dominando al mundo e inspirando a las masas.*

La fuerza y el poder son los mayores incentivos para él: es imperialista. El manantial de su inspiración no es la compasión hacia el proletariado pobre, débil y vejado; pero es la adoración y la divinización del proletariado fuerte, rico, dominando al mundo. Mientras el socialismo "populista" ruso está animado de un sentimiento de compasión hacia el pueblo, por un deseo de sacrificio en nombre de su liberación, el socialismo marxista no se inspira más que en la fuerza y el poder. Considera al proletariado organizado y dominando al mundo como el dios terrenal que debe reemplazar al Dios cristiano y destruir en el alma humana todas las viejas creencias religiosas.

El concepto materialista de la historia contiene una parte de verdad que deben reconocer hasta los mismos adversarios del marxismo. La economía es la base de la sociedad humana, y ésta no puede existir sin ella. La Biblia misma expresa la verdad del materialismo económico. El hombre está obligado a ganar su pan con el sudor de su frente. El poder de la econo-

mía sobre el hombre es la consecuencia del pecado. La caída hizo a la "economía" del paraíso imposible, y el hombre debe llevar la carga del trabajo como una maldición; pero el marxismo confunde las condiciones indispensables de la existencia humana con la realidad y el valor y el sentido de esta existencia. No puedo escribir un trabajo filosófico, hacer un descubrimiento científico, crear una obra de arte, proceder a una valoración moral, si no me alimento y si no tengo con qué sostener mi vida, si no me visto, y si no poseo un refugio en donde descansar. La necesidad de alimentarse es más imperiosa que la de los conocimientos y la de la creación espiritual. El proceso fisiológico de mi organismo es de condición indispensable a mi vida intelectual y espiritual; sin él, sin la satisfacción de estas necesidades elementales, no sólo mi filosofía y mi producción espiritual, pero hasta mi vida, cesarían. Pero no por eso hay que deducir que mi pensamiento y mi conocimiento o mi vida moral y espiritual son los resultados de causas fisiológicas, que no son más que el reflejo de un proceso de nutrición, es decir, del sostenimiento elemental de mi vida. Las necesidades primordiales de la existencia no son las causas que suscitan la plenitud de la vida. La sociedad humana no puede existir, es cierto, sin economía, sin la satisfacción de estas necesidades vitales, sin lo que pudiéramos llamar su fisiología. Pero no hay por eso que deducir que de la economía de la sociedad nazca la vida intelectual y espiritual, ni tomar como conclusión que la fisiología de la sociedad determine su psicología.

Las tentativas hechas hasta ahora para explicar la ideología, la "superestructura" por la economía, la "infraestructura", producen una impresión lamenta-

ble y comprometen hasta la parte de verdad que encierra el materialismo histórico; pero, generalmente, los marxistas no deducen inmediatamente la ''ideología'' de la economía. El proceso económico productivo crea el régimen de clases sociales y provoca la separación de la sociedad en propietarios y campesinos, en capitalistas y proletarios, y esta división favorece el desarrollo de fuerzas creadoras. Cada clase social tiene su psicología peculiar como resultante de su situación económica, y esta psicología social determina su ideología, su religión, su filosofía, su conciencia moral, etcétera; en definitiva no existe, según la enseñanza marxista, más que una ideología de clases. El propietario, el campesino, el burgués capitalista, el pequeño rentista, el obrero de fábrica, piensan diferentemente los unos de los otros, pero lo único que los marxistas llegan a demostrar es que el estado de conciencia de los hombres y su ideología padecen la influencia y la *deformación* de sus condiciones respectivas, y que sus intereses de clase adulteran su manera de pensar. Esto es cierto, y ha desempeñado un papel bastante importante en la historia. Así es que el pensamiento de un hombre, su estado espiritual pueden ser adulterados o ahogados por la pobreza o la riqueza, la miseria o la abundancia, pero no pueden ser engendrados ni determinados por ellas. La verdad que se revela en el conocimiento científico y filosófico, la belleza que se crea, el bien que triunfa en la vida moral, la luz divina que ilumina de gracia el alma humana no serán jamás las consecuencias de procesos económicos y de intereses de clase.

Afirmar que el espíritu es el reflejo o la procreación de la materia no es posible más que en sentido figurado, y esta aserción no tiene ninguna importancia

efectiva. Las expresiones marxistas: "base", "superestructura" no son más que imágenes convencionales, comparaciones. La "base" no crea jamás la "superestructura" y esta última no es el reflejo de la primera. Podemos verificarlo cuando se alza una casa sobre sus cimientos: el carácter de las habitaciones y la vida en la casa no serán determinadas por éstas aunque ésta no pueda prescindir de ellas. Debemos admitir en definitiva que la economía es el fruto del trabajo humano, que supone el estado psíquico del individuo y que su calidad está determinada por la naturaleza espiritual y moral de los hombres. La economía se desarrolla integralmente en un medio psíquico y no constituye un fenómeno material análogo a los del mundo físico. Si la vida espiritual del hombre depende de la economía, ésta también depende de la vida espiritual del hombre. La disciplina del trabajo deriva de cualidades espirituales y morales de los hombres. Sociólogos y economistas admirables, como Wéber y Sombart, han hecho un análisis de la relación existente entre la economía y la vida religiosa, más profundo que el de Marx y que corresponde mejor a los conocimientos científicos y filosóficos modernos. Está científicamente demostrado que la economía está determinada por la vida religiosa, porque la economía no puede existir sin el hombre como ser integral, sin la participación de todas sus fuerzas en el trabajo. Se ha demostrado, por ejemplo, que el protestantismo, bajo su forma calvinista, fué un factor importante en el desarrollo del capitalismo y de la industria. Si comparamos las teorías de Marx y Engels a los ensayos modernos efectuados en este campo nos aparecen como atrasadas y caídas en desuso. Sus autores son hombres de otras épocas, son los representantes de mediados del siglo XIX.

III

LA RELIGIÓN, OPIO DEL PUEBLO E INSTRUMENTO DE EXPLOTACIÓN

Carlos Marx era un ateo ferviente. No puede contarse entre los hombres indiferentes a la religión. Se esforzaba en demostrar que su ateísmo tenía un origen filosófico y científico. Esta tendencia no era original; la copió de Feuerbach, autor de *La esencia del cristianismo,* libro que tuvo mucha fama en su época. Feuerbach era un hegeliano de izquierda en el cual el idealismo alemán pasó al materialismo. Le debemos la teoría antropológica de la religión, que no ve en la teología, la ciencia que se ocupa de Dios, más que la antropología, la ciencia relativa al hombre.

El hombre atribuye a Dios su propia naturaleza, sus deseos y sus aspiraciones más elevadas. Se sale de sí mismo, se objetiva, crea un Dios a su imagen y semejanza; Feuerbach dice: "El hombre pobre posee un Dios rico". Entiende por eso que el hombre pone en Dios sus riquezas, se priva de ellas, pero exige que le sean devueltas, que su naturaleza superior le sea devuelta. La fe en Dios empequeñece al hombre y lo empobrece (*). La religión es una traba para

(*) Berdiaeff cita párrafos enteros de Feuerbach, Marx, etc., sin ponerlos entre comillas.

el cumplimiento de las aspiraciones y de los deseos humanos, para el desarrollo de las fuerzas y de la felicidad del hombre en la tierra. La religión transporta la vida a una esfera ilusoria. No pudiendo realizar efectivamente sus deseos aquí abajo, el hombre se imagina que se han de realizar en el otro mundo, es decir, en el cielo. Para que pueda alcanzar la plenitud de la vida es preciso eliminar la fe religiosa, obstáculo en su camino.

Feuerbach fué uno de los mayores representantes del ateísmo en la filosofía europea del siglo XIX. Marx adaptó su concepción de la religión a la vida social. En uno de sus primeros trabajos, *La introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hégel,* expuso su definición de la religión. En ella encontramos la célebre máxima que figura ahora sobre todos los muros soviéticos: ''La religión es el opio del pueblo''. Para libertar a la clase obrera y a la humanidad, Marx impuso como axioma la necesidad de sacudir el yugo de toda fe religiosa. La religión es un obstáculo para la liberación del hombre, para su poder y para la realización de su felicidad: le subyuga prometiéndole bienes ilusorios y adormece su conciencia con la promesa de esperanzas vanas. Refleja la desgracia del hombre y le presta, en cambio, una felicidad imaginaria. Para obtener la felicidad verdadera hay que independizarse de lo que no es más que una quimera, es decir, de la mentira religiosa. La religión es la expresión de la impotencia del hombre, es una barrera que se interpone para su ascensión hacia la fuerza. Por esto es el opio del pueblo. La religión es igualmente el instrumento de explotación del hombre por el hombre, de la clase por la clase. Presentando a Dios como al supremo Señor,

la religión refleja y justifica en la sociedad humana la noción del poder. Nunca permitió a las clases oprimidas, esclavizadas, pobres y laboriosas, que se rebelasen contra sus perseguidores, prometiéndoles a cambio de su resignación una recompensa en el reino de los cielos. Ha sancionado siempre el mal existente, la injusticia, la desgracia real de los hombres, dándoles únicamente la esperanza en la posibilidad de una dicha celestial. La fe religiosa pone trabas al desarrollo de su actividad, de sus fuerzas y de la organización de la vida social. Se opone a la razón colectiva de la humanidad que debe "dirigir" activamente toda la vida humana. Las clases dominantes que explotan al individuo empujadas por sus intereses sociales, sostienen las creencias religiosas decretando que el hombre pobre, oprimido y desgraciado debe soportar con paciencia su suerte.

Marx pensaba que en los orígenes de la historia se encuentra ya la explotación y la opresión de una clase por otra, y que sobre este principio se edificaron el Estado, el derecho, la organización social, la conciencia moral, las creencias religiosas y todas las ideologías. La conciencia se determina por el "ser" y el "ser" sufre la explotación de una clase por otra. Este hecho se reflejó de distinta manera en la conciencia del que perseguía y del oprimido. Para algunos marxistas, y en especial para Kautsky, el cristianismo debió de nacer del estado de espíritu de los oprimidos, de las clases inferiores de esa época debió ser la ideología de los pobres. Pero de aquí dedúcese el argumento siguiente: y es que el cristianismo fué en origen un instrumento de explotación creado por los *mismos explotados* y no por los explotadores.

En los escritos marxistas que tratan de la religión

encontramos siempre que el hecho primordial y el más efectivo de la vida humana es la explotación, la opresión. He ahí su mito fundamental: todo procede de él y converge en él. De ahí la animosidad y el odio que llenan a Marx y a sus adeptos y les incapacita para juzgar objetiva e imparcialmente, ya que su pensamiento siempre está subordinado a su sentimiento y a su voluntad.

La fe de Marx en la explotación como hecho fundamental y que determina la vida social puede asimilarse a la doctrina cristiana del pecado original. La explotación de un hombre por otro, he ahí el pecado original que ha contaminado toda la historia del mundo, todo pensamiento, toda fe y toda ideología. Pero mientras el cristianismo propone al hombre que considere ante todo el pecado en sí mismo, el marxista ve siempre el pecado en los demás.

Las diatribas lanzadas contra la explotación por los fanáticos del marxismo, el odio, la animosidad que suscitan contra los explotadores infames no están justificados en ningún modo por la teoría del marxismo. Pues, según Marx, hay en la base de la vida social un proceso productivo: el estado de fuerzas creadoras, es decir, el grado de poder alcanzado por el hombre sobre los elementos que establece la organización social así como la relación de las clases. La desigualdad de esas clases es el resultado inevitable del proceso productivo. Así, en cierta época histórica, la esclavitud y la servidumbre eran indispensables para el desarrollo y mantenimiento de la vida social (y eran hasta beneficiosas), como lo han de ser en otra época el capitalismo burgués y el proletariado industrial. Las diferentes formas de explotación de unas

clases por otras serán para Marx justificadas y progresivas.

No condena, en verdad, más que las formas de explotación que no corresponden a un desarrollo de las fuerzas productivas.

Como teórico, condenaba la organización capitalista, no porque ésta fuera injusta e inmoral, sino porque desde cierto momento impide el desarrollo futuro de las fuerzas productivas de la sociedad, es decir, que se vuelve económicamente reaccionaria. Kautsky, en su programa de Ehrfurt, que se promulgó como catecismo de la social-democracia alemana, afirma que si los socialistas estuvieran convencidos que su régimen se opone al desenvolvimiento de las fuerzas materiales productivas, hubieran renunciado a ello en favor de una organización que favoreciera ese desarrollo. He ahí un pensamiento marxista que condena radicalmente al comunismo ruso.

Hay que reconocer que la experiencia que tiende a poner en práctica el marxismo en Rusia, lleva inevitablemente a una propaganda antirreligiosa y a las persecuciones de la Iglesia. El espíritu antirreligioso y anticristiano inspiró la enseñanza de Marx y constituyó su *pathos* interior, su *leitmotiv*. El marxismo es más contrario al cristianismo que al capitalismo, pues deriva enteramente de aquél; está contaminado por su espíritu y se mantiene a su misma altura. En realidad, el socialismo marxista tiende a reemplazar al cristianismo. Tiene sus pretensiones religiosas, detesta la religión y pretende substituirla. Es la rebelión del reino terrenal y humano contra el reino de Dios, el reino celestial. Pero nosotros, cristianos, deberíamos reconocer valientemente que el cristianismo deformado por los hombres y adaptado

en el curso de la historia a sus intereses, apoya la teoría de que "la religión es un instrumento de explotación". El cristianismo, o más bien los cristianos, han sostenido a menudo a los ricos o poderosos de este mundo. Han justificado el mal existente y han apoyado la injusticia. Los representantes de la Iglesia no buscaban el mejoramiento de la vida social. Si la clase obrera se contaminó con el ateísmo, si hay una propaganda antirreligiosa, no son sólo los comunistas, sino también los cristianos, su hipocresía y sus errores los que tienen la culpa de ello. Los cristianos se han preocupado muy poco de la realización de la verdad de Cristo en la vida. Y las fuerzas hostiles al cristianismo prevalecieron en la aplicación de la justicia social. Es un gran reproche para los cristianos, una advertencia y una amenaza. La verdad cristiana no puede pertenecer a una clase, pero su deformación por una clase puede existir y se ha manifestado ya. Si el movimiento socialista de los trabajadores se ha encaminado hacia el ateísmo y el materialismo, es en gran parte en razón de la alteración por las clases de la verdad cristiana, porque fué convertida en instrumento terrenal e instrumento de Estado al servicio de intereses y finalidades sociales.

Él y sus adeptos pretenden ser los que revelaron una verdad absoluta que sólo ellos poseían. La enseñanza del marxismo, la comprensión materialista de la historia no es sólo la expresión de las relaciones y de los intereses económicos, pero es la verdad y la revelación auténtica del misterio de la historia.

Marx no hubiera consentido que se equiparase su propia teoría a las otras doctrinas; a saber, que toda ideología no es más que la "superestructura" de la

economía. Su teoría personal, su ideología, no es ya la superestructura, sino la verdad misma. Hasta entonces la conciencia estaba en las tinieblas, pero Marx inaugura una nueva era, la era de la verdad. Esta verdad de Marx no es sólo la de una clase —la del proletariado—, sino una verdad necesaria a la humanidad entera.

Sea cual fuere la respuesta a la pregunta que hemos formulado, la teoría del materialismo histórico se destruye por sí misma, por sus contradicciones internas. Si no es, en tanto que teoría, más que el reflejo de las relaciones económicas, más que una superestructura, si es relativa y no sirve más que intereses del *momento*, entonces no puede pretender a una verdad absoluta; se pone al nivel de las otras doctrinas; abreviando: hace un descubrimiento que la pone en situación equívoca. Pero si, por el contrario, es una revelación que tiene un valor absoluto y no relativo, si conoce realmente los misterios de la historia y de los destinos humanos, nos prueba entonces que existe una verdad absoluta, que toda ideología no es necesariamente una "superestructura" de la economía, y he ahí que su verdad se hunde por sí misma. Los marxistas no se preocupan de ello porque son fervientes dogmáticos y porque toda crítica filosófica es para ellos una "herejía" que no hay que refutar, sino sofocar. El marxismo, que contiene un elemento científico, representa una creencia religiosa, pretende ser el representante de una misión universal de liberación y el salvador de la humanidad.

El materialismo no es más que un elemento útil en la lucha con el cristianismo y la religión, pero interiormente, el marxismo es una nueva religión.

El marxismo puede ser científicamente considera-

do como un reflejo del capitalismo europeo del siglo XIX, como una de las fases de este capitalismo y de la lucha de la clase obrera contra él. Marx extendió a toda la historia universal las observaciones que había deducido de la forma de industria capitalista, limitada a todos los tiempos y a todos los pueblos.

Expuso bastante bien el "economismo" de su siglo, la disminución de la espiritualidad, el desarrollo de la lucha entre las clases que ya no están sometidas a ningún principio espiritual y moral. Y acabó por deducir que este "economismo" era la base de toda la vida humana y regocijóse cínicamente con este descubrimiento. El marxismo es una patología y no una fisiología de la sociedad humana. Hay cierta verdad en sus consideraciones, pero no ha sabido fijar las normas y funciones sanas del organismo.

No habiendo predominado la economía en culturas anteriores, no es posible el adaptarle todo lo que Marx afirma sobre la sociedad capitalista del siglo XIX.

La otra contradicción del marxismo proviene de la confusión de los puntos de vista científicos, objetivos, morales y subjetivos. Marx titula su socialismo "Socialismo científico" para distinguirle del socialismo "utópico". No quiere adaptar las apreciaciones morales a la vida social y niega rotundamente la distinción entre el bien y el mal.

Marx despreciaba el socialismo ético y moral derivado de la idea de justicia y de verdad social, considerándole burgués. Su socialismo resultará de un proceso indispensable, de un desarrollo de las fuerzas materiales productivas; será engendrado por la necesidad económica. El socialismo es bueno, según Marx, porque desarrolla las fuerzas productivas y el poder

del hombre, es una potencia; una fuerza, y no sólo una verdad moral o una justicia. La conciencia, el sentimiento moral no representan ningún papel en el crecimiento y el triunfo del socialismo. Aparecerá como el resultado de la lucha social de clases, que no tiene ningún sentido moral. El socialismo es bueno, según Marx, no porque sea un bien o un deber moral. Pero exclusivamente porque es la meta futura del proceso económico.

IV

LAS CONTRADICCIONES DEL MARXISMO

La concepción materialista de la historia presenta una contradicción que la hace inaceptable. Marx considera que toda ideología es el reflejo de las relaciones económicas: hace depender la teoría de los intereses de las clases respectivas. Por consiguiente, todas las ideologías y teorías que han existido hasta ahora son relativas y no pueden pretender a una verdad. El materialismo histórico señala el carácter ilusorio y exclusivamente utilitario de todas las ideologías, las enseñanzas filosóficas y las creencias religiosas existentes hasta hoy. La realidad, la vida auténtica se encuentran en la economía; las ideas no son más que sus reflejos. Y entonces nos preguntamos, naturalmente: "¿Qué es la ideología de Marx y la teoría marxista?" El materialismo histórico de Marx, ¿no es acaso un reflejo de las relaciones económicas de Europa, tal y como estaban en el siglo XIX? ¿No tiene acaso más importancia relativa y utilitaria siendo la expresión de intereses de clase en lucha con la explotación capitalista? ¿Puede desde luego pretender a estar en posesión de la verdad la teoría marxista? Esta pregunta, desde el punto de vista filosófico, es fatal para el marxismo. Puesto

que si se adopta a su ideología la comprensión materialista de la historia, ésta se vuelve tan ilusoria, tan falsa como todas las otras ideologías del pensamiento humano. Según la teoría marxista, no existe verdad que sea una necesidad universal; todo lo que parece a los hombres una verdad, no es más que el reflejo de sus necesidades, de sus intereses, sobre todo de las necesidades e intereses económicos. La verdad no está ni en lo que promulga las ventajas del proletariado ni en lo que favorece a la burguesía, pues estas verdades son equivalentes. Por consiguiente, la teoría del materialismo histórico se destruye por sí misma. ¿Cómo consideró Marx esta cuestión? Según la terminología filosófica corriente, la teoría marxista corresponde al relativismo, es decir, a la opinión que niega la verdad absoluta y profesa la relatividad de todas las teorías. Pero Marx y sus discípulos aspiran indiscutiblemente a algo muy superior a la ideología que refleja la realidad económica momentánea del siglo XIX. Marx creía haber revelado el misterio del proceso histórico que antes estaba sumido en la obscuridad y se había reflejado en las conciencias de los hombres bajo la forma de ilusiones múltiples.

Todo lo que es inevitable y posee una gran fuerza está bien. Marx se inclinaba ante la necesidad y él mismo es en teoría un amoral consecuente, indiferente a la distinción entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia, entre la verdad y la mentira. El bien, la verdad, la justicia, son precisamente los que traen a lo inevitable tras lo cual reside la fuerza.

La teoría del marxismo no deja lugar ni a la aprobación, ni a la indignación moral, ni a la distinción entre el bien y el mal, entre la justicia y la injusticia. Pero Marx y los marxistas están indignados con-

tra la injusticia social y condenan rigurosamente a los explotadores odiosos, a los "burgueses". En práctica, el marxismo es una modalidad de moral social extremista. Hasta en los escritos marxistas sobre la historia se encuentra una acusación moral y un tono indignado contra la explotación, contra el yugo social y la justicia; la verdad y el bien son el patrimonio de la clase obrera. Lo que consideran económicamente indispensable y socialmente útil provoca en ellos una protesta e indignación, una acusación, una animosidad exacerbada. Pero ¿con qué derecho fomentan este odio? ¿Cuál es su razón?

El marxismo ve en teoría por doquier la explotación de una clase por otra y descubre las consecuencias en las conciencias y en las ideas. Aquí aparece en él la confusión de los puntos de vista científicos y morales.

La explotación es un fenómeno moralmente reprehensible, una mala relación de hombre a hombre. Pero no es de ningún modo un fenómeno económico. Marx confunde totalmente los fenómenos económicos y reales. Para él la explotación es una resultante indispensable del proceso económico. Es difícil concebir que desde el punto de vista marxista la explotación pueda provocar esa indignación. Los propietarios explotan a los campesinos. La burguesía explota al obrero en virtud de una necesidad económica provocada por las exigencias de la producción. ¿En qué consiste aquí el mal? ¿Por qué indignarse? Es comprensible que los cristianos se conmuevan por esta relación moral malsana; pero ¿por qué los marxistas amorales en principio, niegan la diferencia entre el bien y el mal y se indignan?

El marxismo, y, sobre todo, el marxismo comunista

que éste engendró, procede del dogma moral de la igualdad, bajo cuyo prisma consideran todas las cosas. Filosóficamente hay en él una confusión acerca del origen del fenómeno y de su valoración por la necesidad del fenómeno y de su justicia. He ahí por qué el marxismo habla siempre de necesidad, mientras en realidad valora. Finge creer que la organización burguesa capitalista es el resultado de una necesidad económica, y, por consiguiente, económicamente justificada; pero en realidad la considera como el mal, la injusticia, la encarnación del pecado de explotación.

Marx poseía una enseñanza moral. Su ética partía del principio que el mayor bien se realizará por medio del mayor mal, que la luz nacerá de la condensación de las tinieblas. El mal del capitalismo debe aumentar, la situación de los obreros debe empeorar y los obreros deben exasperarse; entonces se destruirá el mal, el capitalismo "reventará" y el bien del socialismo aparecerá. De los malos instintos de los obreros, de la animosidad, el odio, la venganza, la violencia, debe salir un régimen social perfecto, justo y excelente. Cuanto más odio tengan los obreros, cuanto más cruel sea la lucha, más perfecta será la organización social que le sucederá. El marxismo está inspirado en una fe llena de utopía: cree que el pecado y el mal de explotación en la sociedad capitalista pueden ser vencidos por un proceso social, por el aumento del mal. Pero no ve por ninguna parte el germen del bien, de la verdad y de la luz espiritual.

LA RELIGIÓN DEL MARXISMO

I

LA IDEA DEL MESIANISMO PROLETARIO

No hay que buscar la esencia del marxismo en su fase objetivamente científica, evolucionista, dirigida hacia el desarrollo de las fuerzas materiales productivas. No es eso lo que hace de él una religión y lo que inspira y entusiasma a las masas. Estas no podrían entusiasmarse por la noción de desarrollo económico. Hay dos almas en el marxismo, y es lo que explica su contradicción lógica y moral que hemos intentado demostrar. Su lado objetivo, moral y religioso, ligado a la idea de la misión universal del proletariado, a la lucha de clases y a la justicia absoluta, que ha de nacer de esta lucha. La idea del mesianismo proletario, la idea de que el proletariado tiene una misión especial que cumplir en el mundo, que está llamado a libertar a la humanidad, a procurarle fuerza y felicidad, a resolver todas las cuestiones angustiosas de la vida: he ahí en lo que consiste la creación más original de Marx. Fueron numerosos los que antes que él habían expresado sus pensamientos hablando de materialismo económico y de la lucha de clases en la historia. Pero tan sólo él enunció con profunda genialidad la idea de que el proletariado es el mesías, el libertador y el salvador de la humanidad.

El viejo pueblo de Israel creía ser el pueblo de Dios, de cuyo seno saldría el Mesías, el Enviado, el Salvador, que le llevaría al Reino de Dios. El pueblo mesiánico posee cualidades diferentes que las de todas las otras razas de la tierra; es excepcional, está más cerca de Dios y posee una Verdad que no conocen los demás pueblos. Marx era un israelita y en su subconsciente, como en todos los israelitas notables, subsistía esta concepción mesiánica. Se había desprendido de las raíces religiosas de su pueblo, perdió la fe en Dios y se hizo materialista. Pero la imagen espiritual del hombre no puede ser determinada por sus teorías intelectuales.

Marx permaneció israelita hasta la médula, creía en la idea mesiánica, en la venida del reino de Dios a la tierra, aunque ésta se realizara sin Dios. Pertenecía a la especie de hebreos que renegaron de Cristo y no reconocieron en Él al Mesías que esperaban y que debía traer a la tierra la realización del reino de justicia y de felicidad. Confesaba bajo una forma seglar, es decir, ajeno a las raíces religiosas, el antiguo milenarismo israelita. Pero ya no fué para Marx el pueblo hebreo el pueblo elegido de Dios. El Mesías, renegado por el pueblo israelita, murió como un esclavo, crucificado; no realizó, por consiguiente, la verdad, la justicia, la felicidad, la fuerza en la tierra. Su Reino no era de este mundo.

El nuevo mesías vendrá con fuerza y con gloria realizará todas las esperanzas mesiánicas, su reino será el reino de este mundo. Este mesías apareció a Marx bajo los rasgos del proletariado, de la clase de los obreros. Marx le atribuyó todas las virtudes del pueblo mesiánico y le concedió las más excelsas del antiguo pueblo de Israel. El proletariado, según él,

exento del pecado original de explotación, mientras las demás clases quedan supeditadas al mismo, es puro y ha de representar el tipo más moral de la humanidad futura. En él se manifiestan las naturalezas auténticas del hombre y del trabajo. La Verdad que concierne la concepción materialista de la historia, la lucha de clases, la creación de todo valor por medio del trabajo y, en fin, su propia vocación, le ha sido revelada. El proletariado debe desenvolver la fuerza organizadora del hombre y llevarla a la victoria de la economía sobre la naturaleza y la anarquía social inherentes a la sociedad burguesa capitalista.

Ha de arrancar el velo de todas las ilusiones y las autosugestiones anteriores de la humanidad. Borrará la lucha de clases, suprimirá su existencia, creará la unión en la humanidad y la conducirá hacia la armonía. El triunfo de la revolución universal del proletariado pondrá término al reino de la Necesidad, en el cual vivía antes la humanidad, e inaugurará el reino de la libertad con el socialismo.

Por consiguiente, la historia no comienza realmente más que después del triunfo del proletariado. Lo que le precedió no fué más que un prólogo. Su victoria partirá a la historia universal en dos. Una nueva era universal empezará. El proletariado consciente, siendo la única, verdadera humanidad, coincidirá en sus intereses con los de la colectividad.

Esta naturaleza del proletariado no ha podido ser revelada por una ciencia objetiva, pues no puede más que ser objeto de fe, que según San Pablo es la afirmación y la demostración de las cosas invisibles. Lo que se revela a los ojos de Marx y de los marxistas es una entidad que no puede verse ni cabe en el conocimiento científico.

El proletariado tomado en su conjunto, poseyendo una naturaleza única, no existe. En épocas y países diferentes, en dominios diversos de trabajo posee naturalezas múltiples, intereses varios y estado de espíritu. El marxismo no se preocupa del proletariado efectivo tal como aparece en la historia; pero sí de la "Idea" del proletariado. Cree en esta "Idea", a la cual la clase obrera, en sus diferentes manifestaciones, puede muy bien no corresponder en la realidad. Su método no es un método empírico. El marxismo, en cuanto a concepción integral, no está basado sobre la experiencia histórica; la contradice. Parte de concepciones aceptadas ciegamente. La idea del mesianismo proletario presenta en sí todos los síntomas de la fe religiosa. Las propiedades empíricas, efectivas, del proletariado no autorizan de ningún modo semejante fe.

El proletariado se encuentra hoy en una situación penosa y en tiempos de Marx fué particularmente difícil. La explotación del trabajo de los obreros existe efectivamente. El trabajo industrial, desprovisto de alegría, no deja margen al desarrollo intelectual, vuelve a los hombres rencorosos, trae consigo la degeneración física, aísla de los goces que procura la naturaleza, como de los que proporciona la cultura. La situación de la clase obrera puede realmente provocar la indignación contra la sociedad burguesa capitalista, pero ¿puede uno por lo mismo edificar una fe en la idea del proletariado y en su misión universal?

La caldera de la fábrica es una mala escuela de moral. Hay en los obreros tal falta de instrucción, su nivel cultural es tan bajo, que no podrían jamás elaborar una ideología socialista. El socialismo fué

creado por hombres que salieron de la clase burguesa y cultivada. Marx no era proletario, como tampoco lo era Lenin.

Pero el marxismo afirma no sólo que el proletariado es explotado, que se encuentra en triste situación, vejado y oprimido y privado de derechos, pero afirma también que se encuentra en una situación espiritualmente, intelectualmente y moralmente privilegiada, que es la fuerza futura predestinada a libertar al mundo y que la verdad se revelará a él. En efecto, la "verdad" se ha revelado a los hijos de la burguesía, a Marx y Engels y la impusieron al proletariado, incapaz de asimilarla. ¿Por qué habría de revelarse al obrero la verdad única y libertadora, al pobre obrero, cuyos días pasan en un trabajo infernal, en un ambiente envenenado, privado de toda vida intelectual? ¿Por qué ha de representar el tipo espiritual más elevado? ¿El hombre del porvenir?

Semejante creencia podía tomar cuerpo en Marx, porque creía que del mal nace el bien, la luz de las tinieblas, la libertad de la violencia, la fraternidad del odio. Marx justificaba esta idea por el esquema dialéctico hegeliano relativo al paso de la tesis a la antítesis. Para que el paraíso del socialismo fuese posible, tenía que existir el infierno del capitalismo, para que la igualdad y la fraternidad de los hombres se realizasen debía existir la más abominable explotación de una clase por otra y la lucha más implacable debía desencadenarse.

Los marxistas se enorgullecen de lo que piensan dialécticamente; la unión lógicamente inepta de la dialéctica y del materialismo para el cual todo sentido ha sido engendrado por un contrasentido, fué

posible en Marx gracias a su fe en el mesianismo proletario.

Es evidente que para él el proceso universal encierra un sentido positivo; no es un proceso material ciego e insensato, una colisión de átomos de la materia: es el triunfo progresivo de la "idea" proletaria como finalidad de la historia.

La historia posee para Marx un sentido mesiánico en contradicción flagrante con su materialismo. La futura colectividad social creada en el seno de la sociedad capitalista constituye para él la divinidad. Todo le es permitido en nombre de esta divinidad. Todo hay que sacrificárselo en holocausto. La idea del mesianismo proletario es el mito capital del marxismo. Su alma, su inspiración, su capacidad para despertar la actividad y el levantamiento de las masas obreras dependen de ella. Su alma revolucionaria se une a su alma evolucionista. Semejante mito no podía ser engendrado más que por una fe, una esperanza religiosa. Demuestra que subsisten aún en la conciencia atea y materialista potencias del alma que reclaman una fe y son capaces de concebir esa fe. Pero ¿qué es lo que trae a la personalidad humana la religión marxista?

El ser humano es para ella un medio y no una meta. El alma humana no posee valor absoluto, como en el cristianismo. El marxismo no toma en consideración la vida interior y espiritual del ser; éste no es más que la piedra que sirve para la edificación social, no es más que el objeto hacia el cual se dirige la actividad social y no el sujeto. El hombre es el medio, el instrumento, la función del desarrollo de las fuerzas productivas que deben llevar al triunfo a la colectividad socialista. Marx no es un humanista,

no espera el reino de la caridad ni de la compasión. El hombre ha sido sacrificado a la sociedad y no posee ningún derecho absoluto. Marx niega la imagen de Dios en el hombre y niega la existencia del espíritu. ¿Tiene acaso el hombre derecho a la vida interior, a la libertad del espíritu y de la conciencia, a la vida espiritual contra los innumerables atentados de la sociedad?

He ahí una serie de preguntas que no ha soñado en formular. El ser humano, en su conjunto, no es el producto del medio social, y debe ser dócil hacia su Señor. Debe estar plasmado para la sociedad futura, primeramente por la caldera de la fábrica y luego por la dictadura del proletariado. Nada escapará a esta dictadura; no hay libertad espiritual que deba subsistir en él. El ser humano en su pensamiento, en sus sentimientos más íntimos, en su conciencia moral, en su fantasía creadora, debe someterse por entero a la sociedad, debe ser reglamentado por el "centro". Los derechos que reivindica el colectivismo social no pueden compararse a los de la Iglesia, porque los antiguos Estados, aun siendo despóticos y crueles, no pretendían subyugar al alma humana integralmente, ni en su esencia ni en su vida espiritual. Sólo la Iglesia, en vista de la salvación eterna, tenía esa pretensión.

Para la sociedad concebida por Marx no existen límites a su poderío; crea la personalidad humana a su antojo, y se abroga una cantidad de derechos sobre ella. Todos los problemas de la vida están resueltos por ella de manera exterior, por organización mecánica, material y reglamentada. No le deja libre el campo para sus vuelos espirituales, para su libertad de conciencia, para su iniciativa creadora. La

negación de la libertad de espíritu y de la libertad de conciencia llevan a la negación de la vida moral y espiritual del hombre. El marxismo, que tiene su origen en la religión de la humanidad de Feuerbach, tiene su término en la negación del hombre. En la colectividad marxista, en la sociedad comunista, el hombre deja de existir y su imagen será borrosa. Ya no importa el hombre en la edificación colectiva y social. Puede comparársele al ladrillo puesto en la base de una construcción o a la tuerca perdida en el engranaje de una máquina colosal.

La atrocidad del marxismo ruso consiste ante todo en que acarrea la muerte de la personalidad humana y de la libertad. El comunismo no es sólo la negación de Dios, pero también la del hombre. Y estas dos negaciones están estrechamente relacionadas entre sí. Su propaganda antirreligiosa lleva a la propaganda antihumana. He ahí por qué está en los antípodas del cristianismo, de la religión del Dios hombre, que afirma no sólo a Dios, sino también al hombre.

El ser humano tiene para el cristianismo una significación absoluta, el alma humana vale más que todos los reinos de este mundo. La vida espiritual del hombre no pertenece ya integralmente a la sociedad, sea cual fuere su forma; está unida a la Iglesia y no al Estado. Pertenece al reino de Dios y no al de este mundo. En la base del cristianismo no sólo existe el amor al prójimo, sino el amor al hombre. A la base del marxismo hay no sólo la negación del amor a Dios, sino también al prójimo. El marxismo no ama ni a Dios ni al hombre. Niega a Dios y es implacable hacia el hombre. Considerándole como un medio, un instrumento, no ama más que al socialismo futuro, al colectivismo social. Este amor a la sociedad es lo

que Nietzsche llamaba el amor a lo "distante", en contraposición con el amor al "prójimo". Este "distante", esta sociedad futura, es el vampiro que tragará a todo "prójimo", a toda personalidad humana a la que exige sacrificios ilimitados. No hay crueldad que no esté justificada en su nombre. El cristianismo también tiene una meta lejana, hacia algo "distante", el reino de Dios; pero no niega el amor al prójimo; lo exige por el contrario, como una condición imprescindible para su realización. No entrarán en el reino de Dios más que los que tengan ese amor al prójimo.

La conciencia marxista es víctima del capitalismo, del progreso técnico. La vida mecanizada, la supresión de la personalidad del hombre, su transformación en el instrumento del progreso, la mengua de la espiritualidad, habían comenzado ya con el capitalismo en la civilización técnica del siglo XIX. La sociedad contra la cual se rebeló Marx era en gran parte atea: lo espiritual se hallaba en ella empequeñecido y maltrecho, y el hombre considerado como función del desarrollo de fuerzas productivas. No hay que buscar en el marxismo el origen del mal, pues en su negación de Dios y del hombre no ha dado pruebas de originalidad; todo lo copió de su enemigo. Los que quieren conservar la fe en Dios, amparar la libertad del espíritu humano y el valor absoluto de la personalidad por un retroceso a la sociedad capitalista del siglo XIX, no saben lo que hacen. Si no obran conscientemente de mala fe, están, por lo menos, obcecados por una ilusión y un error fatales.

Marx estaba dotado de una inteligencia extraordinaria, de una voluntad poderosa; pero no era un espíritu creador. Su imaginación no tenía más pers-

pectiva que la de trocar al infierno capitalista de la fábrica por el cielo socialista de las mismas. Jamás consideró el paraíso como un jardín y en él no veía el reflejo de la luz divina. El mundo y el hombre se le aparecían totalmente impíos. Por su representación del desarrollo de las fuerzas materiales productivas, del empuje del trabajo del hombre y de su dominio sobre los elementos de la naturaleza podemos caer en la cuenta de la pequeñez de su imaginación y de su incapacidad de crear. Marx no se percató del crecimiento vertiginoso de las invenciones y descubrimientos, de la conquista de la naturaleza por la ciencia, del llegar de una nueva era. Pertenece integralmente al otro siglo, que buscaba la solución de la cuestión social únicamente en la lucha de clases y en el reparto social. Pero nosotros hemos penetrado en un siglo nuevo en donde este problema se plantea en forma distinta.

Las invenciones y los descubrimientos han traído un adelanto técnico que fué imposible prever. Habrá en breve una civilización aérea, el hombre no sólo poseerá la distancia terrestre, pero podrá ver y oir a distancias que por el momento parecen insuperables, penetrará en el infinito macrocósmico y microcósmico, y este poder del hombre no lo habrá adquirido por medio de un proceso económico ni por cambios sociales, pero será el resultado de la ciencia, de conocimientos, de descubrimientos intelectuales.

Marx estaba, además, sujeto a una visual muy limitada de la sociedad capitalista del siglo XIX, no tenía perspectivas generales. Tan sólo su idea del mesianismo proletario era universal. De modo que la cuestión social viene a ser una cuestión de técnica, la de la conquista de los elementos por la inteligen-

cia del hombre. Esta presenta un aspecto de dos caras muy peligroso; porque el desarrollo de la civilización técnica, los descubrimientos que permiten al hombre dominar a la naturaleza pueden también "mecanizarle", privarle de su alma, pueden borrar en él la imagen divina, pueden servir no a Dios, sino al diablo. Por consiguiente, la cuestión social es también una cuestión moral, una cuestión de luces, de transfiguración espiritual, de modificación religiosa de las relaciones de hombre a hombre, es decir, una cuestión cristiana.

Es imposible volver a educar al hombre, transformar sus relaciones, mejorarle interiormente por medio de revoluciones o de organizaciones sociales impuestas a la fuerza. El pecado, el mal, el odio, la esclavitud, no harían más que cambiar de forma; trocaríanse los vestidos, pero no los hombres. Sólo el cristianismo, la gracia de Cristo, posee la fuerza real y sublime de regenerar las almas humanas, de transformarlas, y nunca podría resolverse la cuestión social sin esta renovación interior y espiritual, sin esta luz para el corazón del hombre que venció al pecado, sin que éste busque el reino de Dios.

II

LA RELIGIÓN NO ES ASUNTO DE CARÁCTER PRIVADO

El partido socialdemocrático adoptó el párrafo de los programas liberales y democráticos según el cual "la religión es asunto de carácter privado". Éste admite la libertad de conciencia, es decir, reconoce el derecho a cada ciudadano de gozar de plena libertad en materia religiosa. El Estado y la sociedad no se preocupan mayormente de la fe religiosa, sino a condición de que ésta no se inmiscuya en sus asuntos internos. La afirmación de que la religión es asunto de carácter privado fué expuesta o por incrédulos o por indiferentes. Ésta fué la postura adoptada por el liberalismo frente a la religión. El desarrollo de la filosofía liberal, el triunfo ingente del racionalismo llevarán a la desaparición total de la fe religiosa. Por de pronto basta concederle a la religión un pedacito del alma y a condición de que no se extralimite, de que no se meta en negocios ajenos. La fe cristiana y la Iglesia no deben ejercer influencia alguna en el Estado, en la instrucción pública ni en la vida social. Sólo bajo esta condición dejarán al hombre libre de creer lo que le parezca. La aplicación del principio "la religión es asunto de

carácter privado" acabó siempre en persecución. El campo de la fe religiosa fué reduciéndose cada vez más, y su influencia fué menguando en todos los aspectos de la vida.

El cristianismo cree en la revelación de la verdad, reconoce y tiene obligación de reconocer que ella debe regentar toda la vida. La religión es la cuestión más universal, más general, no solamente personal, sino social; abarca toda la existencia y no es unilateral. Todo hombre que posee una fe personal convendrá en que esto es cierto. El papel importante que ésta ha desempeñado siempre no ha sido reconocido por los socialdemócratas. Porque éstos perdieron el carácter religioso del marxismo primitivo y se habían adaptado a la manera de pensar de los partidos burgueses.

La convicción de Marx era diferente; consideraba como primordial y de interés universal la lucha contra el cristianismo, su destrucción definitiva en el corazón y en la conciencia humana. El marxista auténtico es un verdadero revolucionario; el socialista no puede creer en Dios y profesar la religión cristiana. Tal es la convicción de los comunistas rusos que permanecieron fieles al carácter revolucionario y religioso del marxismo. Éste no puede afirmar que la religión es asunto de carácter privado, por la razón que él mismo es una religión opuesta a todas las demás y ante todo al cristianismo. Lenin expuso claramente por qué podía aplicarse este principio al mundo burgués y no al mundo comunista. Para el reglamento comunista interior, este principio liberal burgués no tiene valor alguno; la fe religiosa no puede tolerarse en el campo comunista ni puede caber el cristianismo. El comunista no tiene libertad de

creer lo que le parece; su credo debe ser comunista, es decir, debe creer en lo que le prescribe la iglesia y los dogmas comunistas. El comunismo pretende ser en todo semejante a la Iglesia: excomulga por "herejías"; toda fe religiosa que se diferencia de la fe comunista es una herejía y no puede tolerarse. Hay que afirmar este principio en lo que se refiere al mundo burgués: Que la religión es asunto de carácter privado porque contribuye a su descomposición. Pero Marx, y Lenin más tarde, desprecian la lucha del radicalismo burgués contra la religión. Marx asimiló todos los elementos negativos y destructores del racionalismo del siglo XVIII y sobrepujó éste por su religión comunista positiva y lo despreció como procediendo de origen burgués.

El *pathos* del librepensamiento no le interesa; exige la organización y el método (la reglamentación) del pensamiento en nombre de la realización del comunismo proletario. Marx y Lenin consideran que hay que dejar a la burguesía radical y librepensadora el cuidado de ocuparse de la cuestión religiosa y de luchar contra la Iglesia. Para el marxismo revolucionario, la cuestión religiosa no puede separarse de la lucha del proletariado contra la clase burguesa y debe resolverse por medio de esta lucha. A medida que la conciencia proletaria se desarrolle y triunfe en el mundo, la fe religiosa ha de esfumarse como una ilusión. Al principio, cuando Marx se hallaba cerca de Feuerbach y del hegelianismo de izquierda, le daba más importancia al problema religioso, y la cuestión que para él se planteaba era la de una revolución de conciencia. Pero cuando penetró más hondamente en el movimiento obrero revolucionario, la cuestión religiosa se unió a la de la revolución prole-

taria universal. Hay que decir en verdad que si en la práctica los comunistas modificaron la enseñanza marxista y reconocieron la eficacia excepcional de los fusilamientos, detenciones, persecuciones tanto en materia religiosa como en otras circunstancias, no sólo Marx, sino Lenin también, reconocieron en sus escritos que la cuestión religiosa encierra una modificación de conciencia y no creen que esto pueda resolverse fusilando o encarcelando.

La propaganda antirreligiosa de los *Komsomols* (*) está calcada enteramente de la doctrina marxista, pero los métodos a los cuales recurren se diferencian de los del marxismo clásico. Marx no presintió de qué modo se realizaría el marxismo; creía sinceramente que la "reglamentación definitiva de la vida social y el ordenamiento de la explotación de las clases traería consigo la abolición de la fe religiosa, que desaparecería naturalmente de la conciencia como una ilusión o una quimera".

No se puede llevar a buen fin la lucha contra la propaganda antirreligiosa y contra el veneno del ateísmo inoculado en el pueblo ruso, partiendo del principio de la separación de la Iglesia del Estado y del derecho de la libertad de conciencia. Esto significaría apoyar la tesis de que la "religión es un asunto de carácter privado". Habría que dar a este axioma un sentido diferente en nombre de un nuevo ideal. La lucha contra la propaganda antirreligiosa y el ateísmo debe ser también una lucha social y debe reconocer el valor no sólo privado, sino universal y social de la religión. Sin embargo, la lucha social

(*) *Komsomols* se llaman los jóvenes comunistas que están encargados de estudiar la línea general de la filosofía soviética.

contra la propaganda antirreligiosa y atea no implica la negación de toda verdad en el socialismo y en el movimiento revolucionario obrero. No se trata de oponer una organización burguesa y capitalista a lo que hay de cierto en el socialismo. Resolver el problema de este modo no puede más que hacer daño a la obra de Cristo en la tierra. Hemos visto anteriormente ''que la mala voluntad se encargó de resolver la cuestión de la verdad social, porque la buena voluntad dejó de acometerlo''. Wl. Solovieff dice que para vencer la mentira del socialismo hay, ante todo, que reconocer lo que encierra en parte de verdad (hasta el comunismo encierra una parte de verdad, aunque mal orientada y adulterada).

La mentira del comunismo no reside en su carácter político económico o social, que puede ser neutro acerca del punto de vista religioso, pero sí en su carácter espiritual, en su ateísmo, en su negación de Dios y del hombre, en su obcecación en no reconocer la libertad del espíritu. El hecho de que los obreros y campesinos hayan llegado al poder y a una actividad histórica no es un mal en sí.

Encierra en su seno una cierta verdad. El mal reside tan sólo en el estado mental, moral y espiritual de los obreros y campesinos contaminados por el ateísmo y por la ley antihumana del comunismo. La calamidad del comunismo es el castigo de los pecados cometidos por el mundo cristiano, y éstos deben ser confesados por él.

Para luchar contra la propaganda anticristiana y el ateísmo de las masas obreras, es indispensable romper los lazos que unen al cristianismo a los intereses del capitalismo y al régimen social burgués, lazos que prueban la deformación y la degeneración de la

fe cristiana y su adaptación a los intereses humanos, tan efímeros y pasajeros. El cristianismo no puede tolerar el odio ni la violencia contra clases enteras. Cada hombre, sea éste obrero o burgués, lleva en sí la imagen de Dios, está llamado a salvarse y a gozar de la vida eterna. Pero el cristianismo no puede depender de intereses privados. No está llamado a sostener a la burguesía como clase, no puede proteger más que a los seres humanos cuando les persiguen, cuando les oprimen, cuando les niegan sus derechos a la vida y a la salvación.

Nosotros, cristianos, debemos reconocer abiertamente que la indignación de los ateos sinceros es a veces justificada. No sólo las prácticas de los cristianos en la historia, sino hasta la comprensión de sus dogmas fué deformada y adaptada a los cortos alcances del hombre y a sus intereses privados. La falsa interpretación de los dogmas provocó a veces indignación e hizo que se rebelaran contra la fe de Dios.

Es inadmisible y falso el justificar el mal existente en virtud de la invencible fuerza del pecado original. No podemos esperar, para mejorar nuestras condiciones de vida, a que el reino de Dios sea una realidad y que el pecado original sea vencido, pues surgirá el comunismo impetuoso que llegará a sus fines por la violencia y dirá a los cristianos: "Soportad el régimen comunista, someteos a él como os sometísteis al antiguo régimen; el comunismo es invencible a pesar del pecado original". Si nos fijamos en los procesos objetivos y morales, el socialismo puede considerarse tan indispensable como el capitalismo, el régimen monárquico o cualquier otra organización de la vida. El socialismo puede existir, no porque los hombres sean perfectos y puros; pero precisamente en razón

directa de sus imperfecciones. Las antiguas objeciones que levantaron los cristianos contra el socialismo están anticuadas y representan un anacronismo. El porvenir es de los trabajadores o de las clases obreras. Existe una tendencia universal hacia el socialismo, hacia la socialización de la humanidad.

El cristianismo no ayudó lo bastante al proletariado cuando éste era humilde y oprimido, maltrecho y vejado; ahora que triunfa y tiende a oprimir a los demás hay que socorrerle espiritualmente. Porque si es débil espiritualmente en el momento de su caída, es infinitamente peor en el momento de su triunfo, de su victoria, de su poderío. Pues el día de su dictadura, el día en que realiza su idea mesiánica es cuando el proletariado amenaza hundirse. La Iglesia de Cristo debe ir hacia los que están cerca de la perdición, hacia los que cayeron muy bajo espiritualmente, aunque en apariencia sean poderosos y parezcan fuertes. La cuestión social se trueca en cuestión religiosa y espiritual en la época del triunfo del movimiento obrero y revolucionario. La Iglesia puede purificar las indagaciones acerca de la verdad social y esforzarse en conciliarlas con la verdad de Cristo.

El marxismo es una doctrina que ya ha pasado; está basada en una religión falsa y anticristiana y ha querido divinizar al proletariado. Pero encerraba en ella elementos positivos: el realismo social, la demostración del papel que representa el principio económico en la sociedad y la lucha de clases, la divulgación de las iniquidades del régimen capitalista y la mentira idealista de la cultura humanitaria. Hay que tener el valor de reconocer la parte de verdad que hay en lo que nos es hostil. Es imposible refutar el materialismo histórico de Marx invocando el papel

desempeñado por las ideas elevadas en la historia. El materialismo marxista es falso porque Dios existe, y las ideas, por sí mismas, son impotentes. El pensamiento cristiano está llamado a señalar el vacío espiritual, el caos del ideal comunista, el espíritu burgués del marxismo o la impotencia de la revolución comunista para crear una nueva vida, un hombre nuevo, y la ausencia total de fuerzas creadoras y regeneradoras en el comunismo. El cristianismo es más radical que éste, busca el reino de Dios, la transfiguración real del hombre y del mundo, un nuevo cielo y una nueva tierra. No se podrá refutar la consigna de los incrédulos, "la religión es un instrumento de explotación", más que a condición de que los defensores y servidores de la religión no la empleen jamás como instrumento al servicio de sus fines utilitarios.

Se imponen nuevos métodos para proteger al cristianismo, pues los antiguos le comprometen. Y no podrá vencer al espíritu anticristiano más que un cristianismo acrisolado, purificado, espiritualizado, profundo, que tenga conciencia de sus deberes creadores en la cultura y en la vida social.

EL CRISTIANISMO Y LA ACTIVIDAD DEL HOMBRE

I

La literatura antirreligiosa soviética reunió todos los argumentos que han sido formulados en contra del cristianismo. Todo lo que han sostenido sus adversarios: Voltaire, Holbach, Düpuy, Feuerbach, Marx, se halla entre esos argumentos y bajo forma vulgarísima. Lenin no dió pruebas tampoco de ninguna originalidad doctrinal concerniente a la religión, pero excedió a todos sus antecesores por la crudeza de sus invectivas. De toda esta fraseología, un solo argumento parece esencial y poderoso y puede, por la impresión de verosimilitud que ostenta, convencer a los seres poco interesados en el problema religioso y que no han profundizado suficientemente su esencia: la religión en general, y en particular la religión cristiana, desprecia la actividad humana, predica el estado pasivo, la sumisión al destino, la resignación ante la injusticia social y enseña a entregarse a la voluntad de Dios para todo, justificando de esta manera la opresión del hombre por su semejante. Parece que, según la religión cristiana, sólo Dios es activo y que la única preocupación del hombre consista en rezar, en resignarse, en cantar los *Tedéums* y esperar que llegue la Gracia. Estas afirmaciones están generalmente acompañadas, en la literatura antirreligiosa soviética, por ejemplos elementales que apoyan y

subrayan la inutilidad de la espera del milagro, de la oración y de las acciones de gracia para obtener buenas cosechas, y señalan, en cambio, la oportuna adaptación de la técnica perfeccionada a la economía rural. En una palabra: el tractor en contraposición a la plegaria. Y aquí siguen las críticas al estado de atraso, a la ignorancia y al carácter supersticioso de las masas religiosas cuyo cristianismo —es decir, la religión del espíritu— no supo aún deshacerse de ciertas trabas de la magia pagana.

Los cristianos han de reconocer que, muy a menudo, la interpretación que dieron a su religión tendía a humillar al hombre y negar su actividad y su creación. No cabe duda que en los tratados teológicos, sean éstos católicos, protestantes u ortodoxos, le empequeñecieron o lo aniquilaron deliberadamente, le rehusaron toda posibilidad de acción creadora en el mundo que le rodea, sobre la naturaleza y la sociedad, justificando tan sólo el sentimiento de conservación de la vida. Esta humillación del hombre, este cohibir sus posibilidades, se relacionaba generalmente con la doctrina del pecado de la humana naturaleza. Partiendo del principio que el hombre es un ser caído cuyas fuerzas menguaron en la caída y en el cual todo bien se manifiesta por la gracia divina y que por sí mismo no está inclinado más que hacia el mal, se deducía que era incapaz de crear un orden social equitativo y libre.

La doctrina de la caída fué así explotada deliberadamente y se sirvieron de ella para esclavizar al hombre y santificar un régimen injusto de vida.

Para entender el origen de semejante interpretación del cristianismo y tamaño abuso de la idea del pecado, hay que tener en cuenta que dos principios

coexisten en la vida religiosa: el principio divino y el principio humano; la revelación de la luz que emana de Dios y su interpretación por los hombres con los cortos alcances que les son peculiares, y en la cual comprenden sus relaciones de dominación y esclavitud. Si Dios solo fuera activo, nunca hubiera existido el mal, ni la imperfección, ni el sufrimiento. Pero el hombre obra también, y su actividad puede ser buena o mala. De una manera activa aprehende la luz que le viene de Dios, la refracta en sus tinieblas, deformándola conforme a sus torpes intereses personales y sociales, porque la mayoría de las veces es incapaz de elevarse hasta la concepción espiritual del cristianismo.

El hombre comprendió de manera demasiado servil la doctrina cristiana, y la negación de la actividad humana fué el resultado de su mala índole; la humillación del hombre fué una deformación humana del cristianismo. Porque en realidad, cuando la doctrina cristiana no ha sufrido ninguna alteración nos enseña ante todo a respetar la dignidad humana, y lejos de rebajarla la eleva a una altura sin precedentes. La esencia del Evangelio se condensa en estas palabras: "Buscad ante todo el Reino de Dios". De ahí el punto esencial del cristianismo. El Evangelio nos dice que a ese Reino hay que forzarle, pero que su conquista significa la realización de una vida perfecta, de una plenitud, la cual comprende toda justicia. No puede designar la sumisión a la impostura y a la injusticia so pretexto de que la humana naturaleza es pecadora. Porque el pecado será vencido por la búsqueda del Reino de Dios, por la de una vida mejor, más perfecta, más cumplida. Pudiérase decir que el cristianismo es un eterno revolucionario al cual no

llega a satisfacer ningún género de vida, pues busca al Reino de Dios y su justicia y pretende la transformación más radical del hombre, de la sociedad y del mundo. Si se distingue de los demás revolucionarios no es porque su radicalismo sea menor, pero por su exigencia de la armonía perfecta entre el fin y el medio que lleve a él, es decir, por no aceptar la violencia ni el odio como vehículos hacia la realización de una vida perfecta.

El cristianismo no corresponde a una espera continua en el milagro, como acontecimiento exterior y que se produce independientemente de lo que él mismo representa. Esta actitud pasiva es considerada como una tentación, y, por consiguiente, es condenable. La posibilidad de una intervención milagrosa en la vida implica una actividad espiritual. Wladimiro Solovieff decía que era una impiedad el esperar de Dios lo que podía realizar cualquier jurisdicción vulgar. Como lo es el confiar tan sólo en Él para obtener una buena cosecha, ya que la técnica, y los adelantos de la economía rural son susceptibles de obtenerla y realizarla. Y así, en cualquier orden de ideas. El deseo de Dios es que la ciencia y la civilización, la medicina y la técnica, contribuyan a obtener una vida más perfecta. Pero la perfección de la vida interior, la transformación del alma no se obtienen ni por la ciencia ni por la técnica; suponen la actitud espiritual del hombre con respecto a su Dios.

Afirmar que el cristianismo sea hostil a toda actividad es contradecir ante todo a los hechos históricos, pues hemos visto que la mayor actividad se desarrolló precisamente en el curso del período cristiano, y que el dinamismo mayor fué el que distinguió a los pueblos que aceptaron el cristianismo, es decir, a los pue-

blos de Occidente. El cristianismo fué una fuerza motriz y creadora en la historia, y hasta sus adversarios deben convenir en ello. Los pueblos de las antiguas civilizaciones de Oriente (los de la China, la India, la Persia) que no le aceptaron parecen apartados de la historia Universal, estancarse y vivir tan sólo en el pasado. Mientras que el cristianismo es la religión más apta a mirar hacia el porvenir.

Este hecho se explica por su carácter mesiánico y por su fe en el Reino de Dios hacia el cual se encamina el mundo. Gracias al cristianismo, la concepción dinámica de la historia y su proceso activo hacia un fin supremo tienen un sentido. Resulta que en medio de la Historia aparece Cristo, Salvador del mundo, y se encarna el sentido del proceso universal. El concepto histórico era ajeno hasta a los griegos y a toda la civilización antigua, sus conciencias no se orientaban hacia el porvenir, no tenían más noción que la del movimiento de un ciclo. El griego de la antigüedad era contemplativo y no activo; admiraba estéticamente al cosmos y su belleza y armonía universal; su religión se ligaba a los mitos del pasado. Los acontecimientos más importantes habían sucedido para él en ese pasado.

El cristianismo, por el contrario, mira hacia el porvenir, hacia la segunda venida de Cristo, hacia el Reino de Dios, hacia el fin del mundo, en el cual se halla su sentido, su razón de ser. El dinamismo que el cristianismo introdujo en la historia de las sociedades humanas está íntimamente unido a la idea de llegar al Reino de Dios; en otros términos, a la vida perfecta. Este continuo anhelo, este descontento del mundo tal cual es, es propio únicamente del cristianismo; él sólo inoculó en el alma humana ese des-

asosiego, esa inquietud que no se satisfacen más que hallando una perfección semejante a la del Padre Celestial.

Todas las utopías sociales del siglo XIX, todas las ideologías del régimen social perfecto y equitativo no pueden elaborarse más que en el mundo cristiano; son todas una transposición en el medio social de la noción cristiana del Reino de Dios, y la idea de Marx concerniente al mesianismo del proletariado tiene también su origen religioso, aunque sea más judaica que cristiana. La civilización grecorromana, aristocrática en sus principios, despreciaba al trabajo, lo consideraba como propio de esclavos. Y el cristianismo vino a santificarlo. Cristo fué un trabajador, un obrero; de Él son estas palabras: "el obrero merece su alimento" (1), que podemos unir a las de San Pablo: "Si alguien se niega a trabajar no tiene derecho a comer" (2). Las parábolas evangélicas relativas a los dineros, a los viñedos, evocan el trabajo, la actividad, la obra creadora del hombre. "El hombre debe ver el fruto de los talentos que recibió de Dios" (3). El trabajo, la actividad del hombre deben llevar su fruto. El hombre tiene que cultivar la tierra, debe restituir más de lo que le fué otorgado. No puede justificar de ninguna manera su pasividad con el Evangelio.

El cristianismo afirma la dignidad del ser humano en tanto que es la imagen de Dios. Abre ante él infinidad de caminos hacia su perfección que no hay

(1) San Mateo, cap. 10, vers. 10.

(2) Segunda Epístola a los tesalonienses, cap. III, vers. 10.

(3) San Mateo, cap. 25, vers. 15-20; cap. 21, versículos 28-31. San Lucas, cap. 13, vers. 6-9.

que considerar tan sólo bajo el prisma individual, porque tienen un alcance social.

El cristianismo ve en el hombre un ser espiritual, y siendo el espíritu activo por excelencia, no puede dejar de aspirar al infinito, a la perfección, a la plenitud de la vida. Y esta aspiración implica por sí sola el movimiento, la dinámica, la actividad. El pagano veía en la naturaleza demonios y fuerzas maléficas; las temía, temblaba ante ellas, consciente de su inferioridad. El cristianismo despojó al hombre de ese miedo ancestral que le inspiraba el caos y las fuerzas tenebrosas y diabólicas que recelaba la naturaleza; le quitó de encima esa pesadilla, lo elevó, puso su destino en manos de Dios, es decir, en algo interior y no exterior. El hombre no conocía a la naturaleza de manera científica, no sabía aún dominarla por la técnica, mientras le parecía poblada de espíritus y diablos que tenían un poder maléfico sobre ella. Esa es la razón por la cual se deduce lo limitado del desarrollo de las ciencias naturales y de la técnica en el mundo antiguo. Con la liberación del hombre de ese pandemonismo, la religión cristiana preparó espiritualmente la posibilidad del desarrollo ulterior de las ciencias, su conquista de la naturaleza y la sumisión de ésta al hombre.

No hay que imaginar que este estado de cosas se manifestó de repente: el hombre hubo de pasar, en la época medieval, por una lucha ascética y espiritual en la cual tuvo que vencer a las fuerzas de la naturaleza, exterior e interiormente; tuvo, ante todo, que deshacerse de su influjo poderoso. Las ciencias pueden alzarse contra el cristianismo, pero echan en olvido, al hacerlo, que no hubieran existido sin su influencia preliminar; olvidan que si han conocido

un incremento en los tiempos modernos lo deben, ante todo, a la liberación del espíritu humano de sus antiguas supersticiones, y que esto lo consiguió la fe cristiana.

No puede vencer al mundo, no puede dominarle sino el ser que se eleva sobre sí mismo, porque no es una fracción infinitesimal, porque no es sólo y únicamente el producto y reflejo de sus progresos naturales, sino porque posee un manantial de fuerza interior diferente. No se puede vencer al mundo exterior que nos acosa por todas partes, más que por el mundo invisible interior, en el cual encontramos energías creadoras que logran transfigurarle. Y eso es lo que nos enseña el cristianismo; y si los que le atacan en nombre de la actividad humana no lo han observado es porque le miran superficialmente y no han profundizado el problema.

II

Pasemos ahora a la esencia del problema. ¿Qué es lo que el cristianismo nos enseña con respecto al hombre? ¿Lo eleva o lo rebaja? Lo que nos preocupa, en efecto, no son las deformaciones que padeció la enseñanza cristiana en el curso de la historia; no es la manera de que se sirvieron de él para defender ciertos intereses particulares, sino el cristianismo tomado en su esencia y su pureza; en su acción interior, íntima, en el alma humana. No encontramos en ninguna parte, en la revelación cristiana, en el Evangelio, en la enseñanza de Cristo con respecto al Reino de Dios o relativo al don de Dios sacrificándonos a su Hijo Unico por amor al mundo, la negación de la actividad del hombre o su humillación. El Evangelio exige, por el contrario, un servicio activo con respecto al prójimo, un constante esfuerzo en busca del Reino de Dios que reclama todos sus afanes.

Antes que el humanismo europeo hubiera entrado en período de decadencia y de disgregación, toda la doctrina que habla de la dignidad suprema del hombre, de los valores de toda individualidad y el de sus derechos infinitos estaba comprendida en el cristianismo.

Este influyó sobre la esencia profunda del alma y modificó, transfiguró a la naturaleza semianimal y

bárbara del ser humano, aunque el hombre debiera más tarde traicionarle y perder su fe.

Sin esta transformación interior de la naturaleza humana operada por el cristianismo jamás hubiérase abolido la esclavitud; jamás la igualdad entre los hombres, que es ante todo la igualdad ante Dios, se hubiera promulgado; jamás la libertad de conciencia, su independencia con respecto al Estado, hubiera podido conquistarse.

No queremos decir con esto que los cristianos, los dignatarios, aquellos que estaban en el poder, lucharon siempre en la historia por suprimir la esclavitud; antes bien, hicieron lo posible por mantenerla. Pero lo que afirmamos es que el cristianismo transformó interiormente los valores y los sentimientos humanos, que trajo un despertar de la conciencia tan grande, que la esclavitud llegó a parecerle una cosa intolerable. Hasta los que cesaron de llamarse cristianos se aprovecharon del resultado de esta regeneración. Los más grandes filósofos de la antigüedad, Platón, Aristóteles, no llegaron a sacudir las conciencias como llegó a hacerlo más tarde el cristianismo hasta en seres mediocres.

El cristianismo fué el primero en proclamar la libertad de conciencia. En la antigua civilización de Grecia y Roma, la religión estaba íntimamente vinculada con la ciudadanía; el hombre dependía, en esa materia, integralmente del Estado; no gozaba de ninguna libertad espiritual. En las antiguas monarquías de Oriente era esclavo. Sólo el cristianismo afirmó por primera vez su independencia, le colocó ante Dios, repudió el juicio del Estado y de la sociedad y le puso en relación directa con su Creador. Negándose

a adorar al César, los mártires cristianos conquistaron espiritualmente la libertad de conciencia.

Una grave objeción se presenta aquí: el cristianismo, en el curso de la historia, se sometió al Estado, se hizo su instrumento dócil; los poderes y dignatarios cristianos ciñeron su espada, quemaron a los heréticos, crearon un Tribunal de la Inquisición desconocido en Grecia. Pero esas flaquezas trágicas no son inspiradas por lo que Dios reveló al hombre por medio de su Hijo, Jesucristo; es decir, no son de la esencia del cristianismo; resultan de la pequeñez del criterio humano, de una deformación de la Verdad revelada que el hombre alteró para que sirviera a sus propios fines. Fueron vestigios que sobrevivieron al paganismo. La revelación desfigurada fué tomando pie en nombre del Estado y de una sociedad bárbara para falsear la conciencia. He ahí por qué cuando examinamos el papel del cristianismo en la historia deberíamos tener en cuenta la acción interior que ejerció la religión de Cristo sobre el alma, la vida emotiva y la conciencia, y no las malas acciones que hicieron los poderosos y los que ocupaban el mando y se mostraron frecuentemente indignos de llamarse cristianos.

La noción del hombre como ser caído y pecador que, impotente por sí sólo, espera la ayuda del cielo, está lejos de apurar la doctrina cristiana relativa al ser humano. Hay que convenir que no se cae más que desde una altura, y, por consiguiente, si pudo caer es que, en origen, el hombre se hallaba a gran altura. Sólo un espíritu libre y no esclavo de una necesidad natural pudo alejarse de Dios. El hombre no es una gota en el océano de la vida natural ni un producto del proceso evolutivo de la naturaleza ajeno a toda libertad; lleva en sí la imagen divina, es el reflejo

de la naturaleza suprema, es la creación y el hijo de Dios. Esta naturaleza suprema no podía ser irremediablemente aniquilada después de la caída. He ahí el punto esencial de la doctrina cristiana en lo que concierne al hombre.

Como imagen del Creador del mundo, el hombre está llamado a crear él mismo. El libro del Génesis nos enseña que su destino fué el reinar en el mundo, que fué llamado a ser el cultivador y el organizador de la Tierra y el clasificador de toda criatura animada. La caída nos indica ella misma que gozó de una libertad y de una capacidad que le permitieron orientarse hacia el bien y el mal. Pero Cristo nos enseña que Dios se hizo hombre, se encarnó, elevando por ese hecho a la naturaleza humana a una altura prodigiosa, ofreciéndole así la posibilidad de una deificación. He ahí por qué el hombre es hijo de Dios y por qué ha sido adoptado por Dios. El misterio del cristianismo no puede rebajar al ser humano, puesto que éste recibe, a través de Cristo Dios y Hombre, una fuerza creadora que lo coloca por encima de la naturaleza.

El cristianismo popular, el de las masas sin cultura, está lleno de un sinnúmero de elementos supersticiosos, de leyendas paganas que aparecen después del cristianismo y en él bajo un prisma más sombrío aún que en el antiguo paganismo neocristiano. Ese cristianismo rebaja y disminuye al hombre y hace de él una criatura medrosa y triste. Lo que simplifica la tarea de la propaganda antirreligiosa es lo que se refiere a la magia pagana más que a la mística cristiana; es ese cristianismo convencional que no tiene nada que ver con el cristianismo puro, del cual ignora la existencia.

Las otras religiones históricas, el judaísmo, el islamismo, la religión de los brahmanes, creían también en Dios. Pero el cristianismo tan sólo une a la fe en Dios una fe en el hombre, en el Dios-Hombre. Sólo él afirma un parentesco interior entre Dios y el hombre, la posibilidad de una unión entre lo divino y lo humano. Él solo cree que Dios baja hasta el hombre y que el hombre se eleva hasta Dios. He ahí su particularidad esencial. Su rasgo específico. Lejos de ser la negación del mundo y del hombre, es la religión de la encarnación del espíritu y de la transfiguración del mundo. La conciencia religiosa de la India niega al hombre y tiende a imaginar su absorción por la divinidad impersonal, mientras la fe cristiana lo afirma por el contrario, lo quiere transfigurar y preparar para la eternidad. La Iglesia rechaza el "quietismo", el sosiego que exigía la pasividad absoluta del hombre. Repudió las doctrinas que negaban la acción de su libertad. El hombre no puede ser activo, no puede dominar a los elementos naturales ni en sí, ni en torno suyo; no puede volverse el ordenador del mundo si no es el producto de un medio natural y social, si no encierra en sí un principio espiritual que hace que pueda sobreponerse a su naturaleza, elevándose por encima de ella, principio que ha de ser a la vez activo e independiente de la reacción exterior.

Y mientras el materialismo no le concede ninguna luz, es precisamente la existencia de este principio interior activo y espiritual el que le otorga el cristianismo.

III

¿Puede el materialismo filosófico e histórico afirmar la actividad del hombre? Sus partidarios lo sostienen así. Pero al sostener esta aserción ¿quedan lógicamente fieles a sus principios? El marxismo es muy de actualidad, y sus adeptos reclaman para sí la actividad. Pero ¿puede su enseñanza con respecto al hombre legitimar esta actividad? De ningún modo. La doctrina que quiere que la economía rija la vida humana; que toda la historia esté determinada por el desarrollo de las fuerzas materiales productivas; que toda ideología no sea más que el reflejo de la realidad económica, es por sí misma pasiva y no deja lugar a la iniciativa creadora del hombre. Si todo lo que el hombre piensa, lo que hace, no es más que el reflejo de la realidad material, está dirigido por fuerzas impersonales, materialmente sociales, que obran exteriormente.

La crisis por la cual pasa la filosofía soviética contemporánea está en relación con la dificultad que encuentra en justificar, según las miras marxistas, la actividad del hombre, y en particular la prodigiosa actividad de los comunistas rusos. Los jóvenes se empeñan en llevar rectificaciones al marxismo, en limitar su determinismo social, en vencer al materialismo mecanicista, en reconocer la posibilidad de un "auto-

dinamismo'' en el mundo que no esté determinado por el medio exterior. Pero todo esto no resulta sin gran mengua de la lógica, y la terminología filosófica tiene que someterse a extrañas deformaciones. En efecto, la libertad del espíritu se transpone a la materia, a la que corresponden la vida, la actividad, la lógica, la libertad, la posibilidad del movimiento espontáneo. Pero la materia y el proceso material, empleando correctamente la terminología filosófica, no puede ser activa; el libre ''autodinamismo'' no le es propio; no puede atribuírsele ninguna dialéctica. El espíritu sólo es activo, la actividad implica un principio espiritual. Si el hombre no es más que una ínfima fracción de la materia universal, no es más que el producto de la naturaleza material y del medio social; si no es más que un momento transitorio y un instrumento del proceso material, natural y social, entonces su actividad no tiene objeto plausible. Un concepto semejante excluye de antemano la noción de actividad en el mundo, pues cuando las cosas están determinadas por el exterior no son más que el reflejo de otra cosa, es decir, el resultado de la necesidad. Si el materialismo dialéctico marxista-leninista afirma la actividad inusitada del hombre —del hombre social, se entiende— susceptible de transformar a su antojo al mundo entero y hasta de abrogar a las fuerzas de la naturaleza, proviene de que transporta las propiedades del espíritu al seno de la materia, cometiendo en este caso —como ya lo hemos apuntado— una violación ilícita de la terminología establecida. El materialismo es a menudo un símbolo verbal y convencional, mientras en realidad ha dejado de existir.

Aquí tocamos el fondo del argumento de toda propaganda antirreligiosa, al ataque aparentemente más

poderoso contra el cristianismo, y al mismo tiempo a la refutación principal de este argumento. La defensa de la actividad humana es por entero ficticia. Pues los que reprochan al cristianismo el paralizar la actividad humana ignoran no sólo esta actividad, sino que desconocen al hombre mismo. La concepción del mundo marxista-leninista no afirma la actividad del hombre, sino la de la sociedad o colectividad social que aniquila al ser humano y lo convierte en su instrumento. Reconocer la actividad humana es reconocer al hombre una iniciativa creadora, una libertad de acción. El hombre es activo en cuanto que es un ser espiritual libre gozando de un valor absoluto; si no, queda reducido al estado de instrumento al servicio de un proceso de desarrollo social. Es activo si crea este proceso, pero no lo es si este proceso le crea a él. Por consiguiente, la actividad soviética, en la cual el hombre no cuenta más que como ejecutante dócil de un mandato social, no tiene relación alguna con la actividad humana propiamente dicha. El comunismo materialista que reconoce por única realidad original a la colectividad social considerándola como prodigiosamente activa y todopoderosa, niega al hombre, y podremos decir, volviendo a nuestra terminología cristiana, que toda actividad se debe a la "gracia" de la actividad del partido comunista y no a la libertad humana.

La sociedad comunista substituye a Dios. Acusan al cristianismo de ser el que presta la actividad a Dios y la pasividad al hombre. Interpretan como un fatalismo que obligara a Dios a obrar en el mundo independientemente del hombre y por encima de éste, no siendo éste un sujeto independiente, sino únicamente el objeto de la acción divina. Le reprochan que reser-

ve la potencia activa que es propiedad de la gracia en detrimento de la libertad humana. Pero sabemos que la Iglesia condenó el "ocasionalismo", teoría según la cual sólo la causa eficiente, es decir, Dios, produciría un efecto en el mundo, mientras las causas secundarias, la naturaleza y el hombre, se contentaban con procurarle la ocasión de obrar.

La conciencia cristiana se ha sublevado siempre contra la noción fatalista de la acción de Dios en el mundo. Ha sostenido siempre que Dios no actúa por encima del hombre e independientemente, sino por su mediación a través de su libertad y de su actividad. Y esta idea está claramente expresada en el proverbio popular de "Ayúdate, que Dios te ayudará". Por fin, si el hombre no es más que el reflejo de los procesos materiales y sociales, es decir, el instrumento pasivo de estos procesos de los cuales cumple dócilmente las órdenes, tenemos derecho a afirmar que la naturaleza y la sociedad únicamente son activas.

Los marxistas-leninistas responden a esto que la naturaleza y la sociedad se manifiestan a través de la actividad del hombre, a través de la lucha activa de las clases. Protestarán, seguramente, contra una interpretación fatalista de su doctrina. La filosofía soviética más reciente reniega de un determinismo en el marxismo; llega hasta darle acogida al indeterminismo; de otro modo, a declarar la libertad de la materia. El mecanicismo, por tanto, que rechaza la actividad del hombre, se ve aquí comprometido. Pero ¿con qué derecho se permiten entonces interpretar al cristianismo en el sentido de cierto mecanicismo? Pues concibiendo la acción de Dios sobre el hombre como impulso que obra desde fuera, se acaba por darle exactamente la misma interpretación que

la del mecanismo propulsor en cuanto concierne al movimiento de la materia. Tenemos infinitamente más razones para concebir la acción de la gracia divina penetrando a través y en la actividad humana o manifestándose desde lo interior sobre la libertad del hombre que afirma y transfigura, que para observarla ejerciendo su poder desde fuera, es decir, independientemente. Sea como fuere, estamos autorizados con más razón para admitir relaciones semejante entre Dios y el hombre —porque son espirituales y por consiguiente libres— que entre la naturaleza y la sociedad. Tomadas desde el punto de vista del materialismo y el hombre, las relaciones materiales designan siempre un apremio exterior, mientras Dios, como ser espiritual, no puede obrar más que en el interior, en el fondo de la conciencia humana, sobre la libertad humana, sobre la libertad del hombre y a través de esta libertad. Y la fé en Dios es una fé con esta fuerza interior que ilumina la libertad humana. La acción de la naturaleza y de la sociedad, la del Comité Central del partido comunista no supone de ningún modo la libertad y la actividad interior del espíritu humano. La naturaleza y la sociedad pueden influir exteriormente sobre el hombre, pueden obligarle a tal o cual acto. El hombre se siente continuamente embargado por ellas; su actividad no es la mayor parte de las veces más que una adaptación a las exigencias de sus necesidades, una adaptación de carácter defensivo. Se reduce, en resumidas cuentas, a una reacción de autoconservación. La actividad creadora no se manifiesta más que cuando el hombre se eleva espiritualmente por encima de las exigencias del medio natural y social que le rodea, y cuando lo transforma en vez de ser transformado por él.

No se puede llamar actividad más que lo que procede de un movimiento interior hacia lo exterior. Si me imponen de la mañana a la noche tareas serviles por mandato de las clases sociales gobernantes, por orden del Estado, de la sociedad y de la Junta Central del partido, soy pasivo y no activo. Pues cabe que el trabajo sea pasivo. Y así sucede con todo trabajo servil, no sólo en la sociedad en donde subsiste la esclavitud, sino también en la sociedad capitalista y en la comunista. Se puede acostumbrar al hombre a sentir satisfacción en cumplir los mandatos de la sociedad, pero siempre y cuando se sienta completamente libre en medio a su esclavitud, activo en su pasividad se puede trocarle en animal social disciplinado. Pero entonces su imagen se altera, su dignidad desaparece, la sociedad humana se trueca en hormiguero; y tarde o temprano el hombre se sublevará, como el héroe del *Espíritu subterráneo,* de Dostoyewski. Por el contrario, la acción de Dios sobre el hombre supone la libertad de espíritu. No puede ser ésta ni exterior ni mecánica. Si pudo imaginarse como tal es porque la concebían por analogía con la acción de las fuerzas de la naturaleza o de los poderes sociales, porque se había traspuesto a Dios las relaciones sociales de dominio y sumisión. La acción del espíritu sobre el espíritu implica tan sólo la libertad y la actividad, tanto la del sujeto como la del objeto activo; ella sola excluye la violencia y la pasividad. Pero Dios es espíritu e influye sobre el hombre como sobre un ser espiritual. El espíritu es libertad y actividad por definición.

La esclavitud del hombre que se encuentra a menudo en la vida religiosa —tanto en el paganismo como en el cristianismo— fué siempre indicio de una inter-

pretación errónea desprovista de espiritualidad, el reflejo de un estado social de dependencia. La revelación religiosa fué continuamente adulterada y servilmente acogida. La acción de Dios sobre el hombre se concebía entonces lo mismo que la de la fuerza natural y social, y no como acción de un espíritu sobre otro espíritu. Precisamente la sociedad, puede influir al hombre exteriormente y exigirle una actividad que le sea útil dejándole al mismo tiempo interiormente pasivo y esclavo. La violencia y la tiranía que abundan en la historia del cristianismo y de la Iglesia no fueron jamás impuestas por Dios, por el Espíritu; pero sí las que plasmaron las sociedades humanas, parapetándose detrás de ciertas enseñas, ciertos símbolos, fórmulas y divisas cristianas. Personificaron a Dios como a un autócrata absoluto, se consideró a la Iglesia como un Estado monárquico, se calcaron en la vida religiosa las relaciones sociales. Y entonces es ciertamente lícito que muchas cosas sean interpretadas según el marxismo y conformes al materialismo histórico. ¿Pero acaso significa esto y sirve a enseñarnos que todo lo que había de servil en el cristianismo obedecía a un origen social y no religioso? Los que hacen la propaganda antirreligiosa niegan el espíritu, es decir, la única fuente de la actividad, de la libertad y de la dignidad suprema del hombre, y reconocen en cambio, por única realidad la naturaleza y la sociedad, que fueron siempre sinónimos de pasividad. Estos son de la misma familia que los seudocristianos que deformaron en el pasado la revelación de Cristo.

El hombre no funda su actividad sino sobre el dominio de la naturaleza y la sociedad por el espíritu sobre la sumisión de éstas; sólo en ese instante su ac-

titud con respecto a ésta es independiente y libremente activa.

Por consiguiente, no sólo el principal argumento de la propaganda antirreligiosa se hunde, pero se vuelve en contra de los que la formaron. Los que luchan por reivindicar la actividad del hombre deben al mismo tiempo promulgar la del espíritu, elevándose contra la opresión despiadada de la sociedad sobre el hombre.

IV

En resumen, no es el cristianismo tomado en toda su pureza el que repudia la actividad del hombre, pero sí el comunismo materialista, el marxismo, cuya concepción del mundo pone el hombre al nivel del objeto. Siendo sólo el sujeto activo, si el hombre no es más que el objeto de la reacción de la sociedad, el vehículo de las influencias y de las exigencias sociales, no puede de ningún modo reivindicar para sí la actividad. En todo caso es difícil concebir en qué consiste este elemento activo, es decir, interior, que no pueda ser deducido por el exterior de la sociedad. La actividad humana, no es, pues, otra cosa que la de un autómata perfeccionado. El hombre se transforma en una máquina funcionando automáticamente y de manera continua, según le mueven los órganos de la sociedad. Está desposeído de su *subtractum* interior, de su principio libre espiritual, es decir, precisamente de lo que hace de él un hombre. Por sí mismo no puede nada, no puede ni debe obrar más que bajo el impulso de la sociedad, de la colectividad, de la Junta Central del Partido. He ahí, pues, que la imputación hecha al cristianismo por la literatura antirreligiosa de alienar la actividad humana nos parece irrisoria, pues lo que exalta la concepción soviética del mundo

no es al hombre precisamente, es a la máquina social perfeccionada.

El hombre está llamado a la actividad, a la acción, y no puede ser únicamente contemplativo. Pero no hay que deducir por esto que toda actividad sea necesariamente buena; existen falsas e insensatas, especialmente las que envilecen cada instante de la vida, de tal manera que la convierten en medio del instante subsiguiente, lo cual resta al hombre la posibilidad de mudar de parecer, no le da tregua, y con esto le destruyen, aniquilan su vida interior y perjudican hasta su alma. El hombre pertenece a la vez al tiempo y a la eternidad, y de ésta, es decir, del manantial del espíritu, saca las fuerzas necesarias a su actividad en el tiempo. Este no es función de actividad, como lo considera el seudoactivismo, destruyendo la eternidad; pero la actividad es su función. Hay que invocar en vano la actividad del hombre cuando este último, en su fuero interno y en su valor indefectible, queda reducido a un vulgar instrumento de la actividad social, a una de las numerosas máquinas perfeccionadas. Pues allí no son los medios los que se someten al fin, sino el fin el que se somete a los medios. Así es que los que insisten en hablar de la máquina y de la técnica como formas definitivas de la existencia no pueden reivindicar la actividad humana. El hombre no es activo más que como ser espiritual, y si pertenece a la eternidad, es decir, si encierra en sí un principio independiente del tiempo. Y ésta no es la doctrina del marxismo ni del materialismo, pero sí la del cristianismo.

Un notable pensador cristiano de fines del siglo XIX, N. Feodoroff, autor de *La filosofía de la obra común,* afirmaba la prodigiosa actividad del hombre,

que creía destinado para subyugar las fuerzas cósmicas de la naturaleza y dominar los espacios universales, hasta vencer la muerte. Las tareas activas que adjudica al hombre eran infinitamente más grandiosas que las del marxismo leninista, que se han reconciliado pasivamente con el triunfo de la muerte, es decir, con el peor de los males. Si Feodoroff, cuya *Filosofía de la obra común* presenta analogía en la forma con el marxismo leninista por su oposición del espíritu y del resultado final, podía preconizar la actividad del hombre, es porque creía en el hombre. Y esta fe la tenía del cristianismo, no de un cristianismo superficial y depravado, sino de un cristianismo puro e interior.

Si Feodoroff hubiera sido un materialista, esta fe en la actividad del hombre hubiera sido una inepcia. El cristianismo purificado y regenerado debe desarrollar y justificar más esta actividad. Y es a lo que se consagró Feodoroff. Los marxistas leninistas oponen a la pasividad y a la inercia del viejo cristianismo la actividad inusitada de la reorganización de su vida, de la industrialización del Plan quinquenal. Es imposible negar la actividad de la juventud soviética, su sed de acción. Lenin dijo un día que su preocupación principal consistía en triunfar de Oblomoff (*). Uno de los resultados más positivos de la revolución será, sin duda, la desaparición del tipo Oblomoff, la victoria sobre la secular apatía rusa. Pero es dudoso que esta apatía, a la cual aluden aquí, pueda achacarse al cristianismo. Oblomoff era, sin duda, un mal cristiano. Y no es con el cristianismo

(*) Héroe de la célebre novela de Gontcharof, prototipo del hombre holgazán.

con lo que tropezamos aquí, sino con una particularidad del carácter ruso, instaurada por la nobleza en la época de Pedro el Grande y alimentada por los siervos. Los constructores del Imperio ruso, cualquiera que sea nuestra actitud hacia ellos, no fueron nunca unos Oblomoff.

Pero es indispensable ahondar el carácter de la actividad que ofrece la juventud soviética. Lo que nos choca a primera vista es que un solo modismo de actividad sea reconocido: el de la economía técnica, cuyos valores son únicamente tenidos en cuenta, y que están obligados a acatar en todo proceso vital. La actividad se limita, en realidad, a la industrialización del país según el Plan quinquenal, que coincide con el constructivismo socialista, y ahí está todo. Se refiere a la mecanización de la vida, a su sentido técnico. Todas las otras formas de creación, y más aún sus formas superiores, son desconocidas o reprimidas y sujetas a fines económicos y técnicos. Pero los resultados de semejante actividad tienen una acción inversa sobre el sujeto por activo que sea, sobre el hombre que por este hecho se transforma en máquina.

Hasta en filosofía, el joven soviético debe someterse a directivas del partido comunista, debe justificar en la esfera del pensamiento y según el Plan quinquenal el constructivismo socialista. Ocurre igualmente con el arte y con la literatura. En todos lados reina el orden *impuesto* y se ve que se ejecuta un mandato oficial, y esto en detrimento de la idea y de la creación del hombre que se vuelve el instrumento de la colectividad. La sumisión servil del pensamiento y de la voluntad, es decir, la pasividad interior, se han rendido a la actividad exterior. No sólo no debe ser activo el espíritu humano ni debe permitirse la ini-

ciativa creadora, sino que debe reducirse a una completa actitud pasiva, a una extinción de la voluntad y entonces aparecerá el máximo de la actividad exterior.

Es incontestablemente el resultado de una actividad inusitada, pero es la del autómata, la de la máquina. Y, en cambio, la actividad que reconoce el cristianismo es ante todo la del espíritu humano, al cual la máquina debe estar sometida. Cuando los comunistas rusos y hasta los burgueses capitalistas de Europa y de América hablan de actividad, suponen como establecido que sólo la que proviene de la técnica y de la economía merece esta denominación. La ciencia y el arte no son reconocidas como tales más que en el caso de estar sometidas al constructivismo, técnico y económico. Si habéis construído una fábrica o un aeroplano, si habéis organizado un *kolhoze*, seréis considerados activos y habréis realizado algo. Ese es el pensamiento característico de la época técnica, en la cual la finalidad de la existencia se eclipsa y el hombre es absorbido por la materialidad de la vida. ¿Y por qué razón las relaciones de hombre a hombre, su humanización, su ennoblecimiento, su mejoramiento espiritual, no cuentan como actividades? ¿Por qué la actividad espiritual que transforma al hombre e ilumina su naturaleza no ha de constituir la realización de una nueva y mejor vida? La razón es bien sencilla: la "realización" y la "actividad" están hoy día en relación con los medios e instrumentos de existencia y no con sus sentidos y sus fines.

Existe en este momento en la Rusia soviética una idolatría de la técnica, una actitud supersticiosa con respecto a la máquina. Este estado de cosas no podía suceder más que en un país atrasado técnicamente, en el que para el pueblo, muy ignorante aún, todo

aparece como nuevo y prodigioso. El santo y seña de Lenin, a saber: la electrización de toda Rusia, parecía eminentemente audaz, temerario, revolucionario. Pero en realidad no hay nada más banal, más prosaico, y esta consigna no presenta ningún interés para los países de vanguardia, en donde la técnica está en auge. Los prodigios de la técnica deben aparecer al pueblo ruso, efectivamente, como milagrosos en el sentido real y no figurado y deben provocar una expectación casi religiosa. La técnica produce la impresión de magia y de ella salió en efecto y se impuso la misma tarea: la conquista de la naturaleza. El reírse de los milagros es uno de los temas predilectos de la propaganda antirreligiosa. La espera del milagro, la fe en él, se funden con la negación de la actividad, la actitud pasiva del hombre y su estado de humillación. Los milagros de la técnica son, sin duda, los llamados a vencer a los milagros religiosos.

Pero en realidad no puede concebirse el milagro desde el punto de vista religioso como produciéndose por encima del hombre permaneciendo él pasivo. Sería una actitud naturalista respecto a él. El milagro se efectúa con la cooperación activa del hombre, no se cumple más que para los que son dignos de él, que lo han merecido por su actividad espiritual. No es negación y abrogación de las leyes de la naturaleza, pero obra en las fuerzas naturales y a través de ellas y es al mismo tiempo una manifestación de nuevas fuerzas espirituales que sobrepasan su sistema obscuro. La negación del milagro está basada sobre el postulado del aislamiento de la naturaleza y sobre sus límites, concibiéndola como un sistema de fuerzas que se desenvuelven encerradas en un local hermético. Y he ahí un postulado eminentemente dogmático. En

realidad, el sistema de la naturaleza en nuestra experiencia sensible se sitúa en la infinidad, y nuevas fuerzas pueden hacer irrupción transformando, por consiguiente, los resultados de su acción recíproca con las fuerzas existentes. El milagro es un concepto relativo y no puede designar más que el principio activo, en el sistema de las fuerzas que concurren en él, de una fuerza espiritual suprema. Se llama "curación milagrosa" la manifestación de una fuerza espiritual que triunfa de las fuerzas naturales destructivas. Por consiguiente, el milagro es activo, implica la actividad de las fuerzas espirituales en el hombre. Es un absurdo el oponerle la técnica, pues pertenecen a dos órdenes diferentes. El milagro es la manifestación de fuerzas espirituales, en las cuales el sentido debe vencer al contrasentido de los procesos naturales, mientras la técnica no manifiesta nuevas fuerzas y no es más que una combinación de las ya existentes sometidas a los fines prácticos del hombre.

Hay que reconocer que hay una verdad parcial en lo que Marx y los marxistas exponen sobre la religión y el cristianismo, y no hay que temerla. En la vida religiosa de las sociedades hubo demasiadas codicias y mentiras de clase. Con frecuencia la religión justificó la opresión del hombre por el hombre. Pero esta verdad se refiere integralmente al lado exterior, social, de la religión, considerada como la única realidad por los marxistas.

En resumen, ellos no ven jamás la "religión", sino la "política", que la adulteró en todo tiempo. Todo lo que es profundo, interior y espiritual les es desconocido; la vida para ellos está sólo en la superficie y no saben discernir más que la superficialidad de las cosas. Las tentativas hechas para encontrar

bajo el prisma histórico una justificación de la explotación y la opresión de clases en el Evangelio, en la imagen de Cristo, producen una impresión lamentable; pero no se paran mucho en ella. Prefieren generalmente limitarse a señalar los abusos humanos y las deformaciones de la verdad cristiana en la historia que ofrecen un terreno infinitamente más fértil. Es innegable que la vida cristiana de las sociedades refleja rasgos de dominio y de sumisión, opresión social y esclavitud.

Pero la revelación y la verdad cristianas no tienen nada que ver con esto; tienen una fuente espiritual y designan una irrupción del espíritu en nuestro mundo material y social.

La negación de la actividad humana por la conciencia cristiana no era más que la expresión de la mezquindad pecadora del hombre, de su esclavitud y de su terror.

Pero la esencia del cristianismo consiste en levantar al hombre de esta miseria moral, rescatarle de esta manera su actividad creadora, devolverle su dignidad perdida. Como dijimos ya, la actividad del hombre emana de una fuente interior y espiritual y no exterior y social. El hombre está llamado a desenvolverse en un medio social, pero no puede manifestar una actividad y dominar ese medio, no puede someter sus diversos productos a los fines del espíritu más que si realiza por su actividad no las prescripciones de este medio, sino las de una fuerza infinitamente más profunda, porque es interior y espiritual.

Para poder obrar es menester que el hombre establezca por sí mismo lo que representa el valor supremo, la finalidad y el sentido de la vida. Y no puede encontrar esta apreciación en el mundo natural y so-

cial que le rodea, pues él solo es el llamado a comunicar a este mundo el valor, el fin y el sentido. El cristianismo nos enseña cuál es la fuente suprema y eterna. Eleva al hombre por ello mismo por encima del medio que le rodea, por encima de sus trabas, dándole la posibilidad de modificar, de mejorar, de transfigurar ese medio y de someterle a su espíritu y realizar en él su última y perfecta significación. Pero lo que debemos ante todo conferir es un sentido y un valor a la existencia personal del hombre, lo que no ha hecho hasta ahora ninguna doctrina social existente.

EL PROBLEMA DEL COMUNISMO.
VERDAD Y MENTIRA DEL COMUNISMO.

I

El comunismo ha sido considerado hasta ahora más bien desde el punto de vista sentimental y emotivo que desde el intelectual, lo que supone una atmósfera psicológica desfavorable a la comprensión de su ideología.

El comunismo provoca entre la gente de la emigración rusa la reacción afectiva y apasionada de seres desgraciados que a la pregunta de "¿Qué es el comunismo?" contestarán fatalmente: "El comunismo es mi vida destrozada, mi destino doloroso".

Hay que distinguir en la Europa occidental dos actitudes: el horror que inspira a la burguesía en defensa del mundo capitalista. La otra, de adhesión superficial, priva de raciocinio por parte de los intelectuales y hasta cierto punto de los *snobs*. Pero ninguno de los dos campos se ha penetrado de la seriedad de su ideología ni de la fe comunista.

Uno de los filósofos más admirables del siglo XIX, Vladimiro Solovieff, decía: "Para vencer la mentira del socialismo hay que conocer su verdad". Habría que repetir este enunciado con respecto al comunismo que no es más que una forma exagerada del socialismo. Hay en él una mentira y un engaño anticristiano; pero contiene también una verdad. Verdades, mejor dicho, que convendría despejar. Pero la

mentira es aquí tan tremenda, que acaba por obliterarlo todo.

Para el cristiano particularmente encierra el comunismo una lección: es el testimonio del deber incumplido, de la obligación descuidada dentro del cristianismo. La verdad cristiana cometió el error de no manifestarse jamás en su plenitud, y los designios de la Providencia quisieron que las fuerzas brutas hicieran resaltar la verdad social. El "bien" cristiano fué con frecuencia declamatorio y convencional; tan abstracto; tan inadaptado a la práctica, que la realización efectiva condujo a una reacción espantosa contra el cristianismo. El vicio y la bajeza de los cristianos, mejor dicho, de los falsos cristianos, empañaron la luz radiante de la revelación. El mundo cristiano siempre tuvo dos caras, vivió dos ritmos bien diferentes: ritmo religioso, ritmo de la Iglesia, que no alcanza más que a un número reducido, y rito laico, extrarreligioso, que absorbe a todo el resto. Gran parte de la vida cristiana no está ni iluminada ni santificada por la luz de Cristo. Menos aún en la vida económica ni en la social. Tiene razón Marx cuando asegura que la sociedad capitalista es una sociedad anarquista en donde la vida se define tan sólo por los intereses creados. Nada hay más contrario al espíritu cristiano; por eso la época capitalista coincide con el eclipse del cristianismo y la mengua de su espiritualidad.

La idea del comunismo, que en nuestros días persigue a la religión y a la Iglesia, es de origen religioso y hasta cristiano. No fué en todo tiempo ateo y materialista. Tiene un pasado empapado en espiritualidad. No hay que olvidar que el primero que lo delineó fué Platón, que el comunismo existió en el cristianis-

mo primitivo basado en el Evangelio, que se le encuentra bajo forma religiosa nuevamente en la Edad Media y en la época de la Reforma. En Tomás Moro, autor de la *Utopía*, y, por fin, en las tendencias sociales y comunistas en la primera mitad del siglo XIX en Francia, que revistieron cierto carácter espiritual y hasta religioso, aunque de manera vaga y diluída.

La expresión del comunismo deriva de la palabra "comunión", colectividad, comunión recíproca. Una comunidad de seres unidos por lazos espirituales supone una comunión en un ser único, en una fuente superior de vida, en Dios y en Cristo. La comunión auténtica tiende a elevarse hacia Dios. Los comunistas quieren llegar a esta comunión en la sociedad por una organización mecánica obligatoria (*). Queda, pues, sentado que la idea de comunión, es decir, el comunismo, en el sentido más profundo de la palabra, es un ensueño elevado y eterno de la humanidad.

El comunismo materialista está más cerca de la realización de este ensueño —es trágico reconocerlo— que el comunismo cristiano. Porque el comunismo materialista puede usar de la fuerza para imponerla sin tener en cuenta la libertad espiritual del hombre y su naturaleza pecadora. El cristianismo, por el contrario, reconoce esta libertad, y cada vez que la descuidó, cada vez que trató de organizarse imponiendo trabas, como en tiempo de la teocracia medieval, se ha destrozado a sí mismo y su idea ha naufragado en la nada. El cristianismo debe creer en el valor de la personalidad, mientras el comunismo materialista

(*) El sociólogo alemán Tannies establece esta distinción entre **Gesellschaft** y **Gemeinschaft** sin salir del terreno de la sociología naturalista.

niega todo valor y toda significación a la personalidad. Su misión es, pues, más fácil. Cuando los comunistas acusan al cristianismo de no haber sabido apartar el mal y los sufrimientos de los hombres, desconocen el elemento esencial del problema, la libertad del espíritu humano, la imposibilidad de imponerle una organización mcánica, la imposibilidad de cohibirle y crear una sociedad perfecta exenta de pecados. Es verdad que a un pecado reconocido como acción social se le puede poner límites, y que la voluntad del cristiano debe tender a la transformación de la sociedad según el espíritu de Cristo. La argumentación del cristianismo conservador y burgués, según la cual es imposible perfeccionar a la sociedad humana por su estado pecador, es falsa e hipócrita. El que no sea necesario que la sociedad se perfeccione es una apreciación optimista de la naturaleza humana, una especie de alarde optimista a lo Rousseau. Considerándola con pesimismo, se siente la necesidad de construir un nuevo orden que limite la manifestación social del pecado. La idea burguesa que engendró al capitalismo cometió la falta de mostrarse demasiado optimista, de creer en una especie de armonía basada en el juego de intereses privados. El comunismo no es posible, y menos como comunismo mundial, porque descansa no sólo sobre la falibilidad de la naturaleza humana, sino sobre la existencia del pecado. El pecado es el que conducirá a la sociedad si ésta no se deja organizar por un sentido de justicia y de verdad. Es bastante fuerte para realizar una utopía: pues las utopías son más fácilmente realizables de lo que parece. La culpa y responsabilidad recaerán exclusivamente sobre el "bien", que, como hemos visto, confina en la "retórica", y sobre todos los "buenos" que sa-

ben juzgarse a sí mismos. El comunismo aparece bajo su forma más deleznable e impía, como un término fatal de la evolución de la sociedad llamada 'cristiana''. Encarna ese juicio que no ha querido hacer por sí misma, pero que pesa inevitablemente sobre ella. He ahí por qué es tan difícil distinguir lo que en sí tiene de falso o verídico.

No incumbe al pueblo ruso el honor de haber inventado el comunismo: recibió éste de Occidente. Pero le dió la vida y fué su encarnación viviente. Vamos a ver de dónde procede el comunismo, por qué es tan contagioso, en virtud de qué pudo vencer ideológicamente en el curso de la revolución rusa, y por qué su símbolo suscita un tal entusiasmo y mueve a las masas (*). Es imposible comprenderlo si no se le somete a un juicio y a una crítica racional.

El comunismo es, en teoría, una manifestación de orden espiritual religioso. Como religión es temible, y como tal se opone al cristianismo y tiende a suplantarle. Encarna la tentación de trocar a las piedras en panes y de realizar el reino ideal del mundo. Un sistema estrictamente social hubiera podido quedar neutro en el terreno religioso; el comunismo, semejante en esto a otras religiones, lleva en sí una ética integral; quiere resolver las cuestiones fundamentales que plantea la vida, tiene sus dogmas, su catecismo, y posee hasta un culto en embrión; por último, se dirige a las almas para entusiasmarlas e inspirarles el placer del sacrificio. Contrariamente a otros partidos políticos, exige de sus miembros una

(*) Sólo a la primera fase de la revolución puede aplicarse la popularidad del comunismo, pues halaga el instinto de las masas.

adhesión que abarca la totalidad de su concepción del mundo.

Los comunistas han desplegado una energía tal, que encontramos en ella algo de esa fuerza religiosa primitiva arraigada en el corazón del hombre y que los siglos han fortalecido aún más. Son las energías religiosas del alma que han puesto al servicio de una ideología atea.Y si por medio de la propaganda antirreligiosa llegaran a extirpar todo sentimiento religioso, toda fe y todo espíritu de sacrificio, acabarían por hacer imposible la realización de su propia fe en nombre de la cual obraron. Suprimirían su propia existencia y nadie soportaría el martirio en nombre de la causa comunista.

La idea anticristiana no puede triunfar más que en un alma de formación cristiana, en un alma capaz de fe y de sacrificio tal como la cristiana. Hay que añadir, desgraciadamente, que la época burguesa de la historia cristiana ha suscitado menos energías y espíritu de sacrificio que lo que suscita hoy en día el comunismo. Es un período largo exento de heroísmos por el que acaba de atravesar la sociedad cristiana, un período de decadencia que abrió el camino al éxito del comunismo. El entusiasmo sincero y sin restricción que le profesa la juventud soviética es un hecho incontestable que no hay que disimular. Lo vemos como prueba patente en la energía desplegada por la juventud enrolada en los *Komsomols* para la realización del plan quinquenal.

El comunismo representa teóricamente al marxismo. El marxismo es la armadura doctrinal del partido comunista, y suficientemente conocido en Occidente. La socialdemocracia alemana, que tiene sus méritos, sobre todo hoy en día, está igualmente basada en el

marxismo, pero vemos poco entusiasmo en su seno: es un partido práctico, moderado, que no tiene semejanza con *ningún partido religioso y* que está absolutamente desprovisto de fanatismo. Aquí llegamos al extremo complicadísimo del problema.

El comunismo ruso es difícil de comprender porque es, a la vez, una manifestación internacional y *mundial y una manifestación* nacional rusa. La doctrina racionalista de Marx se ha refractado pasando por las capas irracionales del pensamiento ruso, y allí se ha adulterado. Fenómeno que suele repetirse en casi todas las grandes revoluciones. Una revolución encierra siempre fuerzas irracionales provenientes de los fondos más obscuros e inconscientes de la vida de los pueblos, y al mismo tiempo se propone el cumplir fines racionales de vida, se coloca bajo un signo de doctrina racionalista, prestándole un carácter improvisado de teoría de combate.

La Revolución francesa, inspirada en la filosofía clara y racionalista del siglo XVIII, contenía, también, fuerzas endemoniadas y tenebrosas. La revolución comunista rusa se preocupó de problemas de racionalización de la vida hasta el punto de eliminar todo misterio y toda irracionalidad. Y, sin embargo, son las corrientes irracionales las que siguen actuando en su fondo. Sus directivas se inspiran más en los elementos científicos y objetivos que en el mito religioso. Esta mezcla de lo racional y de lo irracional acreditó la leyenda según la cual hay que distinguir en Rusia entre el bolchevismo y el comunismo, siendo el primero *una manifestación nacional* puramente rusa, un desbordamiento autóctono de la revolución, tumultuoso y anárquico, mientras el segundo aparece como una aportación extranjera que ha im-

puesto a la revolución popular las cadenas de una organización racional. Oposición convencional, definida tan sólo por la terminología y que encubre una doble faz profunda inherente a todo movimiento revolucionario. Aquí, el elemento racional fué inspirado en el marxismo. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿qué es lo que es susceptible de levantar a las masas en el marxismo y llevarlas a un gran movimiento?

II

La base del marxismo es la teoría del materialismo económico o histórico, según el cual un proceso histórico y social se define por la economía, por el desarrollo de las fuerzas materiales productivas, por el intercambio y las formas de esta producción. La economía es la base de toda vida, su realidad esencial; todo el resto, toda la "ideología", la vida religiosa, la filosofía, la moral, el arte, la cultura en la cual el hombre ve la flor de la existencia, no son más que partes "superpuestas del edificio", "epifenómenos", el reflejo engañoso e ilusorio de la realidad. Marx no fué el primero que concedió esta preponderancia a la economía, el que creyó en la victoria de la humanidad organizada socialmente por las fuerzas elementales de la naturaleza; los historiadores y los utopistas socialistas lo habían proclamado antes que él; Saint Simon en particular, que fué en muchos puntos su precursor. Pero es Marx el que ha prestado a esta teoría su carácter de metafísica económica. Y ha ligado esta metafísica —o más bien esta ontología—, puesto que quiere conocer las realidades de la "esencia del ser" a la lucha de clases que le apareció cual "descubrimiento" genial, como una "revelación". Sin duda hubo una ciencia histórica que ya había tratado el asunto con cierta timidez; pero a Marx pertenece el haber revelado el mesianismo proletario. Reducida a su propia denominación, nada había en la

teoría del materialismo económico que pudiera inflamar a las cabezas calientes, concepción triste en sí — la de la vida humana rigiéndose exclusivamente por factores económicos— y hecha realmente para descorazonar. Pero Marx no se limitó a enunciar esta verdad sin atractivos. Es un pesimista en cuanto concierne al pasado, pero optimista en cuanto al porvenir, que se le aparece bajo un prisma risueño. Marx y Engels creyeron que se pasaría en un brinco del reino de la "Necesidad" al de la "Libertad". En el pasado, necesidad, indigencia, determinismo económico. En el porvenir, por el contrario, libertad, la victoria de la razón sobre lo irracional, sobre las fuerzas elementales de la sociedad y de la naturaleza. El hombre social quedará como el señor absoluto del Universo. Marx cree en la dialéctica que heredó de Hégel. Cree en el proceso dialéctico del bien que se consigue por el mal, del sentido que resulte de un contrasentido, del triunfo de la razón por la sinrazón. La dialéctica hegeliana está vinculada al panlogismo: es el "Logos", la Idea que triunfa en ella. El proceso del mundo es dialéctico en Hégel porque es un proceso lógico, una autorrevelación del concepto (*Begriff*). La dialéctica de las partes no es posible sino en tanto esté sumida en la lógica del "todo".

¿Cómo, pues, crear una dialéctica de la materia, puesto que la materia ignora el "Logos" y la victoria del espíritu? Marx lo admitió, sin embargo; afirmó temerariamente la dialéctica materialista por la cual el proceso económico, a través del combate de fuerzas adversas, llevará al imperio de la razón, a la victoria sobre la necesidad. Una afirmación tal sorprende a cualquiera; parece que el contrario deba ser más evidente, y siendo en sí irracional el proceso ma-

terial no debe garantizar el triunfo de la razón. Y, sin embargo, Marx no concibe la sociedad comunista perfecta del porvenir en otra forma más que como la encarnación entera y verdadera de la razón y la justicia, sin el menor vestigio de expoliación, en donde la vida estará definitivamente racionalizada, y, por consiguiente, habrá triunfado el panlogismo. Esta fe en la victoria del orden y de la organización coexisten en Marx con un sentido profundo de la lucha que combaten los impulsos desencadenados diabólicos, las fuerzas antinómicas de la historia, comparables a las fuerzas antinómicas que el gran místico, teósofo Balmes, denunciaba en la vida cósmica. Su espíritu concilia la existencia de lo irracional y diabólico con el triunfo futuro de la lógica, una mirada sombría hacia el pasado con una mirada radiante hacia el porvenir. Este porvenir es ineluctable; el imperio de la libertad ya está determinado en él; la dialéctica del proceso materialista debe llevar a la realización del reino de Dios en la tierra —aunque sin Dios—, a la libertad, a la justicia y al poder. La teoría del materialismo económico hubiera quedado en estado de hipótesis científica sin tener influencia sobre las masas. El entusiasmo que suscitó fué producido en realidad por la fe mesiánica de Marx. Fe que encuentra su expresión suprema en la idea de la vocación mesiánica del proletariado; aquí no tiene ya nada que ver el marxismo con la ciencia; es devoción, creencia "en las cosas invisibles". El proletariado de Marx y la sociedad socialista perfecta entran en el dominio de la fe, no son más que objetos de fe. Y aquí tropezamos con una idea de orden exclusivamente religioso.

En la base de la historia, según Marx, no hay tan

sólo la economía, hay el desarrollo de fuerzas materiales productivas y hay la lucha de clases. Toda la violencia del marxismo está concentrada en esta idea: es el lado subjetivo de la doctrina al cual van ligados sus juicios de valor. La diferencia entre el "proletariado" y la "burguesía" coinciden con la diferencia entre el bien y el mal. Conscientemente, Marx es un inmoralista, pero su concepción de la lucha de clases está impregnada de moral. Moral negativa. El bien y la justicia no existen, según él, sino solamente el mal y la injusticia. Y éstos suscitan la indignación y el odio. El pecado original, según Marx, es el de la explotación del hombre por el hombre, que reviste la forma de la explotación de una clase por otra. Marx da un sentido puramente económico a la noción de "explotación", unida para él a la teoría de la *plusvalía* que despoja a los obreros en provecho de la clase explotadora. Aquí la explotación no tiene un sentido estrictamente económico; es también de orden ético. Denunciando un caso de explotación, se expresa un valor de orden moral. El bien y el mal eran, sin duda, ininteligibles para el inmoralista; la explotación suscita la indignación y la reprobación como injusticias. El marxismo es la forma extremada de una concepción determinista del mundo, que desprecia todos los valores morales. La libertad moral no existe para él. Sin embargo, contiene en su base la idea del pecado original. Un pecado que mancha toda la historia universal, a todas las clases de la sociedad, que contamina todas las creencias y las ideologías humanas. Pecado de explotar al prójimo, que obscurece toda posibilidad de conocer la verdad y crea doctrinas ilusorias propias precisamente para sostener y justificar este pecado.

La realidad económica no se refleja en la conciencia del hombre más que de manera engañosa; he ahí la idea fundamental de Marx y por la cual tuvo por falaces todas las ideas y las creencias que existieron hasta ese día. Idea que establece cierta aproximación entre Marx y Freud. Uno y otro se empeñan en desenmascarar la ilusión, el engaño, la mentira de la conciencia. Engaños y supercherías que disimulan profundas corrientes de inconsciencia —es decir, para Marx los intereses de clase, y para Freud las tendencias sexuales—. Marx no conoce aún lo subconciente; de modo que su psicología es racionalista. Pero denunciar a cada paso la falsedad de lo que es consciente es suponer que existe otra verdad, es constatar de antemano la victoria de esta verdad sobre el error, de la realidad sobre la ficción. Marx cree que la hora ha sonado en que la verdad se abra paso. Y ha descubierto esta verdad, es a él al que tocó el hallar la llave del conocimiento universal, al penetrar el secreto de la vida de las sociedads humanas: la luz —según él— disipará al fin las tinieblas en donde yace el pasado. Esta verdad de clase que brota de su espíritu es la verdad de clase que debe libertar a la humanidad. El relativismo ha sido vencido; esta verdad del proletariado no es sólo un reflejo de lo económico; es una verdad absoluta. Todas las clases más o menos han sido culpables del pecado de explotación bajo diferentes formas, y por esto les ha sido vedada la verdad. La construcción de la sociedad en clases demuestra la debilidad del individuo, la dependencia en que está con respecto a las fuerzas elementales de la naturaleza, de la sociedad. Pues la sociedad, fundada sobre la lucha de clases, es una sociedad que está sometida a fuerzas irracionales y que

no tiene el dominio de sí misma. Las creencias religiosas no hacen más que reflejar la debilidad y la impotencia del hombre ante las fuerzas de la naturaleza y el débil desarrollo de la producción material, su esclavitud. Y he ahí que se forma la sociedad capitalista, que Marx considera la peor de todas y la más injusta. La explotación de una clase por otra alcanza su máximo grado. Pero al mismo tiempo, esta sociedad desarrolla fuerzas productivas en grado sumo y crea el poder, llama a la vida a una clase nueva y desconocida hastá entonces: a la clase proletaria.

El proletariado es la única clase que está exenta del pecado original de explotación. Ella es la que crea todos los valores y los bienes materiales con los cuales vive la sociedad humana. Vejada, oprimida, desheredada, privada de útiles de producción, esclava del capital, hay en ella una fuerza creciente, un poder colectivo que debe estallar un día y traer el hundimiento de la sociedad capitalista. El proletariado es la clase mesiánica, llamada a libertar a la humanidad, identificada con la verdad; no es tan sólo una clase que está llamada a regenerar a la sociedad. La idea del mesianismo del proletariado está ligada a la de la liberación de los oprimidos, a la de la realización del ideal de justicia social, al triunfo de una humanidad organizada socialmente. En definitiva, la victoria del proletariado es la del racionalismo social, la derrota de las fuerzas irracionales del mundo. Lo que hay de irracional, de obscuro y de misterioso desaparecerá de la vida. Esta victoria triunfa de la anarquía de la cual denunció Marx la existencia en el seno mismo de la sociedad capitalista. El proletariado está lleno de virtudes. Ese proletariado de Marx no es la clase obrera tal como nos

lo demuestra la experiencia; representa una idea, un mito, comparable con lo que fué para Rousseau el mito democrático, aunque diferente en su contenido. El proletariado comunista es en principio opuesto a la democracia. Este mito del proletariado posee una fuerza dinámica explosiva. El proletariado idea-mito es el más alto de los valores: el bien, la justicia, el poder salvador.

La diferencia entre el "proletariado" y la "burguesía" no reside en la constatación empírica de un hecho; estriba ante todo en una apreciación, en un juicio. La teoría marxista de la lucha de clases no empeña más que un juicio de valores. Marx no hubiera descubierto la existencia del proletariado si no hubiera llevado en sí a la valoración de lo que es elevado y de lo que es vil, del "bien" o del "mal". Al fondo de su doctrina, como de toda doctrina revolucionaria extremista, se respira una supervivencia del dualismo maniqueo, del contraste violento entre el imperio del dios bueno y del dios malo. Dualismo que será vencido por la victoria del proletariado que Marx (es muy importante constatarlo) reviste, al mismo tiempo que le presta su misión de mesías, de todos los caracteres del pueblo "elegido de Dios". Carlos Marx era judío, pero separado de la fe de sus mayores, impregnado, sin embargo, en su inconsciente del deseo mesiánico de Israel. Lo inconsciente es siempre más fuerte que lo consciente. Para él, el proletariado es un nuevo Israel, libertador y constructor de la nueva ciudad terrestre. El comunismo proletario de Marx es una disidencia del viejo chiliismo (?) hebreo. El pueblo elegido se trocó en clase elegida. Se ve por ahí que esa idea es de esencia puramente religiosa y que la ciencia no llega a ella por

ninguna parte, y ésa es la médula de la religión comunista. La noción mesiánica es siempre de origen judío, ajena al pensamiento griego. Y lo mismo sucede con el pensamiento mesiánico ruso. Es el que procura un elemento dinámico a todo movimiento revolucionario. Debilitada en sus fracciones social-demócratas, que se han aburguesado, parece dotada de nueva vida en el seno del comunismo; los comunistas tienen el sentimiento que los tiempos históricos han llegado a su madurez, que la catástrofe mundial se avecina, y que una nueva era se prepara ante la humanidad. De ahí su energía sobrehumana. La teoría marxista del *Zusammenbruch* de la sociedad capitalista es, en verdad, la fe en el Juicio final. Pues hay un fenómeno escatológico en todo comunismo revolucionario: la idea que en un momento dado se abrirá un precipicio que partirá al tiempo en dos. Es lo que el alemán Tillich, teórico del socialismo religioso, definía bajo el nombre de *Katpoc*, erupción de la eternidad en el tiempo. La terminología superficial de la filosofía materialista es incapaz de expresar estas intenciones ocultas del marxismo; pero quedan sumidas en el subconsciente y constituyen su verdadera fuerza. En ella se rompe la cadena del determinismo, que aparece en la evolución como una solución de continuidad: el paso ha sido dado; del reino de la necesidad se pasó al de la libertad; la historia cerró su ciclo y comienza la superhistoria.

Dos corrientes mesiánicas se encontraron y afluyeron en la revolución rusa: el mesianismo del proletariado y el del pueblo ruso. El pueblo ruso se ha identificado con el proletariado, con el cual, prácticamente, no puede coincidir. En el alma del pueblo ruso dormía desde el pasado remoto un sentimiento pro-

fundo de su gran vocación religiosa. Ya en el siglo xv, el monje Filoteo había elaborado una teoría de Moscú, *Tercera Roma;* después de la caída de Bizancio, Rusia, según él, había quedado como único refugio de la fe ortodoxa, de la más pura fe cristiana, que los demás pueblos habían traicionado. Moscú es la Tercera Roma, la Nueva Roma, la última. Concepción mesiánica que ha quedado impresa en el pueblo ruso en el curso de los tiempos, a través de las metamorfosis, y en particular durante la terrible crisis que produjo el cisma del siglo XVII. Transformada en el brazo izquierdo de este cisma, pasó en el siglo XIX a las altas esferas intelectuales, entre los escritores y los pensadores. Bajo cierto aspecto se la vuelve a encontrar entre los revolucionarios, especialmente en el anarquista Bakunin. El sentimiento mesiánico de Dostoiyewski se expresa en su definición del pueblo ruso *como pueblo que lleva a Dios.* Cuando el escritor Leontiev —perdida la fe en la vocación religiosa de sus compatriotas— cree que el pueblo ruso lleva en su seno al Anticristo, viene, sin embargo, a investirles de cierto mesianismo tenebroso. El bolchevismo es la última encarnación atea: cree que la luz viene de Oriente, y que la antorcha de la revolución rusa iluminará las tinieblas burguesas de Occidente. El pueblo ruso no realizó su idea de la Tercera Roma; realiza la de la Tercera Internacional. Y en esa Tercera Internacional debe sellarse la unión funesta de la idea mesiánica internacional y proletaria. Aun siendo una revolución nacional, la revolución rusa suscita ideas proletarias internacionales. Esta religión comunista, que no es de origen ruso, se refracta en la forma del pensamiento religioso ruso. Pensamiento que consiste ante todo en la esperanza de la realización del *Reino de Dios en la tierra.*

III

El comunismo es una manifestación compleja a la cual no se sabe responder si "sí" o "no". Vemos en él una mezcla extraña de mentira y verdad. Si se pusieran en los platos de la balanza la verdad y la mentira, se apercibiría uno que en el comunismo las verdades son numerosas y no hay más que una mentira. *Pero esta mentira es tan tremenda que anula a todas las demás verdades.*

¿En dónde reside la verdad del comunismo? Tiene, según hemos visto, aspectos diversos. Ante todo una verdad negativa: la crítica de la civilización burguesa y capitalista, de sus contradicciones y malestar. La denuncia de una falsa sociedad cristiana decadente y degenerada adaptada a los intereses del período capitalista. Y luego una verdad positiva que se manifiesta en la organización y el arreglo de la economía, de la cual dependen los individuos, y que no podrá ser ya considerada como un juego de intereses y de arbitrariedades. La idea de la economía organizada es una idea feliz; y la protección de la libertad ficticia en la vida económica no puede engendrar más que graves injusticias y privar, finalmente, a toda una parte de la humanidad de la libertad real. La verdad del comunismo es que la sociedad debe ser una sociedad de trabajadores (aunque se niegue a formar una

jerarquía cualitativa). Pero los comunistas han hecho escribir en las fachadas de los establecimientos soviéticos la siguiente sentencia: *Si alguien se niega a trabajar, no debe tampoco comer*; no se han percatado que esas palabras son del apóstol San Pablo. El comunismo dice la verdad cuando habla de que no debería existir la explotación del hombre por su semejante, y de la clase por la clase. La supremacía del hombre sobre las fuerzas elementales de la naturaleza no debe trocarse en una supremacía del hombre sobre el hombre.

Verdad es también que la división de la sociedad en clases, que no trae más que luchas, debe desaparecer, y que las clases deberán ser reemplazadas por las profesiones. Verdad es que la estructura política debe representar las necesidades y los intereses reales. Toda la crítica de la democracia reside en eso. La política debe servir a la economía. Pero también debe estar ligada a una concepción general del mundo, sin lo cual se quedará sin acción. La teoría y la práctica deben unirse en un tipo superior de cultura y de vida: y de ningún modo debe perder su base la parte selecta de la sociedad y abstraerse de la vida social.

Por fin, el egoísmo nacional y el aislamiento que provocan las enemistades y las guerras deben ser vencidos definitivamente por una organización *supernacional de la humanidad.* El comunismo ha colocado al mundo entero frente al problema inmenso de una transformación completa del orden social. El mundo entero se exalta, tiene sed de reformas, busca una vida nueva y mejor que la pasada. Es la fuerza del comunismo la que planteó el problema en toda su amplitud y la que fundió en una noción única la teoría y la práctica, el pensamiento y la voluntad.

Alcanza de ese modo la concepción teocrática de la Edad Media: somete la vida del individuo a un fin universal; vuelve a la noción de servir que había desaparecido completamente en la época liberal-burguesa descristianizada. Todo adolescente se siente él mismo constructor del nuevo mundo que surge. ¿Qué importa que el edificio no sea más que una torre de Babel?; habrá llevado a la vida del más modesto de los hombres un elemento de exaltación. La economía ya no es un asunto de carácter privado, sino mundial. El hombre sale de su círculo pequeño y reorganiza al mundo. Y ¿qué puede haber de más excitante para la juventud que la de constatar qué maleable es el mundo y qué fácil es modelarle? El comunismo niega al individuo aislado, pero al hombre dentro de la colectividad lo tiene por todopoderoso. Todo ser formará la reorganización colectiva del mundo. Y lo que el pasado arrastra en pos de sí y que tiene tanta fuerza en Occidente, la historia, la tradición, han pasado. La creación del mundo conoce una nueva aurora.

Creación nueva para la cual, en los pueblos occidentales, la misma libertad es un obstáculo: la libertad cree salvarse salvaguardando el *statu quo* contra la reforma que impone trabas. Pero el comunismo no considera la libertad como una posibilidad constante de "escoger" o la facultad de tomar cualquier rumbo. Es, al contrario, la realización entera y verdadera de una energía dirigida hacia un rumbo determinado. Y la libertad de escoger parece significar como una mengua, una claudicación de la voluntad. Si se compara a la Rusia soviética a Francia, por ejemplo, se dirá que la primera impone un régimen de terror y la segunda es el país de la libertad. Y sin em-

bargo es en los países libres en donde se llevan a cabo con más dificultad las reformas de la vida en un sentido social, porque el principio de la libertad formal es un principio conservador. He ahí una de las paradojas de la libertad.

En el comunismo ruso se manifiesta una gran fuerza vital, fuerza que no hay que achacar únicamente al comunismo que le presta sus temas y sus símbolos. Es, ante todo, la fuerza del pueblo ruso, oprimida por mucho tiempo y que ahora encuentra libre curso.

Pero la mentira del comunismo es mayor que su verdad, pues alcanzó a desfigurarle. Es, ante todo, una mentira espiritual y no social. El espíritu del comunismo es la negación del espíritu, del principio espiritual en el hombre; su mentira es una mentira atea. El ateísmo lleva a la negación de Dios, a la negación del hombre. El comunismo alcanzó la zona media en donde se mantenía el humanismo. Rechaza a Dios no en nombre del hombre, como sucede con frecuencia, sino en nombre de una tercera potencia, en nombre de la colectividad social, de la nueva divinidad. Y, por consiguiente, rechaza al "mito" cristiano. Punto extremo al cual nunca llegó el humanismo. Pues el mito cristiano no comprende sólo el mito de Dios, sino el del hombre, es decir, el del hombre-dios. Mito del cual no se quiso en principio más que rechazar la mitad, es decir, el mito divino, para guardar el humano. El hombre es el pensamiento y la creación de Dios, su imagen y semejanza; en esto consisten su dignidad y su valor absoluto. La dialéctica humanista que negaba a Dios conservaba en el hombre esta semejanza divina sobre la cual se fundaba su valor. Es lo que ha expresado con gran fuerza y relieve la filosofía antropológica de Feuerbach.

Niega a Dios y cambia la teología en antropología, pero el hombre conserva con él aún todos sus caracteres divinos. El hombre crea a Dios a su imagen. Pero esto no es más que la verdad cristiana tergiversada. El "mito" cristiano se trueca, en Feuerbach, en mito antropológico. Marx, que sucedió a Feuerbach, adoptó todos los argumentos de su ateísmo. Pero llega más lejos en la destrucción del mito teándrico. No tiene ya la fe en la divinidad del hombre. El *antropocentrismo* ha sido reemplazado en él por el *sociocentrismo* o el *proletariocentrismo.* El hombre no es ya la criatura a imagen y semejanza de Dios: es la imagen de la sociedad. Es el producto total del medio social de la economía de la época y de la clase a la cual pertenece. Es unción de la sociedad o más bien de la clase. No existe el hombre, sino la clase. Y cuando desaparezcan las clases habrá desaparecido la personalidad humana. No habrá más que una colectividad social, la sociedad comunista. El comunismo es una ideolatría social. Pues la negación de Dios lleva fatalmente a la creación de dioses falsos. Esta colectividad, a la cual se rinde los honores divinos, tomó el puesto asignado a Dios y al hombre. El centro de la conciencia ha sido desplazado; ya no existe una conciencia, ni razón, ni libertad personales, pero sí una conciencia, una razón y una libertad colectivas. Muy instructiva es a este respecto la autobiografía de León Trotsky, libro egocéntrico, sin duda, pero que nos demuestra con talento el destino dramático de una personalidad revolucionaria en la colectividad de la revolución. Trotsky fué, después de Lenin, el principal autor de la revolución bolchevique. Es el prototipo del revolucionario. Pero no es un comunista neto, pues cree aún en la posibilidad del jui-

cío, de la crítica y de la iniciativa individual. Sobre todo cree en el papel de las grandes personalidades, de los héroes de la revolución, y se cuenta por supuesto, entre ellos. No concibe lo que puede llamarse "la mística" de la colectividad, y que constituye precisamente el lado detestable del comunismo.

Todas las faltas del comunismo vienen de la negación de Dios y del hombre. Falta, la de querer encarnar la verdad social imponiéndola derramando sangre; falta, la de su tiranía insoportable a la dignidad humana, la de adoptar cualquier medio para llegar a los fines considerados como únicos y superiores, el mal, el odio y la venganza, utilizados para abrir camino a la realización de la fraternidad humana. Hay en la doctrina de Marx un elemento demoníaco que la reviste de un poder dinámico invencible: cree que el bien ha de salir del mal, y la luz de las tinieblas, como la libertad, de la necesidad. Y el mal aumentará y las tinieblas serán más densas. Así es como prosigue la dialéctica de la evolución de la sociedad. La situación de los trabajadores debe empeorar en la sociedad capitalista (*Verelendungsteorie*); éstos se sentirán cada día más hostiles, animados de deseos de venganza y de brutalidad. La esperanza mesiánica de Marx está basada en este proceso. La clase obrera, realidad que ya se ha experimentado, penetrará poco a poco en la conciencia de la entidad proletaria, que le prestará el sentimiento de la ofensa recibida, de la venganza, del odio y de la envidia. Hay que distinguir entre "obrero" y "proletario" El obrero es un trabajador; su trabajo es sagrado, su situación penosa debe mejorar. Hay que libertarlo de la esclavitud en que está sumido. Pero el proletario no es sólo un trabajador; es un trabajador

empapado en la idea mesiánica del proletariado, es una fuerza en movimiento. Y sobre todo es una idea. Y por ese lado, el marxismo, que profesa un materialismo ingenuo, sobreentiende un idealismo desenfrenado. Quiere someter la realidad a la idea, a una idea que violenta y mutila esta realidad. No hay que tomar al pie de la letra el simbolismo materialista del comunismo, hecho para combatir a la religión y al cristianismo. Pues si el comunismo destruye el espiritualismo y el idealismo es para reemplazarle por otro idealismo de orden diferente, hasta el materialismo llega a espiritualizarse en él. Espíritu tenebroso, sin duda, este espíritu sin Dios. Pero no hay que atacar a los comunistas por faltos de ideas, sino como hombres llenos de ideas. Poseen una concepción llevada al extremo que es una verdadera obsesión, una pesadilla, la de la economía —una economía que hiere a todas las otras formas de la vida y que ahoga esta vida—. La Prensa soviética se dedica por entero a ella. Esta economía es de un orden particular metafísico, quiere reemplazar a Dios y a la vida espiritual, pretende enseñar bajo su verdadero aspecto la esencia absoluta de las cosas. Marx no inventó esta concepción, ni tampoco inventó al materialismo. Tomó a la filosofía burguesa del siglo XVIII el materialismo, y al siglo XIX la economía de la sociedad capitalista. Pero las revistió de colores metafísicos y casi religiosos. Puso en ellas sus esperanzas de salvación. Y así vemos ahora el Plan quinquenal que se ha propuesto el fin prosaico de la industrialización de Rusia, y que objetivamente no es el socialismo, sino el capitalismo de Estado, pero que se lleva a cabo en medio de una atmósfera de efusión religiosa. Es verdad que el capitalismo burgués había ya empezado

el atropello completo de los valores: había rebajado sistemáticamente el nivel cultural y lo había sacrificado todo a Mammon. La noción de la técnica todopoderosa es una copia de América. Pero en el comunismo, esta exaltación de la técnica reviste un carácter inquietante de finalidad por el cual se toca al fondo de la contradicción fundamental de la doctrina. Por una parte, el comunismo preconiza las ideas grandiosas de la reconstrucción de un mundo, y pide un esfuerzo enérgico y sobrehumano; y por otra, realiza un paraíso terrenal gris y fastidioso, una especie de reino burocrático en el cual todo habrá de racionarse y en el que el misterio y toda sed de infinito habrán desaparecido. La economía aparece, al fin, como única compensación del hombre. Fuera de ella no hay ni vida ni razón de ser. Las grandes ideas de Dios y del hombre se destruirán definitivamente, y con ellas, el contenido de la vida humana se desparramará y se dispersará. Nada debe subsistir más que la técnica y la economía.

No es posible, repetimos, comprender al comunismo si se quiere ver en él un sistema social. La pasión de la propaganda antirreligiosa en la Rusia soviética no puede concebirse más que considerándola como una religión que pretende reemplazar al cristianismo. Excluyendo toda otra tendencia política o económica; sólo una religión puede tener la pretensión de encerrar en ella una verdad absoluta; sólo ella puede empeñarse en dominar a las almas. Pretensión que no abriga ningún gobierno en ninguna política. El comunismo persigue a todas las religiones porque es él mismo una religión. Considerándose como la religión auténtica, no admite falsas religiones alrededor de él. Y es una religión que quiere imponerse por la

fuerza, sin tener en cuenta a la libertad del espíritu humano. Es la religión del reino de este mundo, la negación definitiva del más allá, la negación de toda espiritualidad. Y es a tal punto que hasta su materialismo reviste un carácter místico y espiritual. El reino del comunismo no es del siglo: es un reino sagrado, "teocrático"; exige que se le rindan honores, no sólo como a César, sin también como a Dios. Este carácter seudoteocrático del gobierno comunista es muy importante, porque define su estructura. Es un monismo social llevado al extremo que absorbe a un tiempo: Estado, Sociedad e Iglesia. Un Estado así no puede tolerar ninguna Iglesia a su alrededor, a menos que no sea temporalmente y por motivos de oportunidad. La vieja teocracia cristiana dió pruebas en otros tiempos de una intolerancia incompatible con la libertad cristiana y que fué la causa de la ruina de esta teocracia. La teocracia comunista es más lógica; su doctrina no hizo jamás un llamamiento al espíritu y a su libertad.

El cristianismo no realizó su verdad en la vida social; o se encarnó en un simbolismo convencional, en teocracias que quisieron ignorar la libertad, condición primera de toda realización verdad, o practicó el sistema del dualismo, como en los tiempos modernos, en donde la potencia cristiana se ha debilitado. El comunismo apareció entonces como un castigo, como testimonio de la verdad auténtica adulterada. Ya lo hemos visto: hay en el comunismo un momento escatológico. El Apocalipsis no designa tan sólo el fin de la historia: existe un Apocalipsis en el seno mismo de la historia. El fin está siempre próximo; el tiempo va a unirse a la eternidad. El ciclo en que vivimos no está completamente cerrado. Pero hay

épocas en que esta posición del tiempo frente a la eternidad se hace sentir en forma más aguda. El momento escatológico no representa tan sólo un juicio sobre la historia, pero sí un juicio en el curso de la historia. El comunismo es aquí el juicio. La verdad, que no quiso encarnarse en la belleza divina, toma cuerpo en él: en la fealdad, en la abominación. Y nos encontramos aquí con un fenómeno en extremo interesante. Los comunistas rusos son los primeros en la historia que intentaron realizar en la vida la idea comunista. Pero ¿bajo qué rasgos, qué carácter moral, qué aspecto entraron en la vida? Bajo los rasgos de la fealdad psicológica y moral, bajo el aspecto desgraciado y ruin. La belleza no bendijo su entrada en la vida. De allí su *resentimiento*. Se irritan de producir un efecto de engendros deformes. Pues todo es horrible y feo en ellos: la expresión de las caras, los gestos, la estructura psíquica, las costumbres revolucionarias soviéticas. Hay en esto una profunda significación ontológica. Estoy convencido de que el comunismo encierra una gran verdad social. Pero el hecho de que se manifieste por la fealdad significa que está confundido con la mentira y que Dios ha abandonado su realización. La fealdad es siempre la señal de una alteración ontológica. El estar transfigurado, en su apogeo, satisfecho, es siempre bello. No se ha visto ni un solo gesto teatral de esos gestos magníficos que abundan en la Revolución francesa; ninguna retórica sublime. El pueblo ruso no es ni retórico ni teatral. Lenin hablaba y escribía de manera burda y sin atractivo, expresando la pobreza y el ascetismo del nihilismo ruso. Parece ser que entre los revolucionarios rusos, Trotsky es el único que tiene un poco de sentido espectacular. Esta

monstruosidad de los comunistas rusos tiene su lado eficaz, positivo: la verdad sale de la mentira y los síntomas del embuste salen al paso de la realización de la verdad. No hay que deducir por esto que todos los adversarios del comunismo sean bellos.

IV

¿Qué es lo que puede oponerse al comunismo? ¿Cómo luchar contra él? Los que lo han intentado le han fortificado en vez de debilitarle, y con eso han aportado nuevos argumentos a sus defensores.

Lo que tiene de espantoso el comunismo es esa combinación de la verdad y la mentira; hay, ante todo, que no negar la verdad y desentrañarla del error.

No hay que pensar en oponer al comunismo una forma de restauración cualquiera, o el ejemplo de la sociedad capitalista y de la civilización burguesa de los siglos XIX y XX. Los principios individualistas y liberales están gastados. Cuando éstos pretenden encerrar valores absolutos, lo que hay que oponerles son principios de autenticidad absoluta y no relativos. Cuando el tiempo se yergue ante la eternidad, no hay que oponerle más que la eternidad, no ya una forma del tiempo periclitado. No es una idea la que hay que enfrentar al comunismo, pero sí una realidad religiosa. El marxismo denunció la mentira de las ideas elevadas. Y si ha mentido no es porque las ideas rigen a la historia. El viejo idealismo humanista ha muerto. Ha mentido porque Dios existe en cuanto a realidad motriz y que Él es toda fuerza y tiene la palabra suprema. Contra el comunismo materialista integral no cabe más que suscitar el cris-

tianismo integral. No un cristianismo retórico, disperso, sino realizando su verdad eterna en un concepto de vida universal, de cultura universal, de justicia social universal. Todo el porvenir de las sociedades cristianas depende de saber si el cristianismo, o, más exactamente, si los cristianos rechazarán el apoyo del capitalismo y de una sociedad injusta: si la humanidad cristiana ensayará en nombre de Dios y de Cristo el aplicar la verdad, que los comunistas realizan en nombre de una colectividad atea, en nombre del paraíso terrenal.

Si las clases obreras fueron terrenos abonados para aceptar la impiedad y el ateísmo militante, que es el verdadero "opio del pueblo", los primeros culpables no son los agitadores del socialismo revolucionario; los culpables son los cristianos mismos, el viejo mundo cristiano. No la *religión cristiana,* sino sus adeptos, que con frecuencia han sido malos cristianos. El bien que en vez de realizarse en vida se trueca en una retórica convencional, y se disimula detrás del mal y la injusticia, ese bien no puede llamar sobre sí más que la rebelión, y una rebelión muy legítima. Los cristianos de la época burguesa crearon un equívoco que causó el más grave perjuicio a la causa de Cristo en el alma de los oprimidos.

La postura del mundo cristiano ante el comunismo no es la del que lleva en sí a la verdad eterna y absoluta; es la postura del culpable que no pudo realizar esta verdad y la ha traicionado.

Los comunistas realizan su verdad, eso es lo que pueden responder a los cristianos. La verdad cristiana es más difícil de realizar que la verdad comunista; más exige el cristianismo que lo que les exige el comunismo a los materialistas. Si los cristianos no

cumplieron más que una ínfima parte no hay que acusar por eso a la verdad cristiana. La tragedia de la historia es que el cristianismo auténtico no puede dominar al mundo, cuyo poder pertenecía más bien a los falsos cristianos. El mundo se alejó del cristianismo y se aleja cada día más.

Es, sin embargo, en el terreno del cristianismo que se puede resolver el conflicto fatal, entre la personalidad y la sociedad, conflicto que el comunismo ha resuelto ahogando a la personalidad. El conflicto también muy desconcertante en el seno de la cultura es el del principio aristocrático y democrático; el comunismo ha decidido la destrucción del primero en beneficio del segundo. Fuera del terreno religioso, o bien la aristocracia explota y persigue a la democracia, o la democracia rebaja las almas y las hace vulgares, rebaja el nivel de cultura, destruye la nobleza espiritual. El cristianismo integral debe abrazar y acoger lo que hay de verdadero en el comunismo y rechazar sus errores. O el mundo ha de asistir a un vastísimo renacimiento cristiano, no sólo entre la clase alta, sino en las masas populares, o se apoderará de él el comunismo renegado.

¿Cómo ha de ser? Lo ignoramos, y ese es el secreto de la libertad. No hay que hacerse grandes ilusiones. La creación de un nuevo tipo de santidad en el centro del corazón del mundo es una tarea ardua que el cristianismo ha de cumplir. Pero de cualquier modo el porvenir pertenece a las masas obreras, a los trabajadores: es un hecho indiscutible y justo. Falta saber qué espíritu animará mañana a esas masas y en nombre de qué principio fundarán una vida nueva. ¿En nombre de Dios y de Cristo? ¿En nombre del elemento espiritual que yace en el fondo de

nuestra naturaleza? O, por el contrario, ¿en nombre del Anticristo, en nombre de la materia endiosada de la colectividad humana, trocada en divinidad, en la cual pierde y se diluye la forma del hombre y muere el alma humana?

El pueblo ruso ha planteado el problema ante el mundo entero.

PSICOLOGÍA DEL NIHILISMO Y DEL ATEÍSMO RUSOS

I

La revolución rusa ha despertado el interés del universo y atrajo las miradas sobre Rusia y su pueblo. La experiencia comunista y la implantación del ateísmo, en una escala que no tenía precedente en la historia, ha inquietado muchísimo a los hombres de Occidente. Esta experiencia ha sido llevada a cabo en un país inmenso, poco conocido en Occidente y muy poco comprendido. El problema suscita un interés particular. ¿Cómo ha podido la Santa Rusia transformarse en un campo militante ateo? ¿Cómo un pueblo, cuya alma presenta una estructura especialmente religiosa, que ha vivido de la fe, ha podido ser un terreno tan propicio a la propaganda antirreligiosa? No es posible comprender la estructura antirreligiosa sin haber comprendido antes la estructura religiosa.

En las proximidades del siglo XIX se asiste en Rusia a la formación de un tipo espiritual distinto al del tipo del de la Edad Media rusa, de la Rusia moscovita, y es este tipo que nos lleva a la comprensión del ateísmo militante que surge luego en la Revolución. El siglo XIX fué en Rusia el siglo del pensamiento y del verbo, y la estructura psíquica rusa tomó cuerpo por primera vez y encontró su expresión y su conciencia en él. La literatura y el pensamiento

ruso han dejado obras que permiten estudiar las tendencias religiosas y antirreligiosas del alma rusa. Las raíces de esta estructura que nos interesa estudiar se hallan en el pasado doloroso de nuestra historia y en primer lugar en el cisma del siglo XVII. Sus consecuencias se sienten aún hoy en día. El cisma es un fenómeno característico y determinante de nuestra historia, y aun no salimos de su órbita. Los rusos son por su naturaleza disidentes. Nuestro cisma religioso no se explica tan sólo por el apogeo excesivo a los ritos y por la ignorancia de la mayoría del pueblo y del clero en la época anterior a Pedro el Grande. No es exclusivamente en nombre de la letra que la lucha ha tenido lugar; tendencias historiosóficas más profundas dieron lugar a esta lucha. El pueblo ruso tenía hace tiempo una conciencia mesiánica que encontró su expresión en el siglo XV en la enseñanza del monje Filoteo: Moscú, Tercera Roma. Según esta enseñanza, el imperio ortodoxo de Bizancio estaba en plena decadencia, Rusia era el solo reino "ortodoxo" del mundo; el pueblo ruso pretendió él solo conservar la fe ortodoxa auténtica; todo el resto del universo había traicionado la pureza de la fe. La idea del imperio ortodoxo era la idea fundamental rusa, una idea mesiánica. Las influencias griegas, la enmienda de los libros santos, las modificaciones ínfimas del rito, fueron consideradas como una traición al reino ortodoxo, una traición operada por el poder secular y por la jerarquía eclesiástica. Los elementos religiosos y nacionales se enmarañan y confunden tan íntimamente como en la conciencia del antiguo pueblo judío. El patriarca Tikon, que padeció la influencia griega, aparece como un traidor; el Anticristo ha penetrado en "el reino ortodoxo", en

el Estado lo mismo que en la Iglesia; la jerarquía ha sido contaminada y herida; la Iglesia auténtica se retira al desierto, se mete bajo tierra. A semejanza de la ciudad de Kitej, el reino ortodoxo se vuelve invisible. Los disidentes huyen de "las persecuciones y se esconden en la selva; los más fanáticos y más exaltados se echan a las llamas". La secta de los *Soemosojigateli*, "de los que se abrasan vivos", es un fenómeno ruso característico. La forma exagerada del cisma, el *Bespopstwo* o la comunidad sin sacerdotes, que reniega de toda jerarquía eclesiástica, está empapada en elementos apocalípticos y escatológicos, al mismo tiempo que nihilistas con respecto a la Iglesia organizada, del Estado y de la cultura. El nihilismo y el apocalíptico rusos están ligados íntimamente, y este lazo aparece ya en las manifestaciones extremas del cisma. Estas tendencias apocalípticas, esta sed de desprendimiento, esta renunciación por las vías históricas y los valores de la cultura en la espera de un fin catastrófico tienen sus raíces psicológicas en el cisma; su ala izquierda radical da origen a infinidad de sectas. El monarquismo de los viejos creyentes se trueca en anarquismo. Los síntomas profundos del cisma —la ruptura entre el pueblo y el poder eclesiástico, entre el pueblo y las capas cultas de la sociedad— se acentúan cada día más y se vuelven de día en día más tremendas. La Reforma de Pedro el Grande ha acelerado sensiblemente este proceso. La conciencia popular que interpretó esta reforma —más bien dicho esta revolución— operada por Pedro el Grande como una violencia impuesta al alma del pueblo, se rebeló creando la leyenda de Pedro el Anticristo. El reino cristiano ortodoxo "desaparece definitivamente del mundo visible, y le reemplaza el

“reinado” del Anticristo. La Rusia oriental, impregnada de cultura occidental no es más, estrictamente hablando, que un “reino ortodoxo”. La actividad de las masas con respecto al poder se vuelve huraña, desconfiada y hostil. La idea mesiánica persiste, pero se afirma ahora y da lugar a una escisión profunda con la realidad ambiente. La ortodoxia unida a la Iglesia oficial, que resiste a las influencias protestantes y racionalistas, conserva rasgos comunes con los viejos creyentes del cisma: el espíritu apocalíptico ligado a la espera del advenimiento del Anticristo está profundamente anclado en el seno de las masas populares y se manifiesta igualmente en las corrientes religiosas que nacen entre las capas superiores y cultivadas, entre los escritores y los pensadores. Psicológicamente se vuelve a encontrar este espíritu, bajo forma secularizada, en las corrientes que han roto con la conciencia religiosa cristiana. Las tendencias cismáticas y escatológicas deben ser consideradas como el hecho psicológico fundamental del siglo XIX ruso, y este hecho encontrará pronto su expresión religiosa o antirreligiosa, es decir, religiosa a la inversa. La *intelligentsia* del siglo XIX fué una *intelligentsia* disidente, vivía en ruptura constante con el presente, con la Rusia imperial y volvía los ojos tal vez hacia un pasado ideal, al de la Rusia anterior a Pedro el Grande, idealizada. Tan pronto hacia un porvenir ideal, hacia el Occidente idealizado.

La *intelligentsia* no considera como cosa propia el progreso realizado por el Estado ruso. “La ausencia” de raíces orgánicas es lo que caracteriza el alma rusa de esa época; está saturada de ideas atrevidas y sedienta de libertad ilimitada. Todos reniegan del presente, por no haber realizado la vocación del pueblo

ruso; este presente disgusta por igual a los eslavófilos y a los occidentalistas. Y este disgusto en el fondo demuestra un estado de espíritu revolucionario. Los eslavófilos miran hacia el pasado anterior a Pedro el Grande, los occidentalistas hacia Occidente; en los dos casos no se trata de una realidad, sino de un ensueño. Cuando el occidentalista Herzen vino a Occidente probó una cruel decepción y se percató en seguida del espíritu burgués estrecho de los europeos. Se irguió en seguida en contra de este aburguesamiento de los países occidentales que el hombre ruso ha odiado siempre. Los eslavófilos eran monárquicos, pero el poder monárquico ejercido por Nicolás I les repugnaba. El pensamiento ruso se desarrolló en el siglo anterior bajo los auspicios del romanticismo alemán, del cual asimilaron las tendencias, modificándolas, sin embargo, a su antojo. Este pensamiento no tenía raíces orgánicas, era nacional precisamente por estar desarraigado, contentándose con soñar en un tipo de cultura orgánica. En la estructura psíquica de la capa cultivada del siglo XIX se van elaborando rasgos típicos que le caracterizarán: despego, ruptura con el presente, conciencia del abismo que se abre entre esta clase intelectual y la del pueblo, por una parte, y, por otra, del poder, escatológico en cuanto se atribuye al alma independiente de la fe religiosa —escatología tan pronto religiosa, tan pronto social—, espera de la catástrofe final, maximalismo, incomprensión de la escala jerárquica y de la graduación histórica, tendencia a negar la importancia de lo relativo y, por consiguiente, de trocar lo negativo en absoluto, tendencias extremistas, una forma singular de ascetismo, el desprecio de los bienes de este mundo y de las virtudes burguesas, en fin, el deseo

de realizar la verdad en la vida y en primer lugar en la vida social. Estos rasgos se encuentran en las corrientes de ideas más opuestas. El alma rusa del siglo XIX es una alma doliente que sufre y llega hasta fustigarse a sí misma. La lástima hacia el dolor del hombre y del universo es el tema fundamental de la literatura rusa del siglo XIX. El régimen de esclavitud y los sufrimientos que de él derivaban formaban un ambiente social propio para alimentar estas tendencias. Todo eso significa en el fondo el horror a aceptar el sufrimiento, renegar del sentido de este sufrimiento y estar supeditado a él. El dolor y la piedad rusas emanaban de dos fuentes: la del sentimiento de la falta, del arrepentimiento, del conflicto de la conciencia en los unos, de la impresión de haber sido vejados, del sentimiento, el encono, y la rebelión de los oprimidos, en los otros.

En el tema que nos preocupa hay un fenómeno fundamental, y es el del paso del elemento religioso, de la estructura psíquica religiosa a la esfera extra y antirreligiosa y en la social, tanto así, que las energías del alma están consagradas a la obra social y adquieren un carácter religioso.

Una singular idolatría social se desarrolla en ese terreno. La energía social creadora no podía realizarse libremente en las condiciones de vida de los rusos, no estaba dirigida hacia una construcción social concreta, y así se encogió en sí misma, transformando la estructura del alma y provocando una tendencia apasionada hacia el ensueño social, acumulando así en el inconsciente elementos explosivos. Es Dostoyewski el que sintió más profundamente que el socialismo ruso era un problema religioso, relativo a Dios y a la inmortalidad, a la transformación completa,

radical, de la vida humana, y no un problema político. El socialismo, tomado en el sentido amplio de la expresión, era la religión predominante de la mayoría de la *intelligentsia* del siglo XIX y determinaba todos los criterios morales. El socialismo ruso fué ante todo sentimental. Es con la modalidad religiosa que los rusos asimilaron las doctrinas de Saint-Simon, de Proudhon y de Marx, y lo mismo hicieron del materialismo.

Dostoyewski descubría la estructura psíquica y la dialéctica religiosa del nihilismo ruso y del socialismo revolucionario. Comprender las raíces profundas de este nihilismo, que hay que considerar como una creación original del espíritu ruso, significa comprender las fuentes y las raíces que tiene el ateísmo militante del comunismo ruso.

II

Las aspiraciones religiosas alimentaron en su fuente al nihilismo ruso y una estructura religiosa alterada disimulábase detrás de estas aspiraciones. Los rusos se volvían nihilistas por amor a la verdad. Durante el último período de su vida, Bielinsky (*) había elaborado una concepción del universo que debía servir de base al nihilismo y al socialismo nihilista. Bielinsky es un intelectual disidente típico, que buscó toda su vida la verdad y acabó por volverse ateo y nihilista por amor de la justicia y del bien del pueblo y de la humanidad. Vemos culminar en Bielinsky la crisis del idealismo de 1840, el declinar de las tendencias rusas de Schelling y de Hégel, y es en ese momento que la conciencia de la *intelligentsia* se coloca ante la realidad social. En nombre de la sed idealista de justicia y del odio a la mentira, Bielinsky aspira a penetrar esta realidad social. Debutó en la vida como idealista y romántico, teniendo el culto de todo lo bello y elevado, y acabó su vida como realista y ateo. El principio de esta crisis lo marcó la protesta contra el espíritu absoluto de Hégel, contra todo lo general y universal, contra toda idea abstracta, en nombre de la personalidad humana concreta que ríe

(*) El más grande de los críticos rusos del siglo XIX.

y llora. Y he aquí que se descubre un proceso de los más interesantes. Bielinsky niega con pasión las ideas abstractas del idealismo, pero no se para más que un instante en considerar al ser humano concreto y lleno de vida, para someterse en seguida a nuevas abstracciónes del realismo, a lo que él consideraba como idea de justicia social y del bien de la humanidad. Se deja llevar por el impulso apasionado que le caracteriza, por el amor ardiente a la humanidad, que él mismo llamaba "amor a lo Marat". Se dice capaz de cortar muchas cabezas para que la otra parte de la humanidad sea feliz. Y con eso muestra ser el precursor del bolcheviquismo. "Si yo fuera Zar —exclamaba— sería un tirano". El socialismo o la muerte es su lema. La felicidad es obligatoria para todo el mundo, y el sufrimiento no debe existir. Bielinsky acaba por considerarse ciudadano del mundo; la idea del socialismo ateo le embarga por completo, es un ateo religioso, un ateo con fe ciega, fe en el amor de la verdad y a la humanidad. "Soy un hombre terrible —declara— cuando una incongruencia mística se apodera de mi cerebro". Este hombre terrible es el que encontramos en cada ruso, del cual cada idea atea es una incongruencia mística. Pero Bielinsky conserva aún el culto de Cristo, el de los pobres y pecadores que enseña la religión de la piedad.

El ateísmo ruso de los "idealistas terrenales" (como les llama a veces oponiéndoles a los "idealistas del cielo") estaba animado de un espíritu que se parece al del Marcionismo; se engendró, sobre todo, por la meditación dolorosa sobre el problema del mal, de la injusticia y del sufrimiento. Harnack subraya este parentesco entre el espíritu ruso y el marcioniano.

Marción renegó el Dios del Antiguo Testamento, Creador del Universo, como un semidios cruel, porque la creación está llena de calamidades y sufrimientos. Pero adoraba a un dios desconocido y lejano que es el Padre de Jesucristo, el Salvador y el Redentor del mundo. El ateísmo ruso renegó a Dios en todos sus aspectos, porque reconocer a Dios sería justificar el mal, la injusticia y el sufrimiento, el aceptarlo. El mal es considerado un sufrimiento. Bielinsky formuló de manera decisiva la cuestión: "de la lágrima de un niño" condición de la creación, cuestión que Dostoyewsky debía enunciar más tarde por boca de Iván Karamasoff. No quiere aceptar un universo cuyo nacimiento fuera acompañado por lágrimas. Quiere destruir este universo y crear otro en donde no exista el dolor. Dios creó un mundo injusto lleno de calamidades. De modo que hay que renegar a Dios por motivos morales. El ateísmo socialista ruso empieza por compadecer y por defender contra la sociedad al individuo que sufre. El socialismo puramente ruso, que se denomina socialismo populista, es en su origen individualista. Le volveremos a encontrar en 1870 en Kikhailovsky, que elabora toda una teoría de la "lucha por la individualidad". Pero el socialismo ateo ruso acaba por renegar del individuo y por tomar una actitud cruel, sin piedad hacia él. Es en esto precisamente en lo que consiste su dialéctica fatal. Se manifiesta ya en Bielinsky, que estaba pronto a exterminar al individuo en nombre del exterminio del dolor. Ese es el "amor de Marat por la humanidad". Empieza por protestar contra el "principio común", el amor de la humanidad, la idea de la humanidad (y no del ser viviente) apegado a la idea abstracta y "lejana" de la justicia y de

un régimen social perfecto. Este nuevo "principio común" se sirve del individuo como de un instrumento y un medio, niega el valor intrínseco de la persona y de su vida interior. La piedad se transforma en crueldad; la libertad, en violencia; la defensa del individuo contra el despotismo de la sociedad es un despotismo más tremendo aún. Tal es el destino del ateísmo, determinado, al parecer, por motivos psíquicos elevados. Es lo que descubrimos en el nihilismo de los años 1860, que es una paradoja, que junta a la lucha de la liberación del individuo y a la opresión de este individuo bajo el yugo del utilitarismo social, la negación del derecho individual a la vida espiritual y a la creación independiente. El nihilismo no comprende el misterio de la Cruz, el sentido del sufrimiento, y es en eso que consiste su fracaso religioso.

El nihilismo ruso fué elaborado en gran parte por los hijos de los sacerdotes, que tuvieron fe en su infancia y han frecuentado la escuela de la ortodoxia. Tales como Dobrolionboff y Tchernichevsky, que, como todos nuestros pensadores de vanguardia, fueron críticos literarios. El diario de Dobrolionboff, que fué publicado, nos narra en qué alma pueden nacer el nihilismo y el espíritu antirreligioso. Dobrolionboff nos sorprende, de niño y de adolescente, por su piedad, por la fuerza de su fe religiosa, por su pureza moral, su grave ascetismo severo, virtudes que conservó hasta el fin de su vida. Dobrolionboff murió muy joven, y podríamos asegurar aquí que el nihilismo de esta época fué un remordimiento de la juventud, la rebelión de almas juveniles. Pissareff, el más batallador y el más brillante de los nihilistas rusos, murió también en plena juventud. En su infancia,

Dobrolionboff sentía el pecado de manera muy dolorosa; la falta más nimia, el pecado venial más insignificante —el de comer demasiadas golosinas o de dormir excesivamente— provocaban en él vivo remordimiento. Aspiraba a ser puro, y sentía hacia sus padres, y especialmente hacia su madre un cariño enternecedor. En su primera juventud le chocaron las costumbres decadentes y la falta de espiritualidad del clero ruso. La muerte de sus padres, y en particular la de su madre, a quien amaba tiernamente, le destrozaron el alma, y vió en esta muerte la manifestación del mal universal. Dobrolionboff perdió su fe porque no podía soportar la injusticia del mundo y la bajeza del medio cristiano ortodoxo en que vivía. Tenía sed de luz y se veía sumido en unas tinieblas espantosas. El hombre debe traer consigo mismo esta luz en el universo injusto y tenebroso. Dobrolionboff se vuelve un *Aufklärernihiliste,* tendencia particular rusa y por la cual expresan su radicalismo y su maximalismo. La vida de Dobrolionboff fué corta y exenta de alegría, y a su nihilismo le movían factores elevados, psíquicos y puros, y no pudo prever los resultados deletéreos del nihilismo. Pero tampoco Dobrolionboff entendió el sentido de la Cruz, no vió la Cruz.

Tchernichevsky, que fué el principal teórico del nihilismo ruso de su época, salió también del medio eclesiástico; era hijo de un sacerdote. En él encontramos igualmente el elemento ascético, heredado de la ortodoxia. Es honrado, puro, desinteresado, capaz de sacrificio; pasa diecinueve años en presidio por una falta política de poca importancia y soporta heroicamente esta prueba. La novela utópica, social y nihilista que escribió, intitulada *¿Qué se ha de hacer?*,

es floja desde el punto de vista artístico, pero contiene elementos extraordinarios ascéticos y didácticos. El héroe de su novela, Rachmetoff, duerme sobre clavos para templar su carácter. Este nihilismo primitivo tenía como propiedad esencial un gran deseo de verdad, cueste lo que cueste, y una protesta ardiente contra toda mentira e hipocresía. El nihilismo es ante todo un despojarse de todo velo y la certeza de que esto ha de conducir a la Verdad. El materialismo ingenuo que los nihilistas profesaban como una fe religiosa, tenía como propulsores en primer lugar a principios ascéticos y morales. Toda metafísica idealista o espiritualista era considerada como lujo inadmisible, cual perversión intelectual y olvido de los sufrimientos del pueblo. Había que vivir pobre, contentarse con poco. Bonchareff, uno de los teólogos más admirables y más originales del siglo XIX, da una importancia enorme al libro de Tchernichevsky y reconoce en esta obra elementos cristianos auténticos y de alto valor moral, aunque el autor no haya tenido conciencia de ellos.

Otro escritor joven de esta misma generación, Pissareff, se dedica a destruir toda estética y todo arte; reniega de Puschkin y esta destrucción tiene como base el ascetismo. La estética —nos dice— es un lujo inútil e inadmisible; no hay más arte que el que sirve para las necesidades reales de la humanidad. Recomienda a los escritores que escriban sobre las ciencias naturales en lugar de publicar novelas.

Pissareff llama a su héroe ideal "un realista que piensa"; define a este tipo ideal mirando cara a cara la realidad sin afeites, libre de toda ilusión, de toda mentira y de todo lujo intelectual y artístico. Y así, este hombre será capaz de mejorar las condiciones

de la vida real. Este nihilismo primitivo surte los temas fundamentales que darán impulso a la revolución bolchevique y que triunfarán por ella: hostilidad hacia la religión, la mística y la metafísica y hacia todas las manifestaciones del arte puro (unas y otras absorben las energías que sirven a un régimen mejor). El utilitarismo social reemplaza a la moral absoluta; las ciencias naturales y la economía política han de predominar. Desconfianza hacia las ciencias humanistas, consagración de la clase trabajadora, y por ésta se sobreentiende tan sólo a los campesinos y a los obreros como seres auténticos. La vida interior del individuo arrollada por el elemento social, por la idea utilitaria, utopía de un régimen socialista perfecto.

El advenimiento de este régimen no está unido a la transformación del hombre, pero sí a la transformación de la sociedad. La vida perfecta se hallará libre de sufrimientos, y entonces triunfará la felicidad.

III

Las exigencias del nihilismo ruso han entrado en el comunismo, y éste ha tratado de realizarlas. Aquí tocamos a la fuente espiritual de este nihilismo y tenemos que descubrir la contradicción fundamental que reside en él. En cuanto a manifestación original del espíritu ruso, el nihilismo no podía estar más que en un alma que se había desarrollado en el terreno espiritual de la ortodoxia y que había perdido la fe. De la misma manera que encontramos en el cisma popular, hallamos en el nihilismo intelectual una negación ascética del mundo y de la cultura, negación que deriva de este espíritu ortodoxo. La conciencia ortodoxa rusa ignora la graduación paulatina de la historia; es la forma la menos evolucionista que pueda darse, la más escatológica del cristianismo y el tema tradicional del pensamiento religioso y social ruso; es la duda sobre la justificación de la cultura; ¿no costó demasiado cara esta cultura? ¿No es ajena al pueblo? ¿No reemplazó acaso a la vida auténtica por una vida de embustes, convencional, ficticia e ilusoria? ¡Problema esencialmente ruso! En sus fuentes profundas y bajo su forma más pura, el nihilismo viene a ser un ascetismo desprovisto de la Gracia, un ascetismo que

no es en nombre de Dios, sino en nombre del bien futuro de la humanidad, en nombre de la sociedad perfecta. Y este ascetismo sin la gracia y sin Dios incita a los hombres a cometer actos de heroísmo y hasta a sacrificar sus vidas. No puede admitir el mundo tal cual es y sus sufrimientos; desea el fin de ese mundo malo y perverso, su destrucción y el advenimiento de otro mejor. Es esencialmente escatológico. El nihilismo y su ascetismo sin la gracia está desgarrado por una contradicción fundamental: empieza por querer libertar al individuo de la esclavitud que le imponen el medio social, sus normas y sus leyes, sus tradiciones y sus prejuicios, y acaba por encadenarle enteramente a un fin de utilidad social, a los intereses de la sociedad; reniega del derecho del individuo a la vida, a la creación espiritual; rechaza la religión, la filosofía, el arte, la moral como contenido calificativo de la vida del individuo; reniega de todos los valores que hacen resaltar a la personalidad. Y está obligado a proceder así porque considera al ser humano como un producto del medio social y niega su naturaleza espiritual. Es decir, que rechaza la moral por motivos morales. El nihilismo profesa el utilitarismo más grosero, aunque está impregnado de moral; se propone realizar una forma de utilitarismo social moralizador que somete definitivamente el individuo a la sociedad. La conciencia moral del ser está supeditada por la moral de la sociedad, del grupo, del partido. Lo que acabamos de enunciar se manifiesta particularmente en el comunismo. Las tendencias sociales de esta doctrina se mostraron con más fuerza que las de la emancipación personal, que las aspiraciones hacia la perfección y la verdad personal, que eran los factores del nihilis-

mo de Pissareff. Todos los valores del espíritu y de la cultura han sido pisoteados, y uno solo ha sido reconocido entre todos —el valor de la verdad social, de la justicia, del bien del pueblo, de la felicidad de las clases obreras—. Es inmoral pensar en otra cosa; salvo en ese valor supremo, todos los sacrificios han de hacerse en su nombre. El conflicto entre la fe religiosa y el conocimiento científico, que tiene un papel tan importante en Occidente, presenta en Rusia un interés secundario. En este país, el ateísmo militante está fundado sobre motivos morales y sociales. El alma rusa se inquieta menos por las contradicciones que ofrecen aparentemente el cristianismo y el conocimiento científico, que del conflicto entre el cristianismo y la verdad social y del apoyo de los cristianos a la injusticia del mundo; de su retórica falsa e hipócrita que la hiere profundamente a los ojos del ateísmo y del nihilismo ruso. La ciencia se vuelve objeto de culto y de idolatría; pero eso prueba precisamente que no se trata aquí de una ciencia objetiva. Vladimir Solovieff ha formulado del siguiente modo esta paradoja fundamental: "El hombre desciende del mono; por consiguiente, debéis amaros los unos a los otros". La profesión de fe en cuanto al origen simiesco del hombre —además bajo su forma más burda— se trueca en deber social. Pero si declaráis que vuestra fe os enseña la creación del hombre a imagen de Dios, quiere decir que sois partidarios de la esclavitud, que defendéis la injusticia social, que justificáis el pecado social, que sois enemigos del pueblo obrero. El darwinismo, lo mismo que el materialismo, es un artículo obligatorio del catecismo comunista, aunque en realidad el darwinismo

no es, en el fondo, favorable al comunismo y justifica más bien al régimen capitalista (*).

Los ángulos del nihilismo ruso se allanan poco a poco hacia los años 1870 y acaban por permitir la victoria definitiva de las tendencias sociales. Es la época en que la *intelligentsia* vuelve su mirada hacia las clases obreras, hacia los campesinos, para trabajar en pro de su bienestar y de su liberación. El movimiento populista ruso reviste su forma definitiva: la certeza que la verdad se halla en el seno de las masas obreras y particularmente en los campesinos es un hecho. Pero la *intelligentsia* populista queda al margen de la fe del pueblo; es decir, de la ortodoxia. y empieza a inoculársele el ateísmo. Esta *intelligentsia* izquierdista, cuyas concepciones filosóficas y religiosas eran de esencia nihilista, que profesaba el socialismo y se dedicaba al pueblo, era, en parte, compuesta por hombres que pertenecían a la nobleza; por otra, de un contingente heteróclito cuya mayoría se reclutaba en las clases inferiores de la sociedad. La estructura psíquica de estas diferentes categorías era muy variada: el trabajo de la conciencia, el arrepentimiento del pecado social predominaba en los unos, mientras en los otros la indignación y la rebelión de los oprimidos desempeñaba el papel preponderante. Mikhailowsky renuncia a la lucha por sus propios derechos y exclama: "Azotan al mujik, que me azoten a mí también".

El rasgo característico del socialismo ateo ruso y del amor del pueblo que le es peculiar es la capaci-

(*) Es lo que pensaba M. Mikhailowsky. La nueva filosofía soviética recientemente elaborada reniega del darwinismo como sociología, pero lo impone como biología.

dad enorme de sacrificio de que dan prueba sus partidarios. Esos hombres —los mejores de entre ellos se entiende— renunciaron a sus bienes personales, se dejaban encarcelar, llevar a presidio, a la horca, sin tener ni el consuelo de la vida futura, de la vida eterna.

Se trata aquí de un fenómeno psicológico de los más interesantes. Estos hombres estimaban al bien terrenal y la felicidad de aquí abajo como únicos bienes de la vida; en nombre de esta finalidad, irrealizable en el curso de sus vidas, estaban prontos a sacrificarse y a soportar todas las penas y los dolores; así les llamaban los "idealistas de la tierra".

Comparándoles con los cristianos, salían éstos muy mal parados. La mayor parte de los cristianos decadentes del siglo XIX daban pruebas de poco espíritu de sacrificio; apegados a los bienes materiales y a la buena vida, se preparaban a gozar de los consuelos de la vida futura. Sus debilidades no hacían más que fortalecer las tendencias anticristianas y antirreligiosas. El espiritualismo y el idealismo religioso y filosóficos estaban asociados a la injusticia de la vida terrenal y al materialismo práctico. La verdad transportada al cielo aparecía como un obstáculo a la realización de la verdad en la tierra. El recuerdo de los santos y de los mártires cristianos se había borrado y ya estaba relegado a un pasado lejano. En cuanto al presente, el cristianismo servía para alcanzar beneficios y aumentar la hacienda. La condena de la injusticia, de la mentira, de la hipocresía de la llamada sociedad "cristiana" alimentaba el espíritu antirreligioso. El pecado y la indignidad de los cristianos fueron los argumentos que sirvieron para atacar al cristianismo en su esencia misma. Es muy

significativo que la rebelión anárquica contra la injusticia del mundo contemporáneo que se decía cristiano había nacido en el seno de la aristocracia, en la alta sociedad rusa. Tal fué el anarquismo de Bakunin, del Príncipe Kropotkin, el anarquismo religioso del Conde León Tolstoi. Bakunin unía al anarquismo el ateísmo militante, se erguía contra el Creador del mundo como contra Satanás, viendo en él a la fuente del poder, es decir, del mal supremo de la vida del universo. El anarquismo de Bakunin tiene un sello casi místico —fenómeno religioso de los más relevantes—. La antigua idea mesiánica rusa, cuya base era puramente religiosa, resucita en Bakunin en forma nueva. El universo rusoeslavo tiene, según él, una gran misión que cumplir, la misión de provocar una conflagración universal en la cual el viejo mundo corrompido debe perecer. La pasión destructora es una pasión creadora. Sobre las ruinas y las cenizas se alzará un mundo nuevo, libre y radiante. Esta idea, a la vez mesiánica y revolucionaria de Bakunin, ha sido adoptada por el comunismo, que cree que el pueblo ruso llevará la luz donde antes había tinieblas burguesas de la Europa occidental. León Tolstoi no era un ateo; era un nihilista crecido en tierra religiosa. Tolstoi no es posible más que en el terreno espiritual de la ortodoxia. Es como nihilista y anarquista que rompe con el mundo injusto y embustero, se alza contra la historia y la cultura universal y mutila todos los valores. Busca apasionadamente a la Verdad en la vida, y es en nombre de esta Verdad que exige que se arranquen los velos. La Verdad Divina no se manifiesta más que en la naturaleza y en la vida de la naturaleza. Tolstoi predica su cristianismo, un cristianismo nuevo y se-

gún él auténtico, pero los elementos ascéticos ortodoxos están aún vivos en él; sin embargo, su crítica apasionada e indignada del cristianismo histórico y de la Iglesia con sus dogmas y sacramentos deja entrever ciertos temas análogos a los de la propaganda antirreligiosa y se sirve de sus mismos argumentos. Tolstoi confiesa el pecado social y el pecado de la cultura sobre los cuales se ha levantado el mundo que se cree cristiano. Se rebela contra la religión, contra la Iglesia en cuanto una y otra son partes integrantes de la cultura y se han doblegado a sus leyes y a sus normas (*). No sólo las corrientes antirreligiosas del siglo XIX y del XX, sino hasta las corrientes religiosas son hostiles al "cristianismo histórico", es decir, al que se manifiesta y obra en la historia y que, por lo tanto, se somete a la injusticia, a la violencia, al mal que reina a través de la historia.

Es una tendencia rusa muy característica, que tan pronto toma una forma de negación radical del cristianismo y de la religión, tan pronto se esfuerza en crear un cristianismo puro que no sea desfigurado por la historia. El pensamiento ruso era historiosófico, pero la relatividad de la historia repugnaba a la conciencia maximalista rusa. Toda ciudad terrestre está corrompida, es injusta, relativa, y está sometida al príncipe de este mundo. Los cristianos no poseen una ciudad duradera en la tierra. Aspiran a la Ciudad Futura. Esta es igualmente la aspiración de las almas rusas que han renegado a Dios en nombre del Porvenir, por la protesta que alzaron contra la ciudad temporal, llena de corrupción. Los ateos rusos

(*) Se vuelve a encontrar un tema análogo en el bartianismo moderno.

buscan el reino de Dios en la tierra, pero sin Dios y contra Él. En la estructura psíquica del ateísmo ruso culmina el desarrollo de los *Viejos temas gnósticoanárquicos*: el Creador es un Dios malo; ha creado un mundo peor, injusto, lleno de dolores, y todo poder terrestre es de esencia satánica, pertenece al príncipe del mundo, y la lucha contra la injusticia es la lucha contra este Dios, este Creador perverso. Estos temas fueron ya bosquejados en las corrientes radicales del cisma y de los movimientos sectarios rusos. Tenían gran influencia sobre los movimientos sectarios rusos. Impresionaban a la *intelligentsia* revolucionaria, pero asemejábanse en conciencia a las doctrinas occidentales materialistas más superficiales. En su aspecto más profundo, el ateísmo ruso puede condensarse en la paradoja siguiente: "Hay que negar a Dios para que el reino de Dios se realice en la tierra". El elemento profético fué siempre un factor poderoso de la estructura religiosa rusa. Quitadas sus raíces religiosas, queda su aspecto mísero de un ateísmo a base social. Este es ante todo el olvido de Cristo, del Dios que sufre y que se ofrece en holocausto.

IV

Pero lo más interesante del tema que nos preocupa es el paso del ateísmo y nihilismo rusos a la esfera del comunismo. En el nuevo fenómeno psicológico del ateísmo militante de los comunistas podemos observar la dialéctica fatal, típicamente rusa, de la verdad social exterior. El ateísmo de los comunistas rusos es una manifestación completamente distinta y que tiene su origen en una estructura psíquica muy diferente. ¿Cómo el alma rusa, esencialmente compasiva, llena de amor al prójimo, que aspira a la verdad, asimiló de ese modo las doctrinas de Marx, que deberían serle totalmente ajenas? Dostoyewski predijo muchas cosas en el porvenir, pero el marxismo no estaba al alcance de su visión; no conocía más que el socialismo francés. Con la victoria de la revolución rusa, las tendencias antirreligiosas entran en una fase completamente nueva. Carlos Marx, que en materia religiosa adoptó los temas de Feuerbach, opinaba que "la religión era el opio del pueblo" (empleaba esta expresión en un artículo consagrado a la Filosofía del Derecho de Hégel) y considera la fe religiosa como el mayor obstáculo a la emancipación del proletariado y por consiguiente a la emancipación de la humanidad entera. El hombre pobre y débil tiene a un Dios rico y poderoso en quien abandona su

riqueza y su fuerza, y cuando el hombre se vuelve rico y poderoso ya no tendrá necesidad de Dios. La religión transporta la realización del bien de la humanidad en un mundo ilusorio, espectral, irreal; impide la realización concreta de ese bien, la actividad del hombre flaquea, por consiguiente, y paraliza su voluntad impidiéndole organizar la vida social. La religión prodiga consuelos ficticios y presta así su sanción a la injusticia, a la miseria, a la impotencia en la vida terrenal; el cielo es el mayor enemigo de la organización del mundo. El espíritu ateo de Marx es completamente distinto, como se ve, del espíritu del ateísmo ruso tradicional; éste estaba impregnado de ascetismo, de compasión, de piedad. En Marx, la idea que predomina es la de la fuerza, del poder de una sociedad organizada. Hay que extirpar la fe religiosa implantada en el corazón de los hombres, destruir la idea para que la vida sea racionalizada y que los elementos ciegos de la naturaleza y las fuerzas irracionales que rigen a la sociedad sean vencidas. El ateo de tipo marxista no se enternece; por el contrario, es inexorable. Para obtener la riqueza y el poder, la colectividad social debe adoptar una actitud cruel, implacable. En la doctrina de Marx no hay elementos humanitarios; esta doctrina emana de la obra de Feuerbach, pero la sobrepuja. No es en nombre del hombre que Marx alza el estandarte de la rebelión, sino en nombre de la colectividad social —nueva divinidad—. Su ateísmo, lo mismo que su socialismo, es victorioso, triunfante. A Marx le importa menos el aliviar los sufrimientos del proletariado que verle poderoso y, cual Mesías, llamado a organizar el reino universal. El *pathos* de Marx es, ante todo, el *pathos* de la fuerza. Tiene el

culto de la fuerza y aspira a la victoria. El espíritu marxista es un espíritu triunfante; quiere que el hombre, como ser social y socializado, llegue a ser un organizador todopoderoso, un constructivista. A fines del siglo XIX, un movimiento marxista importante se abre paso en Rusia y lucha con el antiguo socialismo populista, modificando en manera esencial las concepciones y el estado de alma de la *intelligentsia* radical. En esta corriente marxista, los elementos intelectuales dominan a los elementos sentimentales. En el comienzo del siglo XX, este movimiento tiene varias capas; la selección marxista, que atraviesa una crisis espiritual y echa las bases de un movimiento idealista y religioso, mientras la mayoría prepara el terreno del comunismo. Nos encontramos ante un enigma fundamental: ¿por qué ha triunfado en ese país el tipo marxista, tan extraño a Rusia? ¿Por qué asimiló la revolución rusa el símbolo marxista destinado a ser el catecismo obligatorio de los comunistas?

El ateísmo de tipo marxista, poseído de la firme voluntad de ejercer el mando y penetrado del *pathos* de la fuerza, venció en Rusia en el momento en el que triunfó la revolución y en que los hombres que aspiraban a la verdad y habían sido oprimidos y perseguidos se trocaron, al hacerse dueños de la situación, en persecutores y opresores. El ateísmo, que tenía ese fondo de compasión de los débiles, se transformó en un ateísmo dominante, símbolo de la fuerza. El dolor, que niega el sentido al sufrimiento, tiende a transformarse en felicidad. Una metamorfosis psicológica se realiza que modifica las caras de los rusos y crea un nuevo tipo antropológico que se formó en la guerra y triunfa en la revolución. Surge el ateo vencedor y organizador. La estructura doliente de

los antiguos revolucionarios es ineficaz, no supo adaptarse a las nuevas condiciones, a la nueva época. En cuanto a los comunistas que se habían formado de antiguo en tiempo de las persecuciones, también sufren una profunda transformación. El comunismo operó una tría de hombres de un tipo especial, y la joven generación entró en la vida con un alma plasmada sobre una nueva modalidad, un alma con el sello del espíritu de conquista. Este espíritu con respecto a la conquista de una clase por otra recuerda el espíritu de pueblos y nacionalidades que vencieron a otros pueblos y a otras nacionalidades. El hombre que ha triunfado y es consciente de su fuerza posee otra estructura psíquica muy diferente a la del hombre débil, blando, mansueto, que estaba esclavizado y oprimido. La base psíquica del hombre que busca la verdad, que se ha rebelado contra la injusticia triunfante, es diferente de la de los que se consideran como los portaestandartes de la verdad triunfante. El antiguo nihilismo y ateísmo rusos habían nacido del arrepentimiento y de la compasión de las clases privilegiadas y del *resentimiento* de las clases oprimidas. Ni unas ni otras se consideraban vencedoras. Los nobles arrepentidos o rebeldes pertenecían a la clase dominadora, pero habían renunciado a la dominación y habían perdido el poder en la vida. La revolución victoriosa no les devolvió el poder; son las masas vejadas en otros tiempos y oprimidas que van a desempeñar el papel predominante, y el *resentimiento* tomará nuevas formas. Ya se ve surgir al vengador. El ateísmo se vuelve una doctrina de venganzas que persigue al clero, a la religión, y cierra las iglesias. El vengador cree que la opresión de la cual fué víctima en el pasado es debida a la fe

religiosa que lo mantenía en estado de esclavitud. Cuando un hombre que es un amargado se apodera del mando es muy difícil que tome una actitud generosa y noble. La generosidad y la nobleza son virtudes aristocráticas, virtudes inherentes al alma libre de todo *resentimiento.* En la vieja Rusia, el pueblo, y particularmente los campesinos y los pequeños burgueses, sentían más fervor religioso, más apego a la ortodoxia que los intelectuales y la nobleza, que habían padecido la influencia de los librepensadores del siglo XVIII y de los filósofos del volterianismo. En el curso de la revolución, las ideas filosóficas, que en Rusia toman siempre un tinte nihilista, se infiltraron en las masas populares en forma, naturalmente, muy vulgar, y envenenaron a la juventud obrera. Este proceso del ambiente popular es análogo al que se produjo en el año 1860 entre los intelectuales. Pero la diferencia psicológica aquí es enorme. En las masas populares, el ateísmo y el nihilismo significan una rebelión contra las creencias que antaño les tenía en estado de dependencias, pues así interpreta su conciencia el credo propalado por la propaganda antirreligiosa. Y encontramos luego en el comunismo un espíritu antirreligioso muy diferente del que animaba al antiguo espíritu nihilista. Entre Bielinsky, Dobrolionboff y Tchernichevsky de un lado, y Lenin y Stalin y las almas que rigen por otro, hay un abismo: se trata de dos formaciones religiosas absolutamente distintas. La estructura del alma de los victoriosos, símbolo del encono y de la venganza que reclama un desquite y una compensación. El "proletariado" victorioso y triunfante exige una compensación por las humillaciones pasadas. Es así que Marx elabora su enseñanza que concierne la misión mesiánica de

este proletariado: es decir, la clase la más vejada de la sociedad burguesa, y entonces se ve "compensada" por la conciencia de su vocación liberadora mesiánica y por su omnipotencia futura. De Man, el más profundo de los teóricos contemporáneos del socialismo moderno, interpreta con mucho acierto la doctrina marxista del proletariado y de su misión suprema en el espíritu de la psicología de Adler; como una humillación vivida que provino del estado social inferior del obrero y como compensación, la voluntad satisfecha dominando por la idea de la suprema vocación.

El sentimiento de la falta y del pecado, que era peculiar al antiguo espíritu antirreligioso del nihilismo ruso, tenía raíces religiosas ortodoxas bajo una forma defectuosa. El espíritu antirreligioso de ahora se desprende de sus raíces, y los resortes de su alma son de naturaleza muy distinta. Es la voluntad la que determina al ateísmo militante para dominar y ejercer el poder. Esto encierra una verdad indiscutible: que la prueba del triunfo es más dura de sobrellevar que la de la persecución. Esta verdad la hemos visto manifestarse en la historia del cristianismo: sus adeptos soportaron heroicamente las duras pruebas de la persecución: fueron mártires. En Rusia misma, la Iglesia ha sido glorificada por sus mártires. Pero los cristianos sobrellevaron mal la prueba del triunfo, que los transformó a su vez en persecutores. Es precisamente esta tentación la que les hizo abandonar su antigua fe para hacerles ateos. Hubo un tiempo en que los hombres sufrían persecuciones por el derecho de no creer; les encarcelaban, les quemaban en las hogueras. Y en la hora del triunfo, los ateos se trocaron en verdugos, y a su vez encarcelaron y fusi-

laron a los cristianos. El ateísmo ruso nació bajo el signo de la persecución; por luchar contra la injusticia y la maldad del mundo, renegó a Dios, porque el mundo es perverso, injusto y lleno de dolores para los inocentes. Pero cuando llegó la hora de su triunfo hizo exactamente lo mismo que los demás; se trocó en persecutor, creó nuevas injusticias, sembró el mal e infligió innumerables suplicios. El nihilismo nació en almas puras, ascéticas, sedientas de luz y de verdad, pero se modificó, se volvió amoral —no en teoría, sino en la práctica—, desencadenó todos los malos instintos, renegó de la justicia en nombre de la cual anteriormente habían renegado a Dios. Es un proceso psicológico fatal. En el comunismo ruso son menos los elementos científicos del marxismo que los elementos mesiánicos —la idea del proletariado libertador y organizador de la humanidad, que llevan la antorcha de la Verdad y de la Justicia suprema— los que triunfan. Esta idea mesiánica y militante, agresiva y victoriosa, es la idea de una fuerza poderosa que se alza por encima del nuevo mundo. Los elementos pasivos de la vieja conciencia mesiánica rusa han sido arrollados. Ya no es la víctima que sufre, sino el triunfador, condensador de fuerzas inauditas. Se trata de una idea y no de un hecho empírico. La Rusia es una nación rural, y el obrero industrial forma una parte ínfima de su población; la revolución no ha aumentado esta clase mesiánica. Pero la idea-mito sigue estructurando a las almas y determina su psiquis —una formación nueva del alma se cumple en la que ha rechazado todo espíritu de sacrificio y de ascetismo en nombre del poder organizador—. Este proceso nos lleva a comprobar lo siguiente: el haber rechazado a Dios no le ha permi-

tido al hombre decir su última palabra, expresarse definitivamente; los principios humanos y sobrehumanos empiezan a desarrollarse y a aniquilar su conciencia. Esta evolución psicológica presenta, para la tesis que nos ocupa, una importancia y un interés excepcional.

V

La creación de ídolos y falsos dioses es el hecho fundamental de la estructura antirreligiosa psíquica del alma humana. El hombre es un ser religioso por naturaleza, y el vacío en materia religiosa es difícilmente soportable.

La piedad y el culto del principio supremo son indestructibles. El hombre no puede vivir sin tener relaciones con lo sobrehumano; la idea, el pensamiento del mismo son ya un elaborado de lo sobrehumano. Es la verdad de la antropología, que ha de ser reconocida independientemente de aquella o esta creencia religiosa. Cuando la fe en un Dios vivo y auténtico desaparece, cuando la conciencia no admite la idea de Dios, surgen los falsos dioses, y es a estos ídolos que rinde su culto. El hombre siente una tendencia indestructible hacia la idolatría; posee la facultad de transformar todos los valores en ídolos; la ciencia, cientismo; el arte, estetismo; la nacionalidad, nacionalismo; la moral, moralismo; la justicia y la organización social, comunismo. El hombre rinde culto y honores divinos a todos estos ídolos detrás de los cuales se esconden valores reales, pues la idolatría se sirve de valores y dones reales. Pero tanto unos como otros los pervierte y desfigura, porque la idola-

tría quiebra la armonía del alma. Ésta se apodera siempre del viejo espíritu religioso del hombre, absorbe toda la energía espiritual acumulada en el alma gracias al proceso religioso positivo. Sin una formación religiosa del alma sería imposible el sacrificio hasta en pro del ateísmo. El egoísmo absoluto acaba siempre en el hombre por una derrota, lo que ocurre con los nihilistas y con los comunistas. El ateísmo ideológico marca siempre el paso hacia una forma de idolatría. La devastación del alma no lleva más que al suicidio. Si los comunistas lograran apagar toda fe en el alma humana verían desaparecer la fe comunista y la facultad de sacrificar sus fuerzas y sus energías en nombre del ideario comunista.

El comunismo pretende ser una nueva religión y exige para su realización grandes reservas de energías religiosas y una fe ilimitada. Es precisamente por ser el comunismo una religión que persigue a las otras e ignora la tolerancia. El ateísmo comunista no es un movimiento laico del librepensamiento. Se considera cual un culto auténtico y no admite la existencia de otro culto a su lado. Exige la adoración religiosa del proletariado, como pueblo elegido de Dios; diviniza a la colectividad social llamada a reemplazar a Dios y al hombre, y esta colectividad llega a ser el único sujeto de evaluación moral, el vehículo y expresión de toda verdad. El comunismo crea una nueva moral que no es ni cristiana ni humanitaria. Posee su teología ortodoxa, crea su propio culto, por ejemplo, el culto de Lenin, su propio simbolismo, sus fiestas, el bautismo rojo y los funerales rojos. El comunismo posee sus dogmas obligatorios para todos, su catecismo, condena las herejías y excomulga a los herejes. Este carácter religioso del comunismo encuentra un

terreno propicio en el alma del pueblo ruso y en el tipo religioso de su especie. El pueblo ruso pasa de una Edad Media a una nueva Edad Media, y sólo sus capas superiores, muy imperceptibles, han conocido la época del Renacimiento. El hombre ruso no se inclina a renunciar a la fe cristiana en nombre del racionalismo y de un escepticismo ilustrado; tiende más bien a acatar una nueva idolatría. Los comunistas rusos convencidos (y es nada más que sobre ellos que descansa el régimen soviético) tienen un sello profundo de fe, como los nihilistas de antaño, aunque su fe esté vinculada a otros afectos y a estados emocionales distintos. Los comunistas rusos no son escépticos, y, por lo tanto, los escépticos de Occidente les comprenden difícilmente. El verdadero fanatismo es un engendro de la idolatría. El fanatismo cristiano es igualmente el resultado de una idolatría en el seno del cristianismo, de una perversión idólatra de la fe. Y el comunismo es fanático mientras es idólatra, mientras transforma los valores sociales relativos en valores absolutos. La idolatría tiende siempre a transformar lo relativo en absoluto.

El nihilismo es, por una parte, una devastación, la transformación de todas las cosas en nada; reniega y destruye todos los beneficios de la cultura. Pero, por otra parte, trueca siempre en absolutos estos valores y beneficios relativos, diviniza siempre algo y rinde culto a objetos indignos, careciendo de atributos divinos. Sin esto su "pathos" y el espíritu de sacrificio de sus adeptos sería imposible. El ateísmo y el nihilismo ruso han asimilado los rasgos del maximalismo, que es el del espíritu religioso ruso. Habiendo perdido la fe cristiana, el alma rusa seguía aspirando a una redención, deseaba salvar al pueblo, a la

humanidad, al universo, a combatir el mal y el sufrimiento. Los revolucionarios rusos del siglo XIX no creían en el Redentor, pero se consideraban ellos mismos los redentores y las víctimas, y esto determinó el ''pathos'' de su martirio. En ellos encontramos un espíritu cristiano falseado. El revolucionario ruso aceptaba el martirio y el sacrificio, pero no comprendía el misterio de la Cruz. El buscar la salvación, concebida tan pronto en una fase religiosa o en una aspiración social, es tan característico del alma rusa, que duda continuamente de su derecho a la creación en el orden cultural. Gogol y Tolstoi, lo probaron intensamente. La antigua idea mesiánica sobrevive en lo más hondo del alma del pueblo ruso. Pero lo que se transforma es el fin supremo, el simbolismo de esta idea mesiánica. Nacida en el seno de la vida colectiva e inconsciente del pueblo, esta idea cambia de nombre. Tan pronto se denomina la Tercera Roma del monje Filoteo, tan pronto la Tercera Internacional de Lenin; y esta Tercera Internacional, revestida de la doctrina marxista, hereda los atributos del mesianismo, de la vocación del pueblo ruso. El elemento internacional se enmaraña en tal forma y se une al sentimiento ruso nacional, que ya es difícil el separarles. El internacionalismo aparece como vocación nacional y toma el cariz de una idea rusa por excelencia. Los mismos resortes psicológicos les mueven. El comunismo marxista tiende a racionalizar la vida, pero se somete enteramente a la influencia de los elementos nacionales rusos, del colectivo inconsciente. La propaganda antirreligiosa reviste formas irracionales, animadas por un fanatismo idólatra. La argumentación casi científica en favor del ateísmo, que se deduce de los folletos de vulgarización popular, toma el

carácter de fanatismo idólatra. Anteriormente, en el nihilismo ruso la ciencia no fué nunca algo objetivo y ponderado; se transformaba en ídolo y se trocaba en dogma religioso. El mismo fenómeno sucede en el seno del comunismo ruso: las teorías científicas, las más dudosas, revisten en la lucha este carácter de símbolos. El marxismo que las masas comunistas conocen de manera imperfecta, en vez de ser considerado como teoría científica, es el portaestandarte de un símbolo religioso. El darwinismo, la concepción mecánica de la vida, etc., revisten las mismas apariencias. Si sois darwinistas sois partidarios de la clase obrera y estaréis entre los elegidos. Si profesáis las teorías de Lamarck pertenecéis al grupo de los explotadores, a los burgueses, os encarcelarán y estáis perdidos. Si sois "mecanicistas" en biología pertenecéis a los que han ganado la salvación; pero si sois vitalistas seréis excomulgados y os condenarán a la perdición. Los progresos de la física contemporánea despiertan desconfianza en el ánimo de los comunistas y patente hostilidad, porque han vislumbrado en los grandes descubrimientos científicos de nuestro siglo síntomas de reacción en contra del materialismo. Einstein, Planck, son considerados como los representantes de la reacción burguesa, clerical. Claro está que esto no tiene nada que ver con la ciencia objetiva. El marxismo tiene una significación muy diferente para los comunistas que para los socialdemócratas alemanes, por ejemplo, y para los mencheviques, "que son los socialdemócratas rusos"; éstos son igualmente marxistas y más consecuentes, pero su marxismo no les salva, no posee ese sello de simbolismo religioso, es incapaz de crear una teocracia a la inversa. Es interesantísimo observar que la fe comunista, desde el punto de

vista psicológico, tiende a adorar a la colectividad social futura y está lleno de sentimientos negativos más que de positivos. El comunismo no podría encerrar ningún dinamismo ni ese sentido patético, si no se tratara de la existencia de un enemigo formidable, que inspira sentimientos de ira y de odio. Este fenómeno parece creado por el tipo religioso dualista, por el maniqueo. Los elegidos de la fe comunista mesiánica son incapaces de vivir el pecado y su arrepentimiento; el mal es la propiedad exclusiva del dios malo, según ellos, que tanto puede llamarse burguesía universal, como imperialismo, como contrarrevolución. El mundo está separado en dos campos: en uno no hay más que luz; en el otro, tinieblas. La idolatría favorece semejante dualismo. Dejo a un lado por el momento al comunismo en sus propósitos de resolver el gran problema de la reorganización de la sociedad humana, de la supresión de las contradicciones de la injusticia y del mal que causó la sociedad capitalista en los siglos XIX y XX. No me preocupa en este instante estos particulares, el problema que me interesa es el psicológico. La estructura psíquica del comunismo no es más que una estructura religiosa en sentido inverso.

Aunque la revolución rusa haya operado grandes transformaciones en el alma rusa, su quintaesencia queda la misma. Fué plasmada por la fe ortodoxa, y aunque ésta se combate o haya desaparecido, persiste en el fondo. La negación ascética nihilista de carácter histórico se desata en destrucción de los valores de la cultura. La escatología y la conciencia extratemporal se concentran exclusivamente sobre el juicio final de la revolución social y sobre la ciudad futura, es decir, la sociedad comunista perfecta.

El absolutismo y el marxismo religioso revisten for-

mas de negaciones del valor de lo relativo, la negación de los grados sucesivos de la obra histórica. Estos rasgos están ya adulterados en la enseñanza ascética ortodoxa con respecto a la vida en Bielinsky, Dobrolionboff, Tchernichevsky, Pissareff, por el anarquista Bakunin y de manera distinta y con signos religiosos en Tolstoi. Estos han sido adaptados a una atmósfera social enteramente nueva por los comunistas convencidos, por los fanáticos y no por los "negociantes" del comunismo. La energía que antaño servía a Dios la emplean hoy en servir a los ídolos. Si la conciencia se transforma, lo inconsciente queda, según parece, idéntico. Pero la inmensa diferencia entre servir a Dios y servir a los ídolos, consiste en que al hombre que sirve a Dios lo asiste la Gracia, mientras el que sirve a un ídolo está exento de esta Gracia. El ídolo no ofrece alimento espiritual, no confiere la Gracia creada por un elemento torpe de las energías del alma; ésta no rige y el alma que está a su servicio se repliega sobre sí misma, se vuelve egocéntrica y no tiende hacia realidades sobrehumanas. Es el plano fatal del culto a los falsos dioses. La estructura religiosa permanece, pero le falta la ontología religiosa. El espíritu antirreligioso del pueblo ruso guarda en el fondo una huella indeleble de la fe de antaño. El campesino ruso, que en la narración de Dostoiewsky fusila al Santísimo Sacramento, lo considera, sin embargo, como algo sagrado. El sacrilegio supone siempre cierta fe en el objeto sagrado que ha sido profanado, si no este sacrilegio no tendría razón de ser. No cabe profanación en materia corriente y vulgar, y precisamente en la propaganda antirreligiosa incitan con frecuencia al sacrilegio, le dan enorme importancia; el que lo cumple no hace tan sólo un acto de pro-

fanación, pero entra en cierto modo "en relación" con algo particular, con el objeto profanado. Al mismo tiempo de la propaganda antirreligiosa asistimos en la Rusia soviética a un renacimiento de la Iglesia mártir y perseguida.

Por último, quisiéramos explicar en qué consisten las factores fundamentales del espíritu antirreligioso y el "pathos" del ateísmo, y es precisamente en el alma rusa que podemos estudiar este fenómeno. El espíritu antirreligioso se forma, ante todo, porque el alma no puede soportar la experiencia del mal y del sufrimiento personal y social, ni la tentación y la prueba ligada al problema de la Teodicea, de la justificación de la existencia de Dios. El conflicto entre la fe religiosa, la razón y la ciencia, debe ser considerado como la fase secundaria; no es más que un pretexto para no creer, del cual se sirve el alma para demostrar la pureza de su ateísmo y convencerse de su propio derecho a creer o a negar. Cuando el hombre dice a los demás que quisiera creer pero que los escrúpulos y la probidad científica se lo prohiben, se engaña a sí mismo. Esto quiere decir en realidad que su fe no ha resistido el embate de la vida, fuera de su consciente. Pero la fe no desaparece nunca por completo, se transforma, sigue existiendo bajo otros aspectos, puede torcérsele el rumbo con la razón, con la ciencia y ésta servir de instrumento para renegar de esa fe. El más grande de los genios rusos, Dostoiewsky, tenía una comprensión profunda de la estructura del alma y de la dialéctica del ateísmo, y particularmente del ateísmo ruso, e hizo más que nadie para revelar su esencia. Hay que buscar las raíces primordiales del ateísmo en la reacción del ser humano ante el

dolor y el no querer aceptar este dolor, es decir, aceptar la Cruz. La respuesta fundamental del cristianismo a la rebeldía atea contra el sufrimiento es que el Hijo de Dios mismo ha sufrido y que después de esto sufrir es llevar su Cruz.

LA "LÍNEA GENERAL" DE LA FILOSOFÍA SOVIÉTICA

I

He tenido ocasión de leer en este último tiempo un sinnúmero de obras de la literatura soviética que trataban de la filosofía y de la propaganda antirreligiosa de 1931, es decir, lo más reciente de la producción comunista (*). Lectura poco atrayente, pero, sin em-

(*) Entre los trabajos consultados figuran los siguientes: la revista *El Ateísmo Militante*, del año 1931; es la revista filosófica y científica de los comunistas; comprende una crónica importante de las diferentes corrientes intelectuales de Occidente. *El materialismo histórico*, publicado por la colectividad de autores del Instituto del Profesorado Filosófico Rojo, bajo la dirección de Raltsef, que apareció en 1931, obra que puede considerarse como capital o verdadera Enciclopedia del marxismo-leninismo. *Para la conversión al frente filosófico* (1931); *El antirreligioso*, revista metodológica científica del año 1931. *Conjunto de programas y métodos para la preparación a nueva actividad antirreligiosa*; Lenin, *De la religión*; Jarovslasky, *En el frente antirreligioso* (1924); Khoudiakoff, *La lucha de clases y la religión*. No he podido obtener, desgraciadamente, la revista intitulada *A la sombra de la bandera marxista*, que no representa la línea general, sino únicamente al grupo Deborin. El presente artículo presupone un conocimiento del marxismo clásico: así como los trabajos de Plejanof, Bogdanof, Buhkarin y otros autores, ahora todos en el índice comunista y reprobados. Me abstengo, pues, de nombrarlos. El principal trabajo y el tratado más importante hasta ahora es el libro de Buhkarin: *La teoría del materialismo histórico*. Ahora le tachan de herético, peligroso representante de una desviación hacia la derecha, la desviación kulak en el seno del partido comunista.

bargo, instructiva e interesante. En la Rusia soviética están elaborando un sistema filosófico sintético que representa al marxismo leninista enriquecido por la experiencia de la Revolución en su período constructivo, la experiencia revolucionaria que es la base del conocimiento filosófico. Rusia ve en este momento miles de miembros del partido que se dedican a la filosofía. El trabajo filosófico ocupa todo un sector en la obra de la edificación soviética socialista. Contribuye con una importancia extraordinaria a la elaboración de una filosofía integral. Ha existido hace años un seminario dedicado al estudio de la *Lógica de Hégel,* cosa que se podría realizar difícilmente entre los emigrados. Del debate filosófico que se inició hace cinco años y se prosiguió hasta ahora debía salir la *línea general* de la filosofía. Las más pequeñas faltas políticas en el interior del partido comunista se explican en un principio como errores de la filosofía —desviación a la derecha de Buhkarin, a la izquierda de Trotsky—. Los jóvenes filósofos soviéticos protestan enérgicamente contra toda tendencia a acercar nuevamente la filosofía a las ciencias naturales, tendencia denunciada como un error heterodoxo. La esclavitud del pensamiento es asombrosa, sin precedente. Sólo que es una esclavitud libremente aceptada, pues estos jóvenes están embargados por la Idea. Son creyentes y hombres que ignoran la duda. Un dogmatismo tal, una ausencia tal de escepticismo, es para sorprender a los occidentales. Los cristianos no conocen fe tan extraordinaria; esto se explica por la libertad espiritual de que gozan. La juventud soviética que se dedica a la filosofía está mejor preparada de lo que parece; posee conocimientos unilaterales, precisos, pero su nivel es bastante elevado. Estos jóvenes pen-

sadores están muy bien armados para defender su credo, su filosofía, y para atacar al enemigo. Tienen una doctrina escolástica, en lo que se parecen a los católicos. Pero ningún hombre eminente, ninguna figura que se destaque, ninguna personalidad; el pensamiento es aquí anónimo. Recuerdo la palabra de Dostoyewski: ''Ahogaremos al genio desde la cuna''. El trabajo se produce por el colectivo anonimato que elabora la línea general, sometido a sus directivas, verdadero Plan quinquenal en el sector filosófico.

Para la realización de este plan la teoría está estrechamente unida a la práctica, al plan de edificación económica del socialismo. A decir verdad, la filosofía soviética no es una filosofía. Esta supone la libertad del pensamiento; es problemática por esencia; el descubrimiento de la verdad es el resultado de una continuidad de operaciones que efectúa el conocimiento. La filosofía soviética es una teología; comprende una revelación, tiene libros santos, la autoridad de una Iglesia, sus doctores, supone la existencia de una ortodoxia y de herejías. El marxismo leninista se ha transformado en una escolástica *sui generis* y la defensa de su ortodoxia, es decir, de la verdad eterna, en su integridad, su discernimiento con la herejía alcanzan grados y sutilezas difícilmente concebibles para profanos. Esta es la meta a la que tiende la especulación y la instauración de la línea general del marxismo leninista. En la Rusia soviética la libertad de buscar a la verdad no existe en la discusión filosófica. Recuerda bien poco a los diálogos platónicos, no es el encuentro, el choque de diferentes pareceres del que brota la verdad. Consiste tan sólo en convencer de herejía y en excomulgar por causa de herejía. Cada individuo que colabora a esta obra vive con angustia,

no pudiendo prever cuáles serán las herejías de mañana. Los antiguos marxistas están casi todos excomulgados por herejes. (Plekhanof, Bogdanof, Lunartcharsky, Deborin, Buhkarin, Trotsky, Riarzanof, Kautsky y Kunof, entre los marxistas de Occidente). Estáis perdidos si contáis entre los antiguos marxistas que gozaron antaño de autoridad, como Plejhanof o Kautsky, y se significaron luego como socialistas traidores; en esta línea de la tradición marxista.

La línea ortodoxa comprende a Marx, Engels, Lenin y Stalin. Las directivas del partido son la base del trabajo filosófico. Este trabajo se efectúa bajo la amenaza de un temor constante a caer en herejía y los pensadores se hallan prontos siempre a alinear sus opiniones si éstas no cuadran con la línea general. Todo derecho a la reflexión crítica individual está suprimido y la única crítica posible es la colectiva. Parece que esto debería ser lo propio en una mentalidad conservadora, en un pensamiento autoritario y dirigente en donde la iniciativa creadora y la libertad están cohibidas y donde reside la inmutabilidad del pensamiento.

Se ocupan menos de sentar una verdad marxista que de excomulgar a todos los que se separan de esta verdad dogmática. Claro está que a nadie se le ocurre que el marxismo y el leninismo pudieran ser objeto de examen o de investigación.

Esta actitud lleva el apelativo de "revisión" y está severamente castigada. Uno de estos participantes a esta filosofía que escribió un trabajo sobre los orígenes de la religión se ve perseguido porque no ha dicho nada sobre la obra de Lenin, sobre el totemismo y la magia. Desesperado, dice que en Lenin no hay ni una sola palabra sobre el totemismo y la magia y que, por

consiguiente, no puede decir nada de ello. Se les reprocha a los autores, al citar en el texto a los sabios burgueses, el de poner tan sólo en el margen las notas sobre Marx y Engels. Al que llamaron al orden acusado del pecado de herejía de ''mecanicismo'' alega que en un día no puede cambiar de opinión, pide que le den tiempo para retractarse y declarar por fin lealmente que ha dimitido en todos sentidos.

La argumentación de los debates se reduce siempre a las citas de las Sagradas Escrituras. ''Lenin dixit'' (esto lo escribió Marx). Y, sin embargo, Lenin ha escrito: ''No queremos que todo se acepte a ojos cerrados y sea objeto de fe. Que cada cual yerga la cabeza sobre sus hombros; hay que revisarlo todo hasta el fondo''. Y es que Lenin pensaba entonces aún por sí mismo y no por la colectividad creada luego por él. Estas palabras de Lenin no echaron raíces, pero, en cambio, una gran parte de Rusia se ha apropiado de la jerga leniniana que decía: ''El materialismo dialéctico echa a la basura a esta inmundicia de canalla idealista que defiende a Dios''. Lenin leía asiduamente la *Lógica* de Hégel, al cual profesaba un respeto profundo, y escribía al margen observaciones que han sido publicadas como manual de filosofía; cuando Hégel defiende la idea de Dios, Lenin escribe al margen: ''Se ha enternecido con ese dios pequeño, canalla, idealista''. Este estilo grosero y soez es el que predomina en toda la literatura antirreligiosa y en toda la jerga de la propaganda. En la práctica, el pensamiento colectivo —el único autorizado— se le guía a vigilar secretamente, se le dedica al espionaje, a la delación. La filosofía se ha vuelto el monopolio del Gobierno; la especulación intelectual se ha vuelto administrativa. Lenin toma no sólo la dirección de la

filosofía, sino también de la física. El jefe genial del proletariado quiere ser un gran teórico. Toda la especulación filosófica de un cabo a otro consiste en una apreciación, en una estimación de valores del punto de vista ortodoxo y de la herejía, y por ello no cabe ninguna libre expresión del pensamiento.

La revisión del marxismo constituye una actitud "modernista" aun más odiosa para los marxistas leninistas que el modernismo católico para los católicos. Lo que hay de más curioso en todo esto es que Stalin no tiene nada de genial, ni entiende absolutamente nada en filosofía, y, sin embargo, se entromete en las directivas del frente filosófico. He ahí adonde lleva el trabajo que niega todo individualismo al pensamiento. De modo que a los jóvenes se les exige a cada rato que abdiquen toda opinión personal, se les obliga a renegar de toda obra en donde la doctrina señale el más pequeño extravío. En una sesión de la Academia Comunista —que parece un interrogatorio en la G. P. U.—, Jarovslavsky somete a Deborin a una verdadera tortura. Deborin es un discípulo de Plejanof, un antiguo menchevique, que escribió en otro tiempo artículos que podían ser interpretados como contrarios a Lenin y al bolcheviquismo. El desgraciado Deborin reconoce su culpabilidad, no es suficiente: exigen de él que manche y llene de vituperios a sus antiguas opiniones, que se someta a una severa autocrítica, que se fustigue a sí mismo. Deborin tentó de justificarse alegando que lo que escribía en 1906-1907 no se refería a Lenin, sino a Bogdanof; pero se siente que éste se halla al borde del precipicio.

El pensamiento filosófico no puede florecer ni ser creador en un medio en donde reina el miedo de la excomunión por la herejía de la denuncia y la exclu-

sión del partido. Y de allí proviene al fin y al cabo el continuo retractarse, la monotonía, los cortos alcances de toda filosofía soviética, los embrollos mezquinos, las inculpaciones y denuncias recíprocas, la necesidad de la mentira como principio. Este tipo de pensamiento es sumamente bajo y abyecto, bien que sea susceptible de desarrollarse a un grado extremo. En una atmósfera de esa clase, ni el talento ni el genio pueden manifestarse. Hay que decir, con inmensa tristeza, que todo eso es una horrible caricatura del cristianismo. El cristianismo es el primero en la historia que somete toda idea al crisol de la ortodoxia. El espíritu auténtico de la "comunidad" no es el de la colectividad, sino el colectivo, hostil a la personalidad, que se substituyó con demasiada frecuencia al espíritu de la verdadera comunidad.

Lo que hay de más original en su género en la filosofía de los marxistas leninistas es la idea de la unión indisoluble entre la teoría y la práctica. El pecado capital a sus ojos es la ruptura entre la filosofía y la política, y entre la contemplación teórica y la edificación social. El pensamiento teórico es considerado como burgués. Para ello el conocimiento nace del acto laborioso en sí. Por el contrario, la teoría abstracta es el producto de la escisión, del abismo que separa al trabajo intelectual del trabajo físico. Hay que salvar este abismo. El marxismo tiene cierto parentesco en la forma con la idea fundamental de N. F. Feodoroff (*), para el cual todo el mal proviene de la ruptura entre la razón pura y la razón práctica, de la formación de una casta de sabios que reclaman el advenimiento de una norma en el mundo para trans-

(*) Pensador cristiano admirable de fines del siglo XIX.

formarlo y mejorarlo, es decir, que esto se cumpla como obra común. Por mi parte, considero esta idea como muy rusa, y al fin y al cabo como muy cristiana. Sólo que en el marxismo leninista se halla desfigurada, pues le prestaron un carácter materialista. En eso como en otros tantos puntos de vista el comunismo es la caricatura de la verdad. Para éste el conocimiento de la naturaleza se realiza por medio del acto de la producción, lo que quiere decir que el conocimiento está enteramente supeditado al desarrollo económico como única realidad. La filosofía debe ser la potencia que dirige la acción revolucionaria y la que lleva la organización de la lucha política. Así habló Lenin. El problema de la verdad es un problema práctico. La verdad se revela en la acción. De donde se deduce que la ciencia y la filosofía deben estar al servicio del Partido, y no pueden hacer otra cosa. La imparcialidad científica es cosa imposible. Toda pretensión al objetivismo es ya un indicio de tendencia burguesa. Veremos más tarde las dificultades creadas por establecer este criterio de verdad. Los marxistas leninistas se encuentran forzados a ignorar la verdadera, la gran filosofía, y a su crítica no obedecen más que las formas vulgarizadas de la filosofía. Hay que considerar la causa en su concepción errónea de la práctica, es decir, al fin y al cabo de la vida, del ser, de la concepción falsa de los valores, pues todo depende de cómo apreciamos los valores. Una ciencia de clase es un contrasentido gnoseológico y lógico. Pero cosa incontestable, las deformaciones de la ciencia son posibles, pero existen efectivamente: no hay verdad de clase, pero existe un error de clase. Hay una parte de verdad —no de verdad de clase, en las imputaciones (en algunas)— del marxismo. Sólo que los mar-

xistas-leninistas llegan a una concepción sectaria de la ciencia, y ésta viene a tropezar con la ciencia objetiva, la verdadera. Llegan a imponer incluso en física a Lenin, y a condenar a Einstein y Planck, lo que es ridículo.

Lo que choca ante todo es la importancia que atribuyen a la existencia de un sistema filosófico. La política depende de concepciones filosóficas. Por ejemplo, han asignado el empeño a alguien de buscar el por qué del desvío de Trotsky. Y éste está determinado por la equivocación de su filosofía. Y Trotsky, por su parte, no tiene ninguna filosofía, ni ha escrito jamás nada sobre filosofía. Lo mismo sucede con el desvío de Buhkarin, denunciado como teórico de los *kulaks*, y determinado por su materialismo "mecanicista". El "mecanicismo" se acerca siempre a la derecha. Aquí el materialismo marxista-leninista se va hacia el idealismo; he ahí que para ellos es la conciencia la que determina el ser. Es difícil suponer que Buhkarin tiene intereses *kulaks* o Trotsky intereses capitalistas. Sus desvíos no pueden significar más que sus conciencias se han falseado. Y veremos en efecto que muy a menudo el materialismo de los comunistas rusos se vuelve hacia el idealismo.

En principio, los marxistas-leninistas, con su filosofía de clase, niegan la existencia de una naturaleza humana universal; es la negación del humanismo fundada sobre el reconocimiento de las bases comunes a la humanidad entera, sobre la idea de la universalidad. Y de este modo, toda discusión con los marxistas-leninistas se hace imposible. Al que argumenta, sólo por atreverse a levantar objeciones, le clasifican en otro tipo de conciencia de clase. La conciencia de clase del proletariado supone la iniciación previa a

un misterio invisible e inteligible visto desde fuera. La verdad de clase es una verdad sectaria, y no se descubre más que a los que han penetrado en el círculo de los iniciados. Una argumentación de tendencias universalistas no tiene aquí ningún sentido. Los hechos mismos están desprovistos de sentido, porque dependen de la conciencia. La conciencia proletaria, con su filosofía y su ciencia, con su moral y su política, quiere la ruptura absoluta con el pasado, reino de la universalidad; quiere la creación de un mundo nuevo y de un hombre nuevo. Es a esta conciencia que se reveló, según ellos, la verdad absoluta y definitiva. Lo mismo que Hégel, que considera que en su sistema ha establecido la verdad definitivamente y que el espíritu ha tomado conciencia de sí mismo, el marxismo considera que ha sentado la verdad una vez para siempre. El progreso ha cumplido su ciclo; y en adelante no cabe discusión sobre sus principios fundamentales. Idea que lleva a la racionalización definitiva del mundo, a la negación del misterio. El odio al misterio, la lucha contra el misterio, he ahí el ''pathos'' que mueve al marxismo. Para el marxismo el misterio no es más que el resultado de la anarquía de la producción, y está determinado por una contingencia. Estudiando de cerca la filosofía soviética contemporánea y la literatura antirreligiosa se siente claramente que por primera vez en la historia universal una secta atea se ha apoderado del mando y esto sobre inmensos espacios y sobre una inmensidad de seres humanos. La filosofía de esta secta está supeditada a un fin de carácter religioso: la propaganda antirreligiosa es el alma de esta filosofía. Esta definición del comunismo, considerado como secta atea, debe separarse del juicio sobre la parte puramente económi-

ca del comunismo. Esta secta medio social, medio religiosa, puede encerrar una parte de verdad y de justicia, pero alterada y pervertida. Y esta alteración, esta perversión, son el fruto de una idea fija, que no reconoce más que a un solo y único valor, desprendido de los demás valores, y erigido en absoluto, lo que equivale a la transmutación de lo relativo en absoluto.

Dos actitudes son posibles para el hombre, dos posiciones absolutamente divergentes. Y la faz de las cosas se cambia por completo según adopte una u otra postura. El hombre puede colocarse frente a Dios y al misterio del ser, al misterio de la existencia. Entonces tiene una conciencia pura, un corazón puro; entonces obtendrá la revelación, tendrá la intuición, y aparecerá el verdadero, el primordial espíritu creador; entonces el hombre ha de penetrar hasta la primitiva fuente.

Por otra parte, puede colocarse al hombre frente a otros hombres, frente a la sociedad. Ni su conciencia entonces ni su corazón pueden ser puros, la verdad revelada se altera, la religión misma no es más que un acto social y se extingue la luz de la intuición y el fuego ardiente de la creación se enfría y la mentira reina, siendo reconocida como socialmente útil, incluso indispensable. El hombre está definido por el cotidiano social, así sea revolucionario o conservador; entonces no acude a su fuente primera. Y la propia voz de Dios no se oye ya en su repercusión a través de la realidad social. Esto no quiere decir que el hombre no sea llamado a vivir en sociedad, que no deba actuar socialmente. Lo que significa es que el espíritu, mirando hacia el manantial primero del ser, debe determinar sus relaciones con la sociedad y no

ésta determinar su espíritu. Pues bien, hay que proclamarlo: el marxismo leninista no se ha colocado nunca frente a Dios y al misterio del ser; se coloca siempre frente a los demás y a la sociedad, a saber: frente al Comité Central del Partido Comunista. Y por eso no conoce a la revelación, no posee intuición. Su conciencia y su corazón están únicamente definidos por el ser social, es decir, por los demás hombres. Su especulación filosófica ignora lo irracional, está en la imposibilidad de plantear el problema de lo irracional. Esta orientación exclusiva hacia los demás hombres, hacia la sociedad; este alejarse de su fuente primera, da lugar a un charlatanismo, que quizá sea sincero y leal en ciertos individuos, pertenecientes a todos los partidos más o menos, tendencias, escuelas y sectas. Esto constituye un problema de sumo interés. En la filosofía de los marxistas leninistas este charlatanismo es sincero y capaz hasta de abnegación, está llevado al límite de su perfección: se vuelve un deber sagrado. Pero sólo la actitud de sumisión ante Dios y ante el misterio del ser procura la libertad.

II

El "colectivo" de los jóvenes filósofos rojos está elaborando *la línea general* de la filosofía marxista-leninista. Esta línea general representa el auténtico materialismo dialéctico; entendámonos, dialéctico, y no otra forma de materialismo. Este materialismo dialéctico está sostenido por la tremenda lucha de dos desviaciones; el materialismo "mecanicista" —Buhkarin y los científicos, Timoriazef y algunos otros— y el idealismo dialéctico— Deborin, con su discípulo Karef, y otros—.

Los representantes de la línea general usan de prescripciones dadas por Stalin con respecto al combate librado en el frente filosófico. Stalin decretó, en efecto, que la filosofía de Deborin no es más que idealismo menchevizante. La línea general tiene como deber el de captar la filosofía de lo colectivo, debe estar completamente exenta de toda opinión y de toda inclinación personal, pues piensa por ella el partido comunista, el proletariado, que se ha vuelto consciente. Sin embargo, es en el materialismo mecanicista donde se descubre el mayor peligro, materialismo que se relaciona con la desviación de la derecha del partido y con la ideología de los *kulaks*. Este tipo de materialismo es considerado como extraño al marxismo y

condenado por vulgar. Encuentran en él un obstáculo a la propaganda antirreligiosa, en vista de que es incapaz de satisfacer a los espíritus que se han alejado de la religión. Acusan al mecanicismo de ser una falsa concepción de la materia que degrada y a la cual le retira la vida y el movimiento que le son propios. El mecanicismo ve la fuente del movimiento en los rechazos que vienen del exterior y tiende a explicarlo todo por la acción del medio. Este tipo de materialismo no es nada activo. Conduce en sociología a atribuir una importancia determinante a las fuerzas productoras, es decir, a los fenómenos económicos separados de los seres vivientes, a reducir, por otra parte, la "actividad de las relaciones productoras", es decir, de las clases en lucha. El mecanicismo aplicado a los fenómenos económicos conduce a lo que la terminología soviética llama "autoderivación". Hay que entender por "autoderivación" la tesis que todo se produce por sí mismo, como consecuencia de un proceso económico objetivo independiente de la lucha de clases. A la luz de esta interpretación determinista del marxismo, de esta teoría de la "autoderivación", la dictadura del proletariado y la del partido comunista son imposibles y no tienen ningún sentido. Pero como la filosofía soviética es "activista" en su esencia, quiere ante todo justificar esta dictadura y su posibilidad hasta en un país rural, cuyo capitalismo está en condiciones de atraso, de escaso proletariado, y en donde predomina con mayoría aplastante la clase de los labradores. De modo que es difícil el saber quién tiene el papel preponderante: las fuerzas productoras o las relaciones productoras, el mecanismo del proceso objetivo de la producción económica o la dialéctica de la lucha activa de clases, que no admite

ningún límite a su voluntad revolucionaria. Esta cuestión adquiere una importancia filosófica capital. Se refiere a la oposición entre una concepción mecánicamente pasiva y a una concepción dialécticamente activa de la materia, es decir, de la fuente del ser. La cuestión se plantea también a propósito de la propaganda antirreligiosa: ¿van a desaparecer las creencias religiosas por la vía de la "autoderivación" o después de una lucha intensa contra la religión? He ahí por qué la línea general de la filosofía soviética es hostil a la ley de reflejos y la emprende resueltamente contra Pavlof y Bechteref, pues la teoría de los reflejos es una doctrina de pasividad, desfavorable a la actividad. Tiende a explicarlo todo por la resistencia pasiva al medio. Los teóricos del reflejo no admiten diferencia entre el hombre y el animal y niegan la naturaleza autónoma de la psiquis. Extraña queja en verdad en la boca de los marxistas-leninistas, que siguen llamándose materialistas.

El sentido de esta insurrección en contra del mecanicismo, contra la teoría de la acción del medio y de la autoderivación, puede aclararla el ejemplo siguiente: En Inglaterra estalla una huelga de mineros. Los teóricos del reflejo explican que esta huelga es debida a la reacción de los obreros por los actos del Gobierno. Explican la derrota de la huelga, de la misma manera, por el juego de las leyes naturales, por el estado del medio social. A lo que replican los marxistas-leninistas: —"vosotros pensáis que esta derrota se debe a la acción de las leyes naturales, y nosotros pensamos que la causa hay que buscarla en la traición y la cobardía de los socialistas ingleses—". Explicación puramente moral, como se verá. Este ejemplo no deja de ser significativo. La línea general

de la filosofía soviética no admite ninguna explicación por la sencilla remisión a las leyes naturales, a la marcha objetiva de las cosas; tiende a dar la razón de todo por la actividad del hombre, de las clases sociales, de la lucha contrarrevolucionaria. No existen en realidad leyes naturales inmutables; estas leyes pueden mantenerse o pueden observarse por la lucha, por la actividad social del hombre. De ahí proviene el odio declarado a todo naturalismo en sociología. El naturalismo supone siempre la legitimación de la pasividad, la negación de la actividad de los individuos, de las clases, de los grupos sociales, de los partidos. El mecanismo y el naturalismo no pueden justificar la actividad del hombre —del hombre social se entiende—, el único que existe para los marxistas-leninistas. Debido a ello el lado científicamente objetivo del marxismo que los sabios burgueses se complacen en poner en muestra, y que Pierre Struve hacía resaltar en otra época, deja el paso a una mística de clase, a una mística de la acción exenta de límite propio. El hombre social no es tan sólo la continuación y el desarrollo del mundo de los seres vivientes, como lo pretenden los mecanicistas y los naturalistas, es infinitamente más. El darwinismo, que es obligatorio allí en materia biológica, está condenado por la sociología. Condena que recuerda un poco a Mikhailovsky, sociólogo muy conocido por el año 70.

Los mecanicistas desconocen la calidad. Es el reproche que se les hace continuamente. Tan sólo los representantes de la dialéctica conocen la calidad. El materialismo dialéctico no identifica a la psiquis con el físico, como lo hacen los materialistas mecanicistas. La fórmula del materialismo dialéctico es la siguiente:

"Los fenómenos de la psiquis se presentan como la faz interna del proceso fisiológico. La unidad entre lo psíquico y lo físico no implica su identidad". Pero esto no es materialismo; esto es un paralelismo psicofísico. Henos aquí frente a la debilidad habitual del materialismo incapaz de definirse por sí mismo; y en sus tentativas por definirse se trueca en algo heterogéneo que ya no es el materialismo. En el fondo nadie sabe lo que es el materialismo puro, y los materialistas lo saben menos que nadie. Los marxistas-leninistas se levantan contra el materialismo grosero de Büchner y Moleschott, para los cuales el cerebro segrega el pensamiento como el hígado la bilis. Esta suerte de materialismo nació por la coacción que ejercía la ciencia vulgarizada que negaba a la filosofía su autonomía. Nuestros marxistas-leninistas pretenden ser filósofos y defienden los derechos de la filosofía contra los mecanicistas y el primado absoluto de las ciencias naturales. ¿En qué consiste para ellos la debilidad, la derrota del mecanicismo? He ahí la respuesta:

Es que los mecanicistas niegan a la dialéctica, no considerando a la materia bajo el ángulo dialéctico. Por consiguiente, su materia es inerte, muerta. Desconocen el más grande misterio de la materia: el "autodinamismo" (movimiento espontáneo). La dialéctica es una filosofía y no una ciencia. Y la filosofía posee una definición propia de la materia, distinta de la definición que nos da de ella la física. El mecanicismo no quiere reconocer el autodinamismo en la naturaleza material, la considera como inmutable, como eterna. Esa es la opinión de los materialistas franceses del siglo XVIII. El mecanicismo no percibe la contradicción que surge entre la materia y el "autodinamismo". Es precisamente por esta razón que no es

dialéctica. Efectivamente, Buhkarin no tiene ni idea de la dialéctica, y no reconoce más que un antagonismo sin dialéctica. Pero, según la teoría mecanicista, sin recurrir a la dialéctica es imposible el resolver las antinomias internas. La dialéctica debe de ser también una filosofía auténtica de la lucha y de la acción. El materialismo mecanicista es el heredero de las luces de la filosofía burguesa, es anterior a la dialéctica hegelomarxista. Y pasa por la tangente de la línea general de la filosofía soviética, y no da en el blanco. El mecanicismo en sociología es el naturalismo, el biologismo, teorías condenadas muy particularmente.

Para la sociología mecanicista —por ejemplo, en Buhkarin— todo está determinado o por la armonía o por el contraste con el medio. Pero por ahí se llega a la odiosa teoría de la autoderivación. En relación al punto de vista mecanicista se podría concebir el nacimiento de una sociedad nueva, que es imposible sin la lucha activa de clases. Se hacen las revoluciones, pero ellas no se improvisan a sí mismas; en ellas no sólo obra la necesidad natural, sino también la libertad humana, que es lucha y acción. Esto puede denominarse una filosofía del *titanismo social.* Esta filosofía no entra para nada en los cuadros del determinismo naturalista. Las protestas de los marxistas-leninistas se alzan también en contra de la reducción del complejo, al sencillo que imputan también a la ciencia burguesa. El peligro que representa la desviación mecanicista no es más que el de la substitución de la mecánica a la dialéctica; la ciencia fundamental a la cual todo converge sería la mecánica y no la dialéctica. Lo que significaría la negación del autodinamismo, por consiguiente, de la acción y de la

lucha. Para los mecanicistas las clases son pasivas en relación a las fuerzas productoras; en otros términos, en relación a la objetividad del proceso económico corriente. Buhkarin se manifiesta el defensor de los *kulaks* del campo, puesto que se rinde al proceso económico objetivo y no cree en el autodinamismo. Trotsky tampoco admite la posibilidad del comunismo en un país aislado y ve en la clase labradora a la clase enemiga de la revolución. Todo esto es muy lógico, muy coherente. También rechazan resueltamente la teoría de Mach. Pero la lucha contra ésta no es particularmente importante, el partido comunista no comprende en este momento ni a partidarios de Mach ni de Avenarius. Bogdanof y Lunatcharsky, que pertenecían entonces a la fracción bolchevique del partido, tentaron una conciliación del marxismo con la filosofía de Mach y de Avenarius. Bogdanof elaboró todo un sistema filosófico, el *empiriomonismo;* ensayó crear una ciencia de organización universal, la "tectología". Lenin se percató del peligro que presentaba la divulgación de esta herejía, y en su libro sobre *El materialismo y el empiriocriticismo* —el solo libro de alcance filosófico que jamás escribió—, de pensamiento precario, pero de gran fuerza polemista, se encaró con Bogdanof y Lunatcharsky; reconoció la filosofía de Mach y de Avenarius como culpable y de carácter reaccionario y burgués, incompatible, por consiguiente, con el marxismo. Bogdanof perseveró en su herejía filosófica, escribió muchas obras, desarrolló su sistema y se separó lealmente del bolchevismo durante la revolución. Ahora ha muerto, y sus ideas no ejercen ninguna influencia en el medio comunista. En cuanto a Lunatcharsky, no tuvo valor para defender a Avenarius, no escribe ya nada sobre

cuestiones filosóficas, no goza de popularidad alguna entre los jóvenes filósofos comunistas, que lo atacan duramente. La teoría de Mach —Avenarius está también incluído como réprobo— ha sido rechazada por el mero hecho de no ser materialista, quedando el materialismo como símbolo inviolable. Estáis obligados a hacer profesión de fe materialista, aunque el contenido de vuestra doctrina filosófica no sea materialista. Y la teoría de Mach es, por el contrario, un idealismo sensualista, por el cual el ser se resuelve en sensaciones y en complejos de sensaciones. Pero el mundo de las sensaciones se eleva por encima de la distinción del físico y de la psiquis. Para Bogdanof todo se vuelve organización de la experiencia en diferentes grados de su desarrollo. De modo que la línea general de la filosofía soviética se opone necesariamente a la teoría de Mach y de Bogdanof. Una filosofía de ese género es absolutamente ajena a la dialéctica; no se acerca a Hégel, sino al positivismo. Los marxistas-leninistas sienten la más viva repulsión hacia el positivismo y lo tienen como un producto de la mentalidad burguesa. Tan sólo la dialéctica es la filosofía de la acción y de la lucha. La organización de que habla Bogdanof no es absolutamente una teoria de la lucha, de una lucha nacida del choque de dos contradicciones. En su manera de comprender el proceso social, Bogdanof se revela naturalista.

El dinamismo es absolutamente contrario a Mach y a Avenarius y existía ya en la filosofía de Hégel. Interesa observar que a Bogdanof y a los discípulos de Mach se les acusa de inclinar hacia el idealismo y el mecanicismo. El mecanicismo, en este caso, resulta ser la aplicación de la especulación mecanicista a los fenómenos sociales. Los marxistas-leninistas no dirán

nunca que la vida no es más que sensación y un complejo de sensaciones, que la existencia es la organización de la experiencia, de la "cosa vivida". No dirán que la vida es una lucha en cumplimiento de actos que renovarán al mundo, y de edificación activa. Pero la lucha y la actividad suponen la realidad objetiva del mundo material, teatro de esta lucha y en donde estos actos se cumplen. La filosofía soviética es una filosofía de la acción y de la realidad de la materia, no es la experiencia del "ya vivido". El mundo flotante de las sensaciones que se ordenan en el proceso cósmico no constituye un ambiente propicio para la lucha. Bogdanof pensaba que había que empezar por formar una conciencia proletaria, y luego hacer la revolución comunista; de modo que no aceptó la revolución. También daba lugar preeminente a la cultura proletaria. Idea condenada y que no podía dejar de serlo, puesto que contradice lo que he llamado el titanismo social de los Soviets.

Existe una herejía aun más grave que la del mecanicismo: es la desviación de la dialéctica hacia el idealismo hegeliano. Desviación presentada por Deborin, el redactor de la revista *A la sombra de la bandera marxista,* que fué durante muchos años el órgano principal de la filosofía soviética. Deborin ha fundado una escuela de jóvenes soviéticos filósofodialécticos —con Karef y otros—; ahí también yace una amenaza aunque menos peligrosa.

La dialéctica está bien vista, es necesaria; la filosofía de la línea general debe ser una filosofía dialéctica. Sólo que la dialéctica no debería ser nunca idealista al cesar de ser materialista. Hay que venerar a Hégel, pues engendró a Marx, y Lenin veneraba a

Hégel. Pero Dios nos libre de inclinarnos al idealismo de Hégel, de someter al marxismo a una "revisión". Deborin sigue llamándose materialista; de otro modo no le dejarían vivir. Pero han querido vislumbrar en él y en sus partidarios una tendencia al idealismo que heredó de su predilección por esa dialéctica hegeliana. Y ya va demasiado lejos en su oposición al materialismo mecanicista. Con la tendencia de Deborin ha pasado lo que sucede con toda herejía: la parte de verdad que contenía —la oposición de la dialéctica al mecanicismo— ha pasado los límites; de donde provienen una mala dirección y ruptura de la armonía del sistema ortodoxo. Hay que reconocer los méritos de los partidarios de Deborin en la lucha contra los mecanicistas; pero han ido demasiado lejos en esa dirección y ahora hay que luchar con ellos. Deborin, Karef, etc., son acusados de separar a la filosofía de la política, de la lucha de clases; la dialéctica de ellos es demasiado abstracta y no se preocupa de la edificación social. Hay que dejar sentado que Deborin y sus adeptos no hacen propaganda antirreligiosa, que descuidan este particular y son indiferentes a esta gran obra. Su dialéctica es demasiado académica y no es bastante revolucionaria. La culpa principal que le imputan es la ausencia de toda crítica entre la dialéctica de Hégel y la de Marx, entre la dialéctica idealista y la materialista y revolucionaria. La dialéctica de Deborin queda abstracta y lo mismo la de sus adeptos. No se ve en ellos la dialéctica del proceso material que preside a la lucha social, no se interesan más que a la lógica. Además, Deborin ha tenido la desgracia de negar que Lenin haya sido un filósofo eminente y original; le dió más importancia a Plejanof en su

filosofía marxista. Y para el pensamiento de la línea general Lenin representa una fase del marxismo y del materialismo dialéctico, fase que corresponde al período de imperialismo y de revoluciones proletarias. En esta fase hay que despojarse definitivamente del materialismo metafísico como del idealismo. Deborin no lo entiende. Ha quedado en la fase de Plejanof.

En realidad, todo el grupo de Deborin da prueba de estar demasiado familiarizado con la dialéctica hegeliana; toda tentativa de pensamiento independiente es fatal para el materialismo, que es una forma de filosofía; pero la más ingenua y la más elemental de todas. Todos los jóvenes que se han puesto a reflexionar filosóficamente han acabado por someter a su materialismo a una revisión, aunque guardaron la denominación sagrada. En seguida fueron llamados al orden por las directivas. Deborin está ahora convencido del idealismo menchevique y, por lo tanto, le apartaron de la dirección filosófica.

Todos estos tipos de dialéctica filosófica, tales como el mecanicismo, la teoría de Mach, no reconocen al titanismo social y a la actividad sobrehumana. No es una filosofía de la lucha, pues es demasiado apacible. Atribuye, al fin y al cabo, a la conciencia la primacía sobre los fenómenos materiales. Considerándole de cerca, el materialismo dialéctico es una conciliación inepta de lo inconciliable; por lo tanto, o desaparecerá la dialéctica o el materialismo. Pero la línea general de la filosofía soviética se define como un término medio entre la herejía del mecanicismo —con la desaparición de la dialéctica— o la herejía de la dialéctica idealista —desaparición del materialismo—, que es el materialismo dialéctico revolucionario en su forma clásica coronado por Lenin. Lenin

denunció en el idealismo la parte de verdad que contenía, pero exagerada. Esta parte de verdad es la dialéctica. La filosofía soviética debe de nuevo conciliar lo inconciliable; para alcanzarlo debe modificar radicalmente nuestra concepción de la materia.

III

La filosofía marxista-leninista no admite más que dos actitudes filosóficas fundamentales: el idealismo y el materialismo, y la divergencia entre estas dos actividades se determina según la respuesta al problema capital de las relaciones del ser y de la conciencia.

El idealismo admite la primacía de la conciencia sobre el ser; el materialismo, la del ser sobre la conciencia. Si reconocéis que es el ser el que determina la conciencia y no al revés, sois ya por este hecho materialistas. Se ve con claridad lo superficial y ficticio de esta clasificación, que no está justificada por ningún punto de vista en la historia del pensamiento filosófico. Santo Tomás de Aquino hubiera sido considerado como materialista en este caso, pues reconocía la primacía del ser y no hubiera convenido jamás que la conciencia determine al ser. Yo estaría muy sorprendido que calificaran mi filosofía de materialista, y, sin embargo, estoy firmemente convencido que el ser determina a la conciencia y no a la inversa. Esta clasificación no prevé que se puede ser ni idealista ni materialista, ni siquiera semimaterialista y semiidealista. La filosofía cristiana no es ni idealista ni materialista: es realista. Tampoco se puede establecer relaciones ni con el idealismo ni con el materialismo en la filosofía existencial de Heideger o

de Jaspers. Los marxistas emplean el término de materialismo en lugar de realismo, estimando *a priori* que no hay más realidad que la realidad material. Toman ingenuamente el mundo material como única realidad objetiva. Para ellos, decir que el ser determina la conciencia es decir que la materia y el conjunto de fenómenos materiales determinan a la conciencia; en cuanto a ésta, no es más que un ''epifenómeno'', producto y reflejo del mundo material. El realismo de la línea general de la filosofía soviética es un realismo ingenuo; no ha padecido la prueba de la crítica del conocimiento; es un dogmatismo elemental. Nada más simplista y menos crítico que la teoría del conocimiento marxista-leninista. Lenin admitía un doble criterio de verdad: la concordancia con lo real y con la conciencia de clase del proletariado. Pasma la puerilidad y la insuficiencia de esta postura que debe decidir de toda la filosofía. Lenin habla de concordancia con lo real. ¿Qué entiende por eso? Los marxistas-leninistas no han intentado siquiera plantear ese problema sobre el cual ha penado el pensamiento filosófico desde la más remota antigüedad. ¿Cómo es posible el *trans-sensus,* el salto por el cual el pensamiento, la conciencia, pasa a la realidad objetiva? ¿La operación de nuestro conocimiento no racionaliza a lo real irracional? Nunca se ha supuesto que lo real, que lo objetivo, pueda ser espiritual; que el ser que determina la conciencia sea espiritual. Pero sobre todo, este doble criterio de verdad supone una armonía preestablecida, de un género particular entre la faz subjetiva y la faz objetiva de lo real. De modo que la concordancia con lo real vuelve siempre a referirse a la concordancia con la conciencia de clase del proletariado. Tan sólo la filosofía de clase

y la ciencia proletaria corresponden a lo real, están libres de las ilusiones y errores de la conciencia. El doble criterio subjetivo y objetivo de la verdad y del conocimiento no son los frutos del saber, ni un postulado puramente cognoscitivo. Es un objeto de fe mesiánica en el proletariado. Este acuerdo del pensamiento del proletariado con la realidad no puede ser más que objeto de la fe, no del saber racional.

Ante todo aparece aquí que el proletariado que piensa y tiene conocimientos no es el proletariado empírico, el proletariado de hecho; es un proletariado ideal, que lleva en sí la idea del proletariado, idea que se reveló a Marx por primera vez. Pero entonces la conciencia del proletariado no puede ser verdad mientras no sea trascendental y no empírica, y así, el criterio de verdad se trueca en criterio ideal. La teoría del conocimiento marxista-leninista no llega muy lejos; puede condensarse en algunas frases. Y no puede ser de otro modo. El materialismo no puede tener una teoría del saber. Y su criterio de verdad no puede ser más que elemental, precediendo a la intervención de la reflexión crítica.

No puede descubrirse ningún criterio de la verdad bajo el punto de vista materialista: ni en el sujeto que tiene conocimientos, ni en el objeto, no pudiendo aportar el mundo material al conocimiento ningún criterio acorde. Hay que recordar también que los marxistas-leninistas son los enemigos acérrimos del escepticismo, del agnosticismo y del positivismo, en los cuales ven a un producto de la burguesía. Con el pensamiento y la inteligencia se llega a transportar al mundo material y ahondar hasta en la materia misma. Entonces la realidad material determina a la conciencia y hace posible el conocimiento, porque

la conciencia y el pensamiento virtual están en ella. Abreviando, el materialismo dialéctico de los marxistas-leninistas viene a tergiversar completamente el concepto de la materia, a crear un mito de la materia y de sus propiedades divinas.

La ontología del materialismo dialéctico tiene como punto de partida el dogmatismo más vulgar, que no se diferencia en nada del materialismo mecanicista.

El mundo material existe; existe independientemente de la conciencia, no teniendo ni principio ni fin en el tiempo y el espacio. No hay más ser que el mundo de la materia. A veces se subraya la diferencia que existe entre la substancia y el fenómeno, discernimiento destinado a apuntar que el materialismo dialéctico no es un fenómeno sencillo. La materia es substancia y no es fenómeno. La serie de proposiciones que siguen presentan una mezcolanza de panlogismo hegeliano y un materialismo de los más vulgares. La casualidad se encuentra en las cosas mismas, en la materia. Las categorías lógicas son relaciones y lazos que unen a las cosas reales entre sí. Lo general está incluído en lo particular. El conocimiento es un reflejo verídico de las cosas. El pensamiento, una forma de movimiento de refracción de la evolución universal en el hombre social. Este es el argumento que se emplea en contra del cristianismo y de toda religión, y es de tan vulgar naturalismo, a saber, que la tierra existía antes que el hombre. La materia es un absoluto, el conocimiento absoluto. Todo elemento agnóstico o de fenomenalismo no cuenta. El materialismo dialéctico es un sistema del absoluto. Porque el absoluto existe y se reconoce plenamente. El relativismo que debería derivar lógicamente de una

concepción materialista de la historia es odioso al materialismo dialéctico soviético. La concepción funcional de la causalidad de Marx es tenida por reaccionaria y burguesa, lo mismo que todo positivismo relativista y que todo escepticismo. De la duda metódica de Descartes no hay ni rastro. Y entonces el mundo es la materia en movimiento en el espacio y en el tiempo: Verdad absoluta que descansa sobre una realidad absoluta. Pero a la materia la gratificaron de propiedades inusitadas; todas las riquezas del ser han sido transferidas al interior de la materia. Y así la materia se vuelve espiritual, está llena de vida íntima, es el pensamiento, el logos, la libertad. No sólo la sensación pertenece a la materia, sino infinitamente más que la sensación.

Se ve a las claras que un tal sistema es, propiamente dicho, hylozoísmo y no materialismo. El movimiento de la materia representa al mismo tiempo la evolución del mundo, el paso de lo inferior a lo superior. La causa de la evolución es el autodinamismo de la materia en el mundo. La concepción de la evolución, de lo inferior a lo superior, resulta particularmente ingenua según la expone el materialismo dialéctico, pues la distinción entre lo superior y lo inferior descansa sobre un juicio de valor previo y supone una jerarquía de los valores. El problema de los valores no está ni siquiera planteado. La idea fundamental del materialismo dialéctico es la del autodinamismo, que recibe en la línea general de la filosofía soviética un desarrollo tal que permite considerarle como una nueva aportación, una creación original con respecto al antiguo marxismo. Esta idea metafísica del autodinamismo está llamada a justificar y a explicar el curso de toda la política comunista. El mo-

vimiento, en el universo, se produce siempre como consecuencia de un autodinamismo inherente a la materia, no como consecuencia de un choque exterior, como lo explica el mecanicismo. La dialéctica debe oponerse a la mecánica. La dialéctica enseña que el origen del movimiento es la contradicción que desde dentro propulsa al movimiento. El movimiento, es decir, la variación, supone el ser y el no ser. Esto lo han encontrado en Hégel evidentemente. La filosofía soviética va tan lejos que llega a admitir el movimiento espontáneo en la materia (cf. *El materialismo histórico,* pág. 77). Esta espontaneidad les agrada particularmente. En ella halla su justificación la metafísica de la dictadura del proletariado, así como la posibilidad del comunismo en un país atrasado y de economía rural. Esta convicción constituye una garantía contra todas las desviaciones posibles. El libre albedrío acabaría casi por ser inherente a esta materia, lo que recuerda bastante ciertas ideas recientes de algunos físicos contemporáneos sobre el libre albedrío de los átomos. Toda interpretación del marxismo en cuanto a determinismo absoluto, especialmente en cuanto a determinismo social, está rechazada resueltamente.

Iré hasta a asegurar que la línea general de la filosofía soviética ha llegado a un indeterminismo de carácter tan especial, sistema indispensable a una filosofía de lucha y acción. El marxismo ha enseñado siempre, lo mismo que Hégel, que la libertad es una necesidad reconocida. Y mientras conserva esta idea, el marxismo-leninismo define a un mismo tiempo a la libertad del movimiento espontáneo de cada partícula material. Todo se halla así determinado por el interior, ya no por el medio, y así se acerca a un sis-

tema espiritualista. Los marxistas-leninistas tratan con desdén a toda aclaración por el medio, llamado siempre mecanicismo.

Todas las propiedades del espíritu hegeliano pasan a la materia; y es por eso que en ella aparece la dialéctica. La dialéctica, la contradicción interna, el autodinamismo están en el mundo, por lo mismo que el panlogismo es inherente a la materia. La historia tiene su lógica propia, y hasta en la lucha de clases se revela esta ineluctable lógica. Dirán hasta que hay que tomar de la negación lo que hay de más estimable en el pasado. En cuanto a la revolución, se define como un salto, como una solución de continuidad en el paso del cuantitativo al cualitativo. Pero la negación radical, y llena de animosidad de toda la historia del pensamiento en el pasado, está en contradicción con la dialéctica. El desenvolvimiento dialéctico supone que el pasado entra, por lo menos en parte, en el porvenir; que en la síntesis hay la tesis y la antítesis. Pero para el marxismo-leninismo la historia empieza con él, lo que es absolutamente antidialéctico. Pasa contínuamente de la dialéctica al materialismo vulgar, y al fin y al cabo al odioso mecanicismo, y no puede ser de otro modo. El materialismo dialéctico queda siempre en posición poco airada, engendra un perpetuo conflicto entre la dialéctica y el materialismo. Toda la serie de afirmaciones del materialismo dialéctico presentan un carácter vulgarísimo. Por ejemplo, no se sabe por qué está admitido que el alma forme parte del mundo sobrenatural cuando el hecho de rechazar al mundo sobrenatural significa la negación del alma. La idea de alma no es más que una idea de "explotador". En las religiones modernas se esfuerzan en descubrir la presencia del animismo en

los primitivos. Sin embargo, la cualidad propia de la psiquis está reconocida. Todo lo particularmente inepto parece la afirmación del carácter burgués y reaccionario que contiene la teoría de los electrones, de los cuantas y de la relatividad. Es la negación de todos los descubrimientos de la ciencia, de toda la física contemporánea, para encontrar bien precisamente las teorías reaccionarias. Y esto porque reprochan a los físicos llegar a una negación completa de la materia, les oponen la física del proletariado y de Lenin. Pero como ni Lenin ni el proletariado saben nada de física, ni han hecho ningún descubrimiento en ese campo, no les queda otro recurso que volver a las teorías ya anticuadas (en desuso en el siglo XIX). Repiten sin cesar que la física debe ser dialéctica, pero esa afirmación queda cual declamación puramente verbal. En el *Ateísmo militante* exponen a veces de manera muy sensata y hasta imparcial teorías filosóficas y científicas de Occidente. Hay un artículo bastante inteligente de los *Als Ob* de Vaihinger. Pero después de un enunciado bastante objetivo le colman de improperios y de invectivas groseras.

A la filosofía del funcionalismo de Vaihinger la clasifican de filosofía burguesa en descomposición y completamente reaccionaria. Pero no se toman el trabajo de demostrar por qué la filosofía de Vaihinger —de la cual exageran la importancia— es burguesa y reaccionaria. Es probablemente porque es escéptica, relativista, que pone en duda la existencia de la realidad en la cual el hombre está llamado a cumplir sus actos. La acción se determina por la percepción de la realidad. Todo el pasado ha vivido en estado de engaño consciente o inconsciente; no sentía las realidades tal como son, y no podía obrar sobre

la realidad. Una sola y sempiterna verdad puede oponerse a todas las ideologías del pasado: la verdad moral que reprueba la explotación y la opresión de las masas.

En la realidad, toda esta concepción descansa sobre la hipótesis de que hay identidad entre la naturaleza objetiva de la verdad y el subjetivismo de clase del proletariado. Si esto se pone en duda todo está perdido. Numerosos espíritus, y entre ellos marxistas, han visto en el materialismo histórico un método y no una teoría o un dogma susceptibles de revisión y de un desarrollo ulterior. Los marxistas-leninistas, por el contrario, insisten expresamente sobre este punto: que el materialismo histórico no es sólo un método, sino una teoría, una doctrina, un sistema de dogmas. Y no puede ser de otro modo: nada más que así adquiere su filosofía un carácter teológico, y su doctrina es una doctrina religiosa. Hay que observar que los marxistas-leninistas adulteran sistemáticamente la terminología de la filosofía tradicional. La iniciativa la dió Engels, que oponía arbitrariamente la dialéctica, la concepción dinámica de un universo que fuera movimiento y desarrollo, a la metafísica, concepción estática del mundo. Si vamos a eso, se debería llamar a los idealistas alemanes de principios del siglo XIX antimetafísicos, y a los materialistas franceses del siglo XVIII, metafísicos. He ahí por qué los filósofos de la línea general llaman a Buhkarin un metafísico, y, en efecto, no comprende la dialéctica. En realidad, la dialéctica es metafísica (la dialéctica de Platón, de Hégel), aunque otra metafísica que no es dialéctica sea igualmente posible (por ejemplo, la de Santo Tomás de Aquino, la de Spinoza).

No es justo oponer el idealismo al materialismo.

Es el realismo el que debe oponerse al idealismo. En cuanto al materialismo, se opone más bien al espiritualismo. Ya la teoría de Marx conviene llamarla más bien sensualismo que idealismo. La noción misma de idealismo es una noción compleja. El idealismo de Platón nació de la lucha contra el sensualismo y presenta un carácter ontológico. El idealismo de Kant tiene otro carácter, y en cierto modo es opuesto al idealismo platónico.

El objetivismo fenomenológico de Husserl se acerca más al idealismo platónico y al realismo medieval. Pero todos estos matices se esfuman a los ojos de los marxistas-leninistas. Hecho significativo: No reconocen y critican más que las corrientes secundarias y ya anticuadas del pensamiento filosófico occidental. Los sistemas que les parecen significativos que están difundidos ahora en la civilización "burguesa" son: el idealismo de Kant, Avenarius, Mach, Vaihinger y el positivismo. Mientras la corriente filosófica realmente característica e interesante de ahora es: la fenomenología de Husserl, la de M. Scheler, Heidegger, K. Jaspers, el realismo metafísico de N. Hartmann, la vuelta al hegelianismo de Kroner; en Francia, el tomismo, la teología dialéctica; en Alemania, el panmatematicismo idealista de Brunsckwick, la *Existenz Filosofie* de Kierkegaard. Todo esto queda fuera del horizonte de los filósofos soviéticos, lo ignoran sencillamente. En su apologética, están los marxistas-leninistas tan atrasados como lo estaba la ortodoxia. No tienen la menor idea del problema de lo irracional, el problema fundamental de la filosofía moderna. Los sistemas irracionalistas no están previstos por el materialismo dialéctico, que está fuera de lo problemático en el pensamiento filosófico mundial. No existe

en general ninguna problemática para los marxistas-leninistas. Hay en ellos el enmohecimiento de un pensador de provincia. Aunque quede al término de materialismo el valor de un símbolo sagrado, este término ha dejado de designar un sistema definido. Hay que crear una filosofía de la lucha, una filosofía de la acción. Hay que justificar filosóficamente la revolución proletaria y la dictadura proletaria que se produjo independientemente de la acción de factores exteriores de la evolución y sin intervención del elemento cuantitativo del proletariado: es menester fundar absolutamente esta posibilidad sobre el elemento cualitativo de la clase revolucionaria. Ahí está, se ve sin trabajo, un cambio esencial aportado al marxismo. El leninismo no es ya el marxismo. Es una filosofía de la cualidad, no de la cantidad; es una forma de idealismo muy particular y muy avanzada. La realidad del comunismo es en cierto modo cerebral, idealista, fantasmagórica. Lo que no hace más que demostrar el poder de la idea, el poder de la acción humana, la potencia transfiguradora de los mitos y los fantasmas. El hecho de la existencia del comunismo en Rusia es la refutación del materialismo.

IV

La difusión del ateísmo militante, la propaganda antirreligiosa constituyen uno de los empeños capitales de la filosofía soviética. Es para cumplir con este propósito que en gran parte se adoptó esta filosofía. Se les reprocha a los mecanicistas que su teoría es incapaz de suplir la fe de las almas, que se alejan de la religión, siendo su materialismo demasiado vulgar, demasiado elemental. En cuanto a los partidarios de Deborin, les reprochan la indiferencia con que miran la propaganda antirreligiosa. Conforme al artículo 13 de la Constitución comunista, todo comunista debe ser ateo y hacer propaganda antirreligiosa. El comunismo no puede ser cristiano; no admite ninguna otra religión. Hubo a este propósito todo un incidente, pues el comunista sueco Hedslund quiso sostener que un comunista puede ser cristiano y creyente, que es una cosa privada. Fué vivamente combatido y maltratado por Jarovslavsky. Está probado en adelante que la religión, las opiniones religiosas no son de carácter privado, como lo pretenden los partidos liberales-demócratas, sino una cuestión social. El hecho de que los liberaldemócratas consideren a la religión como asunto personal ha hecho que les acusen de traidores. Lenin ha establecido firmemente el principio

siguiente: la religión es asunto de carácter privado en un Estado burgués, y debe exigirse la separación de la Iglesia y del Estado; pero en el partido comunista *la religión ya no es considerada como asunto personal.* Las relaciones de los comunistas con la religión son asunto de carácter privado en los países burgueses; estas mismas relaciones, en el seno del partido comunista, son cuestiones de partido. Una vez enrolado en el Partido, el comunista debe ser ateo y ateo militante. Estas exigencias han sido un poco morigeradas en favor de los obreros y de los campesinos admitidos en el Partido, y en caso de que acepten todo el programa aunque no estén aún exentos de todas las supersticiones y de todos los prejuicios religiosos.

En las cuestiones de propaganda antirreligiosa se establece una distinción expresa entre la lucha antirreligiosa de la filosofía de las luces y la lucha antirreligiosa revolucionaria del proletariado, diferenciación que se puso en evidencia por la actitud adoptada frente a Plejanof. Sus miras sobre la religión han sido criticadas especialmente en un artículo de *El Ateísmo Militante.* Plejanof es el fundador del marxismo ruso y de la socialdemocracia rusa; en su tiempo tuvo gran influencia en la socialdemocracia internacional, pero ha perdido toda autoridad entre los jóvenes marxistas y leninistas; lo han reconocido como traidor a la causa social, menchevique y representante de la IV Internacional. Creo que hasta cierto punto tienen razón cuando los jóvenes marxistas-leninistas llaman a Plejanof el adepto de la filosofía de las luces. Plejanof es el prototipo de la antorcha del pueblo, en el que viven los principios del materialismo de las luces del siglo XVIII. Nuestros marxistas-

leninistas consideran que no toma bastante en serio lo de la religión. Su lucha contra la religión tiene un carácter intelectual, científico. Piensa aún que las creencias religiosas se extinguirán por sí mismas en cuanto las masas tengan luces. De donde proviene el reproche que le han hecho de ignorar o desconocer el carácter de clase que tiene la religión y la necesidad de una lucha de clase contra la religión. La lucha antirreligiosa de la filosofía de las luces es la lucha del librepensamiento burgués. Pero el marxismo-leninismo no es librepensador y desprecia al radicalismo burgués librepensador. La lucha científica de la filosofía de las luces contra la religión no es más que un medio en la lucha de clases contra los explotadores. Plejanof no ha comprendido el papel de explotación que tiene la religión. Los jóvenes filósofos soviéticos de la línea general desechan todas las teorías de carácter científico sobre el origen de la religión y del cristianismo; pues todas esas definiciones las califican de burguesas, y atacan a marxistas como Kunof, Plejanof y Kautsky, que emplean teorías y definiciones burguesas. Kunof, que gozaba de autoridad hace muy poco entre los marxistas y cuyo trabajo *El nacimiento de la religión y de la creencia en Dios* ha sido editado por el "Gossisdat" (casa editora del Estado), y fué muy recomendado entonces por la propaganda antirreligiosa, es ahora aborrecido y criticado y han prohibido usar ese libro para la propaganda antirreligiosa. Kunof es positivista y no es un materialista dialéctico; sigue las teorías de Taylor y de los otros sabios burgueses sobre el animismo. Desconoce el carácter social, el carácter de clase que ha tenido siempre la religión. Han sido rechazadas todas las teorías burguesas relativas a las

creencias religiosas; animismo, naturalismo, totemismo, así como la escuela mitológica en la explicación que da del cristianismo (la negación de carácter histórico de Cristo quedando, sin embargo, obligatoria), y, por fin, el psicoanálisis freudiano aplicado a la religión. A todo esto no le encuentran más que una dificultad, y es que Marx y Engels mismos se inclinaban ante la teoría naturalista del origen de las creencias. La menor alusión de la influencia que puede haber tenido la religión en el pasado, aunque éste sea remoto, les llena de ira. Los marxistas-leninistas se han colocado en un punto de vista absolutamente antihistórico: extienden su lucha presente contra la religión a toda la historia pasada. Consideran que en todo tiempo la religión ha engendrado la opresión social y la explotación. Los ataques al cristianismo no apuntan más que a las formas del cristianismo las más vulgares, a las más rudimentarias y simplistas en el sentido intelectual de la palabra, formas de la superstición las más obscurantistas. Ignoran por completo las glorias del cristianismo, sus santos, sus ascetas y los grandes pensadores cristianos, o fingen ignorarlos.

La propaganda antirreligiosa señala a menudo, hay que confesarlo, las faltas que cometieron las cristianos, y en las que hay que convenir, pero no alcanza jamás al cristianismo en su esencia. Es muy triste, en verdad, el tener que reconocer que las imputaciones hechas por Jarovslavsky en un artículo en contra del cristianismo histórico son fundadas casi en su tercera parte, pero la falta recae únicamente sobre los cristianos. En cambio, jamás ni una palabra de las aportaciones y realizaciones espirituales, las más elevadas de la vida religiosa. Los lectores que carecen de

instrucción y leen las obras de propaganda antirreligiosa deben conservar la impresión que jamás los hombres de alta cultura y de vida intelectual elevada, los hombres dotados de genio creador auténtico en busca de verdad y de justicia en la vida, han sido creyentes y religiosos.

El ateísmo militante[3] de la filosofía soviética está dirigido en contra de toda religión y de toda creencia. Pero la punta más acerada se dirige en contra del cristianismo. Apuntemos como característica la suerte hecha al libro de Kaustsky *Del origen del cristianismo*, considerada en otros tiempos como la obra fundamental sobre el cristianismo. La obra reeditada durante el período soviético con una introducción de Riazanof, era utilizada, como el libro de Kunof, para la propaganda antirreligiosa. Pero hoy en día está severamente prohibido hacerla servir para estos fines: se acordaron de que Kautsky había sido un socialista traidor, un menchevique, un adversario del bolchevismo; todos sus errores, se imaginan ellos, sus faltas y traiciones provienen, con toda evidencia, de sus opiniones históricas erróneas y antimarxistas. Los marxistas-leninistas no admiten que la práctica pueda ser mala y la teoría verdadera: para ellos todo es lo mismo. Kautsky veía en el cristianismo primitivo el efecto de movimientos proletarios en el Imperio romano; veía en la figura de Cristo —el problema de su historicidad le parecía sin importancia— una figura de rebelde y de revolucionario, y no estaba muy lejos de reconocer al cristianismo primitivo un carácter comunista, no obstante su diferencia marcada: del comunismo de consumación al de hoy en día. *El Ateísmo Militante* consagra al libro de Kautsky un artículo especial bastante bien compuesto. Está

terminantemente prohibido atribuir al cristianismo primitivo un carácter proletario y comunista. Este argumento no puede ser empleado en la propaganda antirreligiosa, pues correría el riesgo de realzar el prestigio del cristianismo a los ojos de las masas y de crear simpatías en su favor. El punto de vista del infortunado Kautsky, aunque se limite exclusivamente a señalar los fenómenos económicos, está declarado de alcance teológico (lo que es verdaderamente cómico). Por otra parte, Kautsky explica el nacimiento del cristianismo por el medio histórico y la adaptación a ese medio. Pero esta explicación, a su vez, está tachada de mecanicista. El fenómeno cristiano, según ellos, debe explicarse por la dialéctica interna de las clases, por la lucha social de los hombres entre ellos, por su autodinamismo. El cristianismo, como toda religión, ha sido desde un principio un mal social de clase, no un bien. Y acababan por sostener que en el culto primitivo de los cristianos había sacrificios humanos, se derramaba sangre, y que existía la comunidad sexual. Que nunca hubo persecución por parte del Imperio romano; que aquéllo no es más que una invención. Y las expresiones que se encuentran en estas aseveraciones son tan absurdas, tan ineptas, que dejan atrás a toda imaginación. Por ejemplo, escriben en una de estas obras: "Detrás de las figuras de Buda y de Cristo asoma la faz impudente del capitalismo". Las culpas del cristianismo en el curso de la historia dieron lugar a que dijeran enormidades semejantes. Todo lo que se escribe en la literatura soviética sobre la religión con pretensiones científicas está a un nivel infinitamente inferior al de la filosofía de la línea general, que representa, a pesar de todo, cierto esfuerzo inte-

lectual. Pero aquí la pasión de partido y la animosidad paralizan definitivamente el pensamiento. Sin embargo, utilizan con mucha habilidad todos los medios para impresionar a las masas. Gran número de procedimientos han dado en el blanco psicológicamente. ¿En qué consisten estos temas fundamentales? ¿Cuáles son los puntos vulnerables sobre los que aciertan a dar en el blanco?

La definición dada por Lenin de la religión explicando la necesidad de la lucha del ateísmo militante, es reconocida como única definición conforme al espíritu de la línea general de la filosofía soviética y la única definición científica. Según Lenin, la religión es un instrumento de explotación tóxico espiritual; y ante todo existe como clase. La religión ha sido en todo tiempo un instrumento de explotación y de opresión; nunca tuvo valor positivo, nunca ha sido guía, jamás libertó a nadie, jamás contribuyó a mejorar la vida. Nunca defendió los derechos de los oprimidos; ha mantenido siempre el estado de cosas existente, la inmovilidad social. La literatura antirreligiosa soviética continúa con los argumentos de Marx y de Feuerbach, pero en forma más burda. Los consuelos de ultratumba desvían de la preocupación de mejorar la vida terrenal. La religión procura una felicidad imaginaria y refleja la desgracia real del hombre. El símbolo del cristianismo no es más que la expresión de las relaciones sociales con la desigualdad, el dominio de unos sobre los otros, la opresión. Pero he aquí el argumento de fondo de la literatura soviética antirreligiosa: *la religión en general, y en particular la religión cristiana, es la negación de la actividad humana.* La actividad es atribuída a Dios, mientras el hombre es pasivo. El cristianismo enseña

a soportar, a sufrir la injusticia y la desigualdad sobre la tierra y a esperar del cielo la beatitud y la justicia. Si la filosofía soviética se aferra al materialismo de tal modo es porque el materialismo es la negación radical de toda trascendencia y del más allá. Lo que más odian los comunistas es la trascendencia y al más allá, y ven su mayor enemigo en la fe en un mundo trascendente, en la existencia de un ser trascendente. A esto se refiere el tema predilecto y el que utilizan de preferencia para la propaganda antirreligiosa, el argumento considerado como el más convincente: los creyentes cuentan con el milagro para mejorar su vida y con la gracia divina. Celebran oficios para pedir buenas cosechas o para que cese la sequía, en lugar de perfeccionar la técnica de la economía rural, en vez de instalar tractores. Esto paraliza la actividad del hombre. Consideran a la técnica como el más poderoso instrumento de la lucha contra la religión. Los métodos de propaganda antirreligiosa son, sobre todo, apropiados al medio de los campesinos. Están calculados para surtir efecto en las formas de superstición y menguan efectivamente la actividad del hombre. En el curso de la historia se ha usado mucho del argumento de que el cristianismo paraliza la actividad del hombre. Pero esto no tiene nada que ver con la esencia del cristianismo, con la religión de Dios-Hombre. El cristianismo no enseña que hay que esperarlo todo del milagro, que sólo Dios es activo y no necesita serlo el hombre. Sin embargo, es el argumento sobre la pasividad del hombre que queda el más poderoso de los argumentos del que se sirve la propaganda antirreligiosa; plantea el problema de la conciencia explícita del cristianismo y de la justificación de la actividad humana. Los

marxistas-leninistas creen que la racionalización de la economía suprimirá a la mística y a la religión y no dejará ya sitio alguno al misterio. Es la anarquía de la producción capitalista la que engendra las creencias religiosas. Argumento insubstancial y que no corresponde a la realidad, pues es precisamente en el período capitalista que las creencias religiosas se han entibiado, y son las contradicciones del régimen capitalista que llevaron más bien al ateísmo. Los marxistas-leninistas creen que la economía hace depender la vida de los hombres de la actividad organizada; suprimiendo la intervención del azar suprimirá de golpe la religión y traerá el triunfo del materialismo. Pero no hay que esperar que las cosas se hagan por sí mismas, por autoderivación; esta realización se ha de conseguir por medio de la lucha y de la propaganda antirreligiosa. La propaganda antirreligiosa constituye para ellos un deber sagrado, y la filosofía debe estar a su servicio. Allí está uno de los empeños mayores del frente filosófico, tarea que está incluída en el Plan quinquenal. Además, han instaurado una diferenciación entre la propaganda antirreligiosa y las persecuciones religiosas. Los trabajos de la propaganda subrayan con insistencia particular este discernimiento. En los manuales de propaganda antirreligiosa, en las discusiones sobre sus métodos, se alzan contínuamente contra el cierre de las iglesias a la fuerza, contra los sacrilegios "No hagamos mártires —exclama Jarovslavsky y los de su pandilla—. No tiene ventajas para nosotros; conduce a la reacción religiosa y a fortalecer el sentimiento religioso del pueblo". Pasan en revista todos los casos en que se han dejado llevar a cometer esas torpezas, en que el celo ha ido demasiado lejos y en los

que se han aventurado en vías de la persecución. Recomiendan de abstenerse de esas medidas que consideran como un error y un extravío. Pero nadie ignora que en cuanto a mártires, casi todos los sacerdotes son mártires en las condiciones presentes. Sólo que estos actos son interpretados no como persecuciones religiosas, sino como medidas políticas de represión contra los contrarrevolucionarios. Y en cuanto a las fiestas, dicen que tienen un sentido reaccionario porque entibian el odio de clase de los trabajadores contra los explotadores.

Es curioso que los miembros de las diferentes sectas son considerados como más peligrosos que los ortodoxos. La otrodoxia les parece la forma más baja del cristianismo, la más pasiva, la más supersticiosa, la más obscurantista. Por lo tanto, se vence más fácilmente. La religión de sectas es una de las formas más perfeccionadas del cristianismo y menos reaccionaria del lado social. Los miembros de las sectas son infinitamente más activos que los ortodoxos y dan prueba de mayor destreza en la lucha. Por lo tanto, es mucho más difícil el luchar con ellos y son un enemigo más peligroso (son sobre todo los baptistas a los que apuntan aquí). Los sectarios pueden ser hasta comunistas, pero entonces evitan la violencia en la lucha de clases y debilitan las fuerzas de los trabajadores. Hay que señalar que los "popes sin sotana" son reconocidos como más peligrosos que los "popes de sotana" y representan un enemigo más sutil, de cultura más refinada y mejor armado. Los "popes de sotana" tienen todavía la posibilidad de vivir, aunque en condiciones muy duras y con una limitación muy exigua para ejercer su ministerio o desplegar su actividad religiosa; esto gracias a las

concesiones oportunistas acordadas en virtud de los vestigios de superstición en las masas populares. Pero a los popes sin sotana les está terminantemente prohibido el vivir en territorio soviético o les hacen la existencia intolerable. Se puede aún hablar de Dios en la iglesia durante los oficios. Pero fuera de la iglesia nadie está autorizado a hablar de Dios. A la categoría de popes sin sotana pertenecen en realidad todos los que no son materialistas ni marxistas, los filósofos libres, todos los hombres que tienen aspiraciones espirituales, categoría que comprende, como se verá, a mucha gente: todo filósofo idealista o espiritualista es un pope sin sotana. Hasta Einstein es un pope sin sotana, y Lunatcharsky es sospechoso.

La ideología de los popes sin sotana es más inquietante que los que la llevan, porque en la lucha que hay que sostener con ellos no se puede recurrir a argumentos tan elementales. Los marxistas-leninistas odian sobre todo las formas refinadas y espirituales del pensamiento y de la vida religiosa. Lenin declara abiertamente que es más fácil captar a un cura católico de malas costumbres que a un sacerdote casto de vida ejemplar y elevada.

Nada puede darles más rabia que las tentativas de conciliación del cristianismo con el socialismo y el comunismo. Temen que la Iglesia se prepare a aceptar el socialismo para captarse a las almas de los trabajadores. Para ellos, la hostilidad de la Iglesia para con el comunismo está determinada no empíricamente por los hechos, pero emana de la Iglesia misma. Y estoy seguro que para los comunistas del ateísmo militante, el burgués lleno de codicia es más aceptable, más tolerable que el cristiano comunista, pues pue-

de ser un compañero de ruta. En cuanto a la propaganda antirreligiosa, es muy compleja. Entran en ella en cierto modo elementos de una lucha educativa de las masas incultas. Pero este elemento está estrechamente unido al ateísmo militante y a una nueva y espantosa idolatría.

V

Hagamos ahora el resumen de nuestro análisis. La actitud de los marxistas-leninistas con respecto a la filosofía y a la religión está determinada ante todo por las necesidades de una lucha activa. Es, por eso, que a primera vista la filosofía soviética puede dar la impresión de ser pragmática. Pero prohibe precisamente el pragmatismo y se atribuye la existencia de una verdad absoluta y objetiva que corresponde a la realidad. Los marxistas-leninistas nos sorprenden por su fuerza, la entereza de su fe y por la incapacidad de reflexión crítica y de dudar. Hay parte de verdad en las indagaciones de un sistema filosófico sintético, en el que concuerdan la teoría y la práctica. Debemos nosotros también hacer otro tanto, pero en nombre de otro principio.

Ellos quieren crear a un hombre nuevo, una estructura psíquica nueva, y quizá lo logren más fácilmente que la edificación de una economía nueva. En el terreno psicológico han obtenido ya mucho. Y allí está lo terrible. La economía comunista es mucho menos temible, más neutra. Nosotros debemos también esperar en la formación de un hombre nuevo, en la estructura psíquica nueva, pero fundada en los cimientos eternos del cristianismo. Los marxistas-leninistas han formado el propósito grandioso de una recons-

trucción radical de la vida social. Allí reside su fuerza. Pero han llegado al reino del impersonalismo incoloro. Han desechado todas las cosas sagradas de antaño, todos los antiguos valores, y se han inclinado ante un nuevo orden de cosas sagradas, nuevos valores. Pero este nuevo orden sagrado, estos valores nuevos no están en las cimas del ser; están en los bajos fondos. Un solo valor los eleva, el valor de la justicia social.

Los marxistas-leninistas no ven el lado profético de la religión, su profetismo no es luminoso. La concepción que tienen del cristianismo, como de una religión obscurantista de esclavos, aligera en mucho la tarea que se han impuesto. Desgraciadamente, se encuentran en este concepto de acuerdo con muchos cristianos. En lo que concierne a su concepción del mundo, el materialismo que se volvió con frecuencia verbal no es esencial; ya no son más materialistas: una espiritualidad obscura les posee. Pero lo que les es absolutamente indispensable es el ateísmo, el odio al cristianismo. El comunismo es la forma extrema de la idolatría social, aunque encubra una parte de verdad social; consecuente consigo mismo hasta el final y conserva la primacía absoluta de la sociedad, de lo social sobre el hombre, sobre la persona, sobre el alma. Estos hombres proyectados enteramente a la superficie de la lucha social han paralizado en ellos toda inquietud, toda desazón sobre el sentido de la vida individual, sobre el destino de la persona humana frente a la eternidad. Esclava del tiempo presente, la filosofía de los marxistas-leninistas no medita jamás sobre el problema del sufrimiento y de la muerte, sobre el sentido de lo efímero, sobre la eternidad. Su simplicismo filosófico se manifiesta ante

todo en la incomprensión de este hecho: que todo está determinado por una valorización primordial, por una jerarquía de valores. El problema de los valores no existe absolutamente para ellos. No obstante, toda su especulación y toda su acción están sometidos a lo que han elegido como valores soberanos de la vida: los valores sociales, económicos y técnicos. Concepto que no responde a la variedad compleja y a la riqueza de lo real que persiguen y no corresponde en nada al misterio del ser. La filosofía de ellos no es una filosofía de la existencia humana, sino una filosofía de los objetos, de las cosas, sea cuales fueren sus afirmaciones con respecto a los hombres-clases. La verdad para ellos no es más que un arma de combate y exhala un odio implacable. Esta verdad está ligada al Plan quinquenal, no a la ETERNIDAD. Y así han deshonrado, rebajado y manchado la grandeza de este cometido: la organización equitativa de la sociedad humana, obra ante la cual les ha colocado los misteriosos designios de la Providencia.

INDICE

COLECCIÓN AUSTRAL

VOLÚMENES PUBLICADOS Y EN PRENSA:

1. JOSE ORTEGA Y GASSET: **La rebelión de las masas.**
2. ANDRE MAUROIS: **Disraeli.**
3. BERNARD SHAW: **Santa Juana.**
4. M. DE UNAMUNO: **Del sentimiento trágico de la vida.**
5. LINDSEY y EVANS: **El matrimonio de compañía.**
6. DESCARTES: **Discurso del método.**
7. THOMAS MANN: **La muerte en Venecia.**
8. RAMON DEL VALLE-INCLAN: **Tirano Banderas.**
9. M. MAETERLINCK: **La vida de las hormigas.**
10. GABRIEL MIRÓ: **Figuras de la Pasión del Señor.**
11. JOSE ORTEGA Y GASSET: **El tema de nuestro tiempo.**
12. F. CROMMELYNCK: **El estupendo cornudo.**
13. MERMOZ: **Mis vuelos sobre el Atlántico.**
14. RAMON GOMEZ DE LA SERNA: **La mujer de ámbar.**
15. B. PEREZ GALDOS: **Marianela.**
16. PAUL MORAND: **Nueva York.**
17. LUDWIG PFANDL: **Juana la loca.**
18. OSCAR WILDE: **El ruiseñor y la rosa.**
19. RUBEN DARIO: **Azul...**
20. G. K. CHESTERTON: **Santo Tomás de Aquino.**
21. ARMAND PRAVIEL: **La vida trágica de la Emperatriz Carlota.**
22. JULIO CAMBA: **La casa de Lúculo o El arte de comer.**
23. BERTRAND RUSSELL: **La conquista de la felicidad.**
24. BLAISE CENDRARS: **El oro.**
25. KNUT HAMSUM: **Pan.**
26. N. BERDIAEFF: **El cristianismo y el problema del comunismo.**